

Ángel Rama

Diario 1974-1983

Prólogo, edición y notas de

Rosario Peyrou

EDICIONES TRILCE / FONDO EDITORIAL LA NAVE VA
Caracas, 2001

Prólogo

“Soy de los que lamentarán irse sin haber podido ver y saber más cosas, tanto viejas como nuevas”, escribió Ángel Rama en una entrada de su Diario del 26 de octubre de 1977. Esta afirmación, escrita al pasar, define una de sus características más salientes como persona y como intelectual. No podía saber que una muerte absurda lo esperaba pocos años después, en el momento en que emprendía nuevos caminos, luego de superadas varias tormentas personales que incluyeron su batalla en los Estados Unidos contra un gobierno empeñado en la caza de brujas. Sin embargo, vivió esos últimos años de su vida trabajando con una intensidad agotadora, prodigándose en distintos proyectos, abriendo nuevos flancos a una actividad que desde siempre había sido múltiple. Su Diario, escrito durante los años de exilio, coincide con su etapa más fermental como teórico de la literatura y la cultura latinoamericanas, pero es sobre todo, el testimonio de una aventura personal: la de un hombre que cerca de los cincuenta años debe emprender en otras tierras una nueva vida obligado por circunstancias políticas que marcaron a fuego a las sociedades rioplatenses, y que convierte esas circunstancias adversas en un acicate de su productividad intelectual.

En el Uruguay —a diferencia de la Argentina, donde los cultivaron desde Sarmiento a Victoria Ocampo, desde Mansilla a Eduardo Mallea— las memorias y diarios han tenido un escaso desarrollo; esto explica en parte la relativa debilidad del género biográfico, tan extendido en los países de lengua inglesa. Una suerte de pudor, un tácito pacto de prudencia compartido por protagonistas y estudiosos, ha vedado el conocimiento de lo privado de los hombres y mujeres que desde la política o la cultura pesaron en la vida del

país. Resultado de la pequeñez del medio, o de las estrechas redes de relaciones interpersonales, lo cierto es que una suerte de censura ha operado sobre toda incursión en el ámbito donde se cruzan lo subjetivo y los espacios públicos. No se trata, por supuesto, de reivindicar voyeurismos, menos todavía en una época que ha hecho de la exposición mediática de la privacidad uno de sus artículos de fe, sino de marcar la ausencia de la dimensión humana, biográfica, que inevitablemente tiene su influjo en las obras y posiciones de quienes, en las diversas zonas de actividad, tienen roles protagónicos. El Diario de Ángel Rama es, en ese sentido, una excepción. Aunque escrito con intermitencias, permite acercarse al mundo personal de una de las figuras centrales de la cultura uruguaya y latinoamericana; alguien que no solo tuvo una importante gravitación en un momento clave de la literatura nacional, sino que fue —y continúa siendo— extremadamente influyente a escala continental.

Porque la historia de la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX no sería la misma sin Ángel Rama. Aunque en su juventud escribió novelas y alguna obra de teatro, no fueron éstas las que lo convirtieron en un protagonista imprescindible de las letras del continente, sino el ejercicio crítico, que llevó a cabo con una creatividad y una imaginación difíciles de encontrar hoy en quienes desde la academia o el periodismo transitan el oficio. Rama fue un crítico peculiar, ávido de conocimiento en campos diversos, impulsado por la urgente necesidad de entender, a través de los productos de la cultura, el mundo de su tiempo. Profesor, ensayista, editor, periodista cultural, pudo ser definido como un moderno renacentista, según la fórmula del argentino Noé Jitrik¹. Un hombre de todos los saberes, atento a la actualidad sin dejar de interrogar el pasado, porque éste esconde secretos que explican el presente y permiten imaginar mejor el futuro.

Como periodista cultural fue un alegre y curioso buscador de la novedad genuina, tan riguroso y desacartonado como logró serlo en su labor universitaria. Nada había en él de la sequedad hiperespecializada del académico que sólo se interesa por una partícula del infinito campo de la cultura, pero tampoco de la liviandad de muchos críticos de gaceta que emiten dictámenes como si estuvieran asistidos por algún poder divino, ni de la novelaría de algunos investigadores que —según el ritmo de la moda en las metrópolis— adquieren un modelo de análisis y lo aplican mecánicamente a todo lo que se les ponga por delante. La clave que explica la calidad infrecuente con que llevó adelante las dos vertientes de su práctica, está en la pasión que Rama sintió por la literatura, una pasión que no lograron

borrar ni los años, ni la frialdad de los claustros universitarios, ni el contacto con medios donde las obsesiones centrales se reducen a las carreras individuales y a la meritocracia.

Fue un hombre de su generación, tensionado por los conflictos políticos y culturales que signaron sus años de mayor producción intelectual (los sesenta y setenta) pero aun cuando el marco histórico de hoy sea otro, y otros los desafíos de América Latina, el trabajo de Rama sigue siendo estimulante y provocador. Su obra está viva porque contribuyó a delimitar campos de estudio, a identificar problemas y sobre todo porque planteó preguntas fundamentales y abrió pistas de trabajo —como su concepto de “transculturación” o sus análisis sobre el papel de los intelectuales en la conformación de nuestras sociedades— que hoy en día exploran los latinoamericanistas de distintas disciplinas, especialmente quienes se dedican a los “estudios culturales”, como lo prueban los coloquios y estudios realizados luego de su muerte en torno a su obra. Pero además, su labor contribuyó de manera significativa a darle visibilidad y jerarquía a la literatura latinoamericana, como lo hizo con la de Estados Unidos un Edmund Wilson, por ejemplo.

“De tiempo en tiempo —escribió T.S. Eliot en 1933²—, cada cien años aproximadamente, es deseable la aparición de un crítico que emprenda una revisión de la literatura del pasado y establezca un nuevo orden [...]. No se trata de una empresa revolucionaria, sino de un reajuste. La que observamos es la misma escena, pero desde una perspectiva distinta y más lejana; nuevos y extraños objetos que aparecen en primer término habrán de contrastarse cuidadosamente con los más familiares que ahora tocan el horizonte”.

La teoría propuesta por Borges en “Kafka y sus precursores”³, en el sentido de que cada escritor modifica el pasado literario porque aporta un ángulo diverso desde el cual mirar la tradición y crea a sus propios precursores —poniéndolos en una relación que no existía antes— presupone la idea de Eliot de la necesidad de un crítico que “lea” ese nuevo orden configurado por las obras del presente y arme el mapa de una literatura

El propio Rama fue consciente de su papel en ese sentido y asumió esa responsabilidad sumándole además una dimensión social e histórica que para él era fundamental: *“Ocurre que si la crítica no constituye las obras, sí constituye la literatura, entendida como un corpus orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente, pues la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta”*⁴

Estas palabras muestran con claridad lo que se propuso Ángel Rama: contribuir a la constitución de una literatura, en el entendido de que ésta “religa plurales fuentes culturales” y es expresión genuina de un pueblo o de un continente siempre en proceso de transformación. Conocer y valorar la propia cultura, afirmar la identidad asumiendo nuestras peculiaridades en una actitud abierta al mundo, es condición indispensable para ser protagonistas de la Historia. En esa perspectiva inscribió su obra.

Uruguay *made me*

Su propia historia personal lo colocó en el lugar adecuado en el momento justo. Director de la sección literaria del prestigioso semanario *Marcha* entre 1959 y 1968, Rama fue el crítico mayor de la llamada “generación del boom”. Pero no se limitó a ser el mensajero de las novedades: entendió que el “boom” era sólo la punta de un iceberg de dimensiones considerables, y se dedicó a mostrar cómo y por qué la narrativa latinoamericana había llegado a la mayoría de edad.

Nacido en Montevideo en 1926, a Rama le gustaba afirmar, parodiando a Graham Greene: “Uruguay made me”: “[...] *ahora puedo limitarme a decir que nací en un barrio popular, de padres españoles inmigrantes, que en él y en la escuela pública cercana me eduqué, dentro de una sociedad abierta y aluvional que había cifrado en la democracia sus esperanzas, su felicidad y su realización. No peor que otras sociedades, aunque quizás puedan elegirse mejores marcos. Pero igual que con el tiempo histórico, con el país en que se nace, con la familia a que se pertenece, con la sociedad dentro de la cual se crece, se trata de coordenadas previas que, aun negadas, no dejan de explicar los componentes fundamentales de una vida y una tarea intelectual. En mi caso fueron queridas, aceptadas*”⁵.

Era todavía un niño cuando los ecos de la guerra civil española entraron en su casa traídos por Carlos, su hermano mayor, que militaba en apoyo a la República y recién había descubierto el anarquismo simbolizado en la figura de Buenaventura Durruti. “Yo sólo tenía diez años y aunque mi camino había de ser muy otro en la vida, allí conocí a los poetas que invocaban el nombre de España y leí carradas de Kropotkin, Bakunin, Reclus, Tándaner y me saqué la ropita de monaguillo y renuncié a la Acción Cristiana y a la Iglesia para desconsuelo de mi madre que siempre debió soñar con un hijo cura”⁶.

La voracidad lectora no dejará de aumentar desde aquel momento, enfocada ahora en la literatura europea y particularmente en la francesa. Es

apenas un adolescente cuando con un grupo de amigos funda una “Asociación de Arte y Cultura APEX”, en cuya revista escribe sus primeros artículos. Son los años de formación del teatro independiente y Rama se inscribe en una escuela de arte dramático y empieza una corta carrera de actor donde llegaría a ser dirigido por Margarita Xirgu.

Mientras, se inicia como periodista cultural en el diario *El País* (1945) y asiste a los cursos de literatura en la Facultad de Humanidades, donde es alumno de José Bergamín, por entonces exiliado en Montevideo y figura fundamental en la formación de varios de los integrantes de la generación de Rama. A través de Bergamín crecerá su interés por la literatura española y por una forma de militancia ética, social y cultural que prolonga su entusiasmo por todo lo que había simbolizado la guerra civil. Hay que imaginarse lo que significó para esos muchachos del Montevideo de los cuarenta el encuentro con Bergamín, testigo directo de una historia que ellos veían con los colores de la leyenda heroica, y que había tratado a casi todos sus protagonistas. Bergamín era el tipo de maestro comprometido con sus discípulos, que no solo los deslumbraba con su erudición sino que operaba con una especie de “contagio” afectivo por ciertos valores y formas de encarar el trabajo cultural (un perfil que, con variantes personales, Ángel repetiría en sus años de docente).

En 1948 Rama funda, con otros estudiantes de la Facultad, la revista literaria *Clinamen*, primera de las muchas publicaciones en las que participará junto con otros integrantes de esa promoción que años después él mismo llamaría “la generación crítica” y Emir Rodríguez Monegal “la generación del 45”. Carlos Martínez Moreno, Mario Arregui, José Pedro Díaz, Mario Benedetti, Armonía Somers, Idea Vilariño, Ida Vitale, Amanda Berenguer, Homero Alsina Thevenet, Hugo Alfaro, Mauricio Müller, Sarandy Cabrera, Carlos Maggi, Antonio Larreta, Carlos Real de Azúa, Emir Rodríguez Monegal, fueron algunos de esos jóvenes que apenas terminada la segunda guerra dieron vuelta el panorama intelectual del país.

Ya es un lugar común hablar del peso que esta generación –parejamente valorada y atacada por las promociones que la sucedieron– tuvo en la cultura del país. Cosmopolitas, hipercríticos, desligados de todo vínculo con las esferas del poder político, los del 45 fundaron revistas, editoriales, cine clubes, ocuparon los principales espacios de difusión cultural y se dedicaron con entusiasmo a demoler los cimientos en que se basaba la “siesta provinciana” de la literatura uruguaya que los había precedido. Iconoclastas por vocación, fustigaron sin piedad a las principales figuras de las generaciones anteriores

y a las instituciones en que éstas se habían apoyado, e hicieron una rigurosa relectura del pasado literario nacional. De esa demolición sólo salvaron a un puñado de escritores: a un narrador del siglo XIX, Eduardo Acevedo Díaz, y a los miembros de la promoción modernista del 900 (los poetas Herrera y Reissig, Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira, Roberto de las Carreras, los narradores Javier de Viana y Horacio Quiroga, el dramaturgo Florencio Sánchez, los ensayistas José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira), a quienes consagraron diversos trabajos. Con las generaciones inmediatamente anteriores usaron una criba que dejó pasar unos pocos nombres: Francisco Espínola, Felisberto Hernández y Juan Carlos Onetti –admirado como un maestro, aunque era apenas unos años mayor que ellos– a los poetas Juan Cunha y Liber Falco, y algún crítico: Roberto Ibáñez y Alberto Zum Felde, cuya obra en cierta forma prolongaron y superaron.

Lectores de la literatura europea de vanguardia y de la nueva literatura norteamericana, los del 45 renovaron la narrativa, el teatro y la poesía, pero sobre todo tuvieron un nítido perfil en el terreno de la crítica, con nombres mayores como Carlos Real de Azúa, Emir Rodríguez Monegal, Mario Benedetti, Carlos Martínez Moreno, José Pedro Díaz y Ángel Rama. Ellos fueron los responsables principales de una visión rigurosa que ordenó el mapa de la literatura uruguaya y fijó un canon literario que recién en los últimos años ha sido tímidamente cuestionado.

Hecho en esa escuela generacional, Rama desplegó una actividad múltiple: en los 50 dirige el departamento de bibliografía de la Biblioteca Nacional, escribe para *Marcha*, *El Nacional*, *Acción*, funda una editorial (Fábula), dirige la Biblioteca Artigas de Clásicos Uruguayos, da clases en la enseñanza media, dicta conferencias sobre teatro y literatura: En 1955 con una beca de la embajada francesa viaja a París con su esposa de entonces, la poeta Ida Vitale, madre de sus dos hijos, Amparo y Claudio. En la capital francesa asiste a cursos en la Sorbona y en el Collège de France. Allí es discípulo de Marcel Bataillon y Fernand Braudel, quienes seguramente influyeron en su vocación por el estudio de las relaciones entre la sociedad, la historia y la cultura.

Pero todavía quiere ser un escritor de ficción y escribe teatro (*Lucrecia*, estrenada en 1959, es premiada por un jurado en el que participó Onetti), una novela –*¡Oh sombra puritana!* (1951)– y un conjunto de cuentos que obtienen un Premio Municipal en 1958. Años después publicaría *Tierra sin mapa*, un melancólico recorrido por la patria gallega de sus mayores, y su mejor texto narrativo. Con todo, Rama no cumple con aquella denigratoria

definición popular que considera que el crítico es siempre un escritor frustrado. Su dedicación a la crítica se le impone como una pasión absorbente, más acorde con el tipo de personalidad curiosa, racional, abarcativa y profundamente intelectual, que aquellas tentativas de escritor de ficción que años después preferirá no recordar.

La cultura en *Marcha*

Su perfil crítico terminará de consolidarse con su ingreso a la Dirección de la Sección Literaria del Semanario *Marcha*, la más prestigiosa publicación periodística del país.

Fundada en 1939 por Carlos Quijano, brillante abogado y economista formado en el nacionalismo antimperalista que había derivado hacia posturas socialistas democráticas o de izquierda independiente, *Marcha* congregó a lo mejor de la intelectualidad uruguaya. Dedicada al análisis de la política y la cultura iba a obtener con los años un bien ganado prestigio entre las élites intelectuales latinoamericanas. Así lo escribió el peruano José Miguel Oviedo: “Aunque no éramos muchos quienes la leíamos fuera de Uruguay, influía poderosamente en nuestros países: su mera existencia permitía creer que lo que defendía era igualmente posible. [...] *Marcha* nos daba precisos análisis políticos de América, una visión ilustradora del acontecer mundial y una imagen dinámica y estimulante de la cultura, especialmente la latinoamericana. Yo colaboraba con *Marcha*, pero eso era accidental: yo era, sobre todo, un lector devoto de *Marcha*”⁷.

Y José Emilio Pacheco: “A *Marcha* y a Rama les debemos en gran medida nuestra idea actual de la literatura latinoamericana en una parte del mundo en que los libros, aunque escritos en el mismo idioma, rara vez circulan de un país a otro si no se publican en la antigua metrópoli”⁸.

La década de Rama al frente de la sección literaria del semanario (1959-1968) coincidió con dos fenómenos que habrían de marcar al crítico y a la publicación: el triunfo de la revolución cubana y la emergencia de una nueva y vigorosa narrativa en varios países latinoamericanos. Ambos acontecimientos contribuirían en forma decisiva a perfilar una visión utópica del destino común de América Latina, con una fervorosa atención hacia sus manifestaciones culturales, vistas como muestras de las capacidades adquiridas por un continente que se acercaba a esa “segunda independencia” que en los años 60 se imaginaba a la vuelta de la esquina.

Si Emir Rodríguez Monegal, su antecesor en el semanario, había privilegiado a las letras anglosajonas –aunque sin desatender al pasado

literario uruguayo, a algunos latinoamericanos, como Borges, y a las escasas novedades valiosas que una magra producción nacional ponía en circulación— durante la década de Rama el centro de la atención será la literatura latinoamericana emergente. Sin olvidar a escritores europeos que le interesaban (Calvino, J. Goytisolo, Brecht, Durrenmatt, Pasolini, Gadda, entre otros), se dedicó particularmente a las letras del continente por “*una adhesión a la demandas espirituales y materiales de los desamparados pueblos hispanoamericanos que habían entrado a la escena histórica y que comenzaban a apropiarse de una tradición cultural robusta en la que inscribirían sus nuevas creaciones*”⁹.

El ensayista brasileño Antonio Cândido lo describe así: “*Conocí a Ángel Rama en Montevideo en el momento exacto en que tomó una decisión que, en el curso de los años, se tornó una verdadera misión. Era el comienzo de 1960 y me declaró que en lo adelante haría todos los esfuerzos necesarios para establecer contactos de todo tipo con los intelectuales de la América Latina. Estaba dispuesto a intercambiar correspondencia, libros, hacer reseñas, viajar, interesarse a fondo por la vida cultural de nuestro subcontinente*”¹⁰.

Como resultado de su participación en congresos y coloquios, Rama logró establecer vasos comunicantes en una literatura hasta ese momento fragmentada por las fronteras nacionales, sin excluir a la brasileña, habitualmente dejada de lado por la barrera de la lengua. Un somero repaso a algunos de los nombres que colaboraron en *Marcha* en esos años puede servir como muestra: José Miguel Oviedo, Ricardo Latcham, César Fernández Moreno, Roberto Fernández Retamar, Noé Jitrik, David Viñas, Salazar Bondy, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábato, Carlos Drummond de Andrade, Juan Goytisolo, Blas de Otero, Guillermo Cabrera Infante, José María Arguedas, José Donoso.

La obra de los escritores del “boom” (Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez, Carlos Fuentes) fue ampliamente analizada por el propio Ángel Rama en esos años, aunque no se limitó al selecto grupo promovido por las editoriales españolas sino que revisó a los escritores que lo precedieron o que habían quedado fuera del potente foco que iluminaba a aquellos “privilegiados”—estudió a Onetti, Rulfo, José M. Arguedas, Lezama Lima, entre otros—, y se internó en las relaciones entre la literatura y las sociedades que la generan. Estuvo atento a la producción de los más jóvenes y les dio cabida en las páginas del semanario. Y sobre todo se empeñó en elaborar completos “panoramas” de las letras del continente mientras iba afinando sus instrumentos críticos.

Si en cierta forma seguía a los fundadores de la crítica latinoamericana, (los Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Mariano Picón Salas), Rama habría de conformar su propio (y flexible) bagaje teórico acorde con los tiempos y la tarea que se había propuesto. A las lecciones de Lukács, Galvano Della Volpe y Arnold Hauser, que marcaron sus primeras etapas, agregó otros enfoques debidos a Lévi-Strauss, Theodor W. Adorno, K. Mannheim, Michel Foucault, y en especial Walter Benjamin, aunque también leyó con atención crítica a Roland Barthes y se interesó por la teoría de la recepción. La antropología latinoamericana le aportó no pocas pistas de trabajo, particularmente la brasileña (Gilberto Freyre, Buarque de Holanda, Darcy Ribeiro) y el cubano Fernando Ortiz, cuyas ideas iban a servir de disparador para su teoría de la transculturación narrativa, que desarrollaría en los 70. En varias ocasiones se le reprochó su “sociologismo” (alguna muestra de la irritación que le provocaban esas acusaciones hay en este Diario), pero es cierto que Rama nunca descuidó la especificidad estética de la obra literaria. Por el contrario, su preocupación por los aspectos sociales e históricos procuró explícitamente no caer en reduccionismos; más bien la suya fue una forma de análisis “latinoamericana”, también ella “transculturada”, en la medida en que conjugó distintas disciplinas, y articuló la propia tradición crítica del continente con las corrientes más actuales venidas del primer mundo, en la convicción de que el objeto de estudio genera sus formas de abordaje. Pero tampoco postuló una teoría literaria que solo rigiera para América Latina, sino que procuró situar la producción latinoamericana —con sus peculiaridades— dentro del vasto territorio de las literaturas del mundo. Pensaba que “*Ni la literatura ni el arte son meramente series de obras y cuadros, sino un complejo socio-cultural con múltiples respuestas y comunicaciones a través del cual se expresan los hombres de una comunidad*”¹¹.

Consciente de la necesidad de crear un público lector para esa literatura, dedicó en esos años parte de sus esfuerzos a la tarea editorial, primero como director literario de la editora *Alfa* (del español Benito Milla) y luego desde la suya propia, *Arca*, donde publicó a los autores nacionales del pasado y del presente y dio a conocer los primeros textos de algunos desconocidos por entonces, como Gabriel García Márquez o Reinaldo Arenas.

Para quienes fuimos sus alumnos a finales de los sesenta en la Cátedra de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Humanidades fue un maestro cálido y deslumbrante: nos puso en contacto con los nuevos escritores enmarcándolos en sus coordenadas históricas y de tradición literaria, y sobre todo, nos contagió un entusiasmo y una pasión por la literatura que ayudó a consolidar no pocas vocaciones.

“*Se sospecha que no duerme nunca*”, escribió Carlos Real de Azúa a propósito de Rama¹². Y no era una sospecha infundada, porque a la actividad docente en la Facultad y en el Instituto de Profesores Artigas, a la página de *Marcha*, a la Biblioteca Nacional y a los emprendimientos editoriales, sumó proyectos ambiciosos como la *Enciclopedia Uruguaya*, una serie de 63 fascículos de frecuencia semanal que ponían a disposición del lector los textos y análisis fundamentales de la cultura del país, cuyo plan trabajó con el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, por entonces exiliado en Montevideo. Y todavía le quedaba tiempo para participar en coloquios y jurados internacionales y formar parte del Consejo de Redacción de la revista cubana *Casa de las Américas* (una institución que jugó un papel central en la difusión de la literatura latinoamericana), que Ángel Rama integró desde 1965 hasta su desvinculación en 1971 como consecuencia del “caso Padilla”.

La polémica política

Y ese es el otro aspecto que no puede obviarse de la militancia de Rama en el semanario *Marcha* en los agitados años sesenta. Formado en un marxismo antidogmático, vio en la Revolución cubana (como la mayoría de los intelectuales latinoamericanos) un proceso esperanzador y dinámico donde socialismo y libertad podían coincidir en una misma fórmula, a diferencia de las sociedades monolíticas de los países socialistas del este europeo. En una serie de notas de 1963 había analizado la situación del escritor en la URSS, fustigando las concepciones del “realismo socialista” desarrolladas durante el stalinismo, lo que dio origen a alguna polémica con escritores del Partido Comunista¹³. En cambio veía en la política cultural cubana un espacio de libertad creativa que debía preservarse y estimularse.

Su defensa de la revolución cubana originó una polémica de proporciones con Emir Rodríguez Monegal —su antecesor en *Marcha* con quien siempre funcionaron como el aceite y el agua— a propósito de *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, que Rodríguez Monegal había comentado aprovechando para atacar a Fidel Castro y a la dirigencia de la isla. Dos años después, en 1966, estalla la bomba a raíz del ofrecimiento que el Congreso por la Libertad de la Cultura hace a Rodríguez Monegal para dirigir en París la revista *Mundo Nuevo*. En cartas cruzadas entre E.R.M. y el poeta cubano Roberto Fernández Retamar (invitado por Emir a colaborar con la revista), éste acusa al Congreso por la Libertad de la Cultura de tener “*como única misión la*

defensa no de la libertad de la cultura sino de los intereses imperialistas norteamericanos”, y alerta a Rodríguez Monegal de haber sido “*sorprendido en su buena fe, de la que no tengo por qué dudar*”¹⁴. Publicadas en *Marcha* y en varios otros medios latinoamericanos, las cartas de Rodríguez Monegal y Fernández Retamar alertaron a la intelectualidad latinoamericana desatando una ola de discusiones. Una serie de artículos aparecidos en el *New York Times* conectando al Congreso con la CIA, extienden la polémica, al punto que muchos son los que se niegan de entrada a colaborar (entre ellos Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa) y muchos otros desertan apenas iniciado el proyecto (Roá Bastos, Gabriel García Márquez, Jorge Edwards, Carlos Monsiváis). En *Marcha*, la discusión tuvo amplia difusión y agrandó el abismo entre Rama y Rodríguez Monegal.

Esa enemistad pasó a ser parte del folklore de la literatura latinoamericana. A la muerte de Ángel, Mario Vargas Llosa escribió en un artículo sobre el crítico uruguayo, que “*Todo organizador de simposios, mesas redondas, congresos, conferencias y conspiraciones literarias, del Río Grande a Magallanes, sabía que conseguir la asistencia de Ángel y de Emir era asegurar el éxito de la reunión: con ellos presentes habría calidad intelectual y pugilismo virtuoso. Ángel más sociológico y político; Emir, más literario y académico; aquél más a la izquierda, éste más a la derecha, las diferencias entre ambos uruguayos fueron providenciales, el origen de los más estimulantes torneos intelectuales a los que me ha tocado asistir, una confrontación en que, gracias a la destreza dialéctica, la elegancia y la cultura de los adversarios, no había nunca un derrotado y resultaban ganando, siempre, el público y la literatura*”¹⁵.

Pocos años después del episodio *Mundo Nuevo*, otra historia vuelve a dividir las aguas de los intelectuales latinoamericanos. En 1971 el poeta cubano Heberto Padilla es acusado de “contrarrevolucionario” y encarcelado. Al salir de la prisión, en un pleno de la Unión de Artistas y Escritores de Cuba, hace una declaración autocrítica que recuerda peligrosamente los procesos soviéticos de los años treinta. Las reacciones no se hacen esperar. En carta a Haydée Santamaría, Vargas Llosa renuncia al comité de redacción de la revista *Casa de las Américas*, y pocos días después 61 intelectuales europeos y latinoamericanos envían una carta a Fidel Castro comunicándole su enérgico rechazo y su indignación frente a lo sucedido a Padilla. Ángel Rama no firma este texto pero tampoco apoya la “Declaración de intelectuales y artistas uruguayos” que respalda al gobierno de Cuba y polemiza con “los 61”. En cambio publica en *Marcha* el largo artículo “Una nueva política cultural en Cuba”¹⁶, donde no se limita a cuestionar el caso puntual de

Heberto Padilla, sino que lo analiza como un síntoma más del peligroso viraje en la política cultural cubana iniciado en 1968 desde los centros de poder de las Fuerzas Armadas. A partir de ese momento deja de colaborar en la revista *Casa*¹⁷.

No hay duda de que a Rama el proceso cubano le resultaba doloroso, como lo prueban las anotaciones en su Diario. Intentó analizarlo siempre con la cabeza fría y durante un tiempo estuvo dispuesto a abrir crédito a las posibles rectificaciones que volvieran a encauzar a la revolución cubana por el camino “liberal” de los años iniciales. Quiso creer que lo que había sucedido en la década del 70 era solo una desviación y que la asunción de Armando Hart al Ministerio de Cultura auguraba mejores días. Incluso en 1982 acepta publicar en la revista *Casa* un artículo sobre Carlos Fuentes que ya había salido en *Quimera* de Barcelona. El presente Diario da testimonio de su constante atención hacia el tema cubano, de sus decepciones y de su visión crítica de lo que estaba sucediendo en la isla.

Vinculado al “caso Padilla”, escribió en su momento un artículo sobre un actor que había permanecido semi-oculto en aquel episodio. Se refería al escritor Norberto Fuentes, autor de *Cazabandido* y *Condenados del condado*, acusado desde *Verde Olivo*, la revista de las Fuerzas Armadas cubanas, por supuestas “desviaciones ideológicas” en su literatura. En su sesión de autocrítica, Padilla había conminado a otros escritores cubanos a realizar su propia contrición, y entre ellos citó también a Fuentes. Este, en su alocución, se negó a autoflagelarse y reivindicó su derecho a la libertad creativa y a la crítica, a la vez que reafirmaba su condición de revolucionario. En ese artículo (“Norberto Fuentes: el narrador en la tormenta revolucionaria”), Rama simbolizaba en Fuentes la lucha dentro del régimen cubano por mantener la libertad de opinión frente a la creciente dogmatización ejercida desde el poder. Enviado a la revista *Pasado y Presente*, que dirigía Héctor Schmucler en Buenos Aires, el artículo no fue aceptado y el propio Rama se lamenta en el Diario por no haberlo publicado luego¹⁸. Y se reprocha a sí mismo lo que considera una actitud constante de la izquierda: la facilidad para hacer autocríticas en relación con hechos del pasado y la dificultad para hacer públicas las discrepancias en el momento en que los hechos se suceden. Sin embargo, no solo se mostró interesado por la suerte posterior de Norberto Fuentes, sino que cuando en 1980 Reinaldo Arenas salió de Cuba por el puerto de Mariel, luego de sufrir prisión acusado de corrupción de menores, Rama escribió en *El Universal* de Caracas “Reinaldo Arenas al ostracismo”¹⁹, un artículo donde denuncia la situación sufrida por Arenas y le da la

bienvenida: “*Allí [en la Habana] ha transcurrido una vida incierta que no ha calzado en los erróneos parámetros culturales de la década del setenta y es irrisorio que cuando ellos están desapareciendo y los responsables han comenzado a diseñar una más comprensiva política cultural, haya sido arrojado fuera del país. Que no quiere decir fuera de Cuba, porque ya está visto en todos los casos de exiliados, que ellos siguen reviviendo obsesivamente su vida cubana como los legítimos representantes que son de una cosa que siempre tendrá mayor radio que cualquier doctrina o partido político: la nación cubana*”.

Los acontecimientos posteriores sumarían una cuota importante de amargura para el crítico uruguayo: Arenas fue uno de sus acusadores en 1982 cuando le negaron la visa de residencia para permanecer en los Estados Unidos. Afortunadamente para él, Rama no llegó a leer el libro de Norberto Fuentes, *Dulces guerreros cubanos*²⁰, donde el escritor, desde su exilio en los Estados Unidos, cuenta con lujo de detalles sus relaciones con la Seguridad del Estado cubano y los privilegios de los que gozó durante los años previos a su caída en desgracia a raíz del caso Ochoa-de la Guardia en 1989²¹.

La preocupación política —y sobre todo la necesidad de una izquierda no dogmática, capaz de crear sus propios instrumentos en la apreciación de los fenómenos no previstos por el marxismo clásico— estuvo presente en el exilio venezolano, particularmente en las discusiones sostenidas en la prensa con actores de la izquierda intelectual caraqueña. Un caso elocuente es la polémica²², publicada en *El Nacional*, con Oswaldo Barreto —un sociólogo que había estado vinculado a los movimientos revolucionarios venezolanos— a propósito de Leopold Sedar Senghor y el concepto de la “negritud”, propuesto por éste como instrumento de la emancipación del colonialismo africano. Rama había escrito un artículo sobre la obra literaria de Sedar Senghor —quien se hallaba en visita oficial en Venezuela en su condición de Presidente del Senegal— donde hablaba de la “negritud” como una operación cultural destinada a fundar la nación negro-africana y comparaba a Senghor con Martí cuando “*en la preparación de su guerra de independencia cubana, fijó el punto de convergencia en la nación y no en las clases sociales ni en las doctrinas o ideologías concretas*”. Para Barreto, que analiza el fenómeno africano desde una perspectiva marxista ortodoxa, “nación”, “cultura” o “raza” no son más que “*conceptos que enmascaran la realidad social con sus determinaciones reales*”, por lo que Senghor “*se inscribe contra toda revolución, contra el anticolonialismo en particular y contra el establecimiento de un orden jurídico democrático*”. Para Rama, el papel de las peculiaridades étnicas, religiosas y culturales en sociedades como las de África y América Latina, constituye un límite

histórico de las teorías explicativas universalistas, incluido el marxismo clásico, pensado para las sociedades europeas del XIX.

La riesgosa navegación del exilio

Rama había llegado a Venezuela en 1972 a dar un curso en la Escuela de Letras de la Universidad Central y allí lo sorprendió el golpe de Estado militar uruguayo del 27 de junio de 1973. Ya no podría regresar a su país y vería de lejos la caída de las instituciones democráticas en las que se había formado.

Tiene cuarenta y siete años cuando inicia su exilio, y está en pleno vigor creativo. En 1969, divorciado de Ida Vitale, se había enamorado de la escritora y crítica de arte Marta Traba, que sería su esposa y su compañera del exilio. Nacida en Buenos Aires en 1930, Marta se había licenciado en Filosofía y Letras e iniciado su formación como historiadora y crítica de arte junto a Jorge Romero Brest y en la revista *Ver y estimar*. En París, completó su formación en la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona bajo la dirección de Pierre Francastel. En esa ciudad, en 1950 se había casado con el periodista colombiano Alberto Zalamea a través de quien estableció una vinculación con Colombia a la que llegó a considerar su segunda patria, al punto de nacionalizarse colombiana. Allí fue profesora de Arte en varias universidades, trabajó como periodista cultural, fundó la revista *Prisma* y el Museo de Arte Moderno de Santafé de Bogotá. Su carrera como escritora se inició con el poemario *Historia natural de la alegría*, publicado en 1951, y en 1966 ganó el Premio Casa de las Américas con la novela *Las ceremonias del verano*. Después publicaría *Los laberintos insolados* (1967) y *La jugada del sexto día* (1969), además del libro de relatos breves *Pasó así* (1968). Los años que cubre el Diario de Ángel fueron fructíferos para la labor literaria de Marta. En 1979 publicó *Homérica Latina*, considerada su mejor novela, y dos años después, *Conversación al sur*, que iniciaba una trilogía inconclusa a la que pertenece la novela póstuma *En cualquier lugar*, publicada en 1984.

Marta era una mujer inteligente y físicamente atractiva, con una personalidad que tanto concitaba las más fervorosas adhesiones como la convertía en blanco de críticas y rechazos de quienes se sentían afectados por su estilo directo y sus tajantes tomas de posición. Apasionada –igual que Rama– tenía como él una energía portentosa y un espíritu polémico y luchador. “Era alegre, divertida y siempre parecía una adolescente”, escribió el poeta Juan Gustavo Cobo Borda, quien afirmó que en Colombia, “la crítica

de arte comienza con ella”²³. Y el crítico argentino Damián Bayón: “Marta Traba fue una líder, una promotora porque supo despertar el entusiasmo y hacer fieles a su causa. Los que parecemos más reservados y tratamos de ser más ecuanimes –pero menos vitales, sanguíneos, apasionados– no podemos dejar de mirar con envidia su imagen avasalladora”²⁴.

Los años del exilio serán los de la consolidación de la pareja, aun en medio de las dificultades de adaptación, del cúmulo extenuante de trabajo, de las angustias que provoca un medio nuevo y desconocido. Así lo recoge el Diario, nacido, según escribe Rama en las primeras páginas, de un estímulo literario: la lectura de los diarios íntimos del venezolano Rufino Blanco Fombona y el recuerdo de los de André Gide, que lo habían deslumbrado en su juventud. Es, por tanto, un diario marcadamente literario (siempre lo son en un escritor y el propio Rama recuerda a propósito de Blanco Fombona²⁵ la frase de Unamuno “*nada más público que un diario íntimo*”), aunque oficie a la vez como desahogo, como una oportunidad de “recuperar un tiempo que no sólo es información objetiva y externa, sino la humedad de la vida interior asomando de a ratos y recompensando”. Y más adelante: “Creo que me place escribir en esta libreta por la simple razón de que no tengo con quien hablar. Monologo los temas para los cuales no puedo conseguir un diálogo satisfactorio. Hace tiempo que mantengo comercio social, pero no intelectual como a mí me gusta y entusiasmo”.

Las dos libretas de tapas duras –una azul fabricada en Caracas y una roja comprada en Estados Unidos– donde Ángel escribió a vuela pluma esos “monólogos”, llaman la atención por la limpieza de la escritura, por las escasísimas correcciones, que no deben sobrepasar la docena en total.

El Diario parece ser un refugio en momentos difíciles, un antídoto contra la angustia, y sólo lo abandona cuando el entusiasmo en los proyectos de trabajo hace olvidar toda otra preocupación. Así sucede en los períodos en que Rama se interna en sus investigaciones más ambiciosas que formarán luego sus libros mayores, o cuando trabaja en sus volúmenes venezolanos dedicados a Rufino Blanco Fombona, José Antonio Ramos Sucre y Salvador Garmendia. O cuando lo distrae alguno de sus emprendimientos centrales para la Biblioteca Ayacucho. De esa manera, no escribirá durante 1975 y 1976, años de muchísima actividad y de estabilización económica y laboral, cuando reparte su trabajo entre la Universidad, la Biblioteca, los viajes y la prensa venezolana que es la nueva trinchera de su militancia cultural²⁶. Volverá a sus “libretas” y al ejercicio introspectivo en los cambios de país y residencia (Estados Unidos, España, Francia) o cuando algún acontecimiento

desgraciado (la enfermedad de Marta, por ejemplo) vuelva todo a fojas cero y haya que encontrar consuelo o fuerzas para empezar de nuevo.

Al iniciarse las anotaciones en 1974, la constante es la inseguridad, provocada no solo por las dificultades del nuevo medio sino por las noticias que vienen del Uruguay, donde la represión se cobra cada día nuevas víctimas. Integrado al Comité de Solidaridad con Uruguay, Rama verá cómo el gobierno militar le niega el pasaporte, dejándolo indocumentado, y obligándolo a tomar tiempo después la nacionalidad venezolana.

Sin embargo siempre hay cosas que alimentan su entusiasmo, como el aprender alemán a sus cuarenta y ocho años en un curso lleno de jóvenes estudiantes, porque quiere leer a Walter Benjamin en el original. O la alegría que le da la docencia en la Escuela de Letras de la Universidad Central, donde se reencuentra con una actividad que desde sus inicios le produjo el placer de la comunicación intelectual y afectiva.

Pero Venezuela le da pronto oportunidades mayores. La más importante es la Biblioteca Ayacucho—iniciativa suya y de Leopoldo Zea, para la que se consigue el apoyo del gobierno— que le permite dar cauce a su vieja pasión de editor y de estudioso de la literatura latinoamericana como un corpus orgánico. Es un proyecto ambicioso nacido con motivo de la conmemoración del sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho, que consagró la independencia de América. Los quinientos volúmenes planificados recogen las obras más importantes de la cultura latinoamericana desde sus orígenes precolombinos, en diversos campos disciplinarios: literatura, antropología, filosofía, pensamiento político. Para ello, como en la etapa de *Marcha*, Rama recurrirá a nombres prestigiosos del pensamiento y la literatura. Al simposio inicial, convocado para trazar el plan de la obra, fueron invitados además de Zea, Luis Alberto Sánchez, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábato, Tullio Halperin Donghi, Gonzalo Rojas, Miguel Otero Silva, José Emilio Pacheco, Carlos Real de Azúa, Antonio Cândido, Juan Gustavo Cobo Borda, Rafael Gutiérrez Girardot, entre otros. En la edición de cada título, y en los ensayos preliminares que abren cada tomo, participaron los mayores especialistas latinoamericanos.

Pero además, los años de exilio, a pesar de la sobrecarga de tareas, le dieron espacio para trabajar con dedicación—particularmente en los meses de Stanford y en la etapa de Washington en el Wilson Center— en dos proyectos intelectuales que son tal vez la herencia más importante que ha dejado Rama: las investigaciones que dieron origen a *Transculturación narrativa en América Latina* y *La ciudad letrada*.

Desde los 60 había empezado a sistematizar el análisis de la literatura buscando situarla en los marcos históricos y sociales que le conferían su fuerza original. Sabía que América Latina es un conjunto de realidades regionales disímiles, pero que a través de la lengua y de ciertos paralelismos de sus períodos culturales muestra rasgos comunes, que pueden ser analizados. El conocimiento del pasado que le dio la Ayacucho, y el contacto directo con las realidades de cada país que adquirió en esos años de viajes permanentes por el continente, le permitieron investigar las peculiaridades de los procesos de producción cultural. Apoyado en una visión antropológica y recurriendo a distintas disciplinas incorporó el concepto de “transculturación” extraído de la obra de Fernando Ortiz²⁷, postulando que los complejos procesos que se cumplen en la sociedad como resultado del choque entre la cultura tradicional y los influjos modernizadores que vienen del exterior tienen su paralelo en la literatura, donde ciertos creadores (como Arguedas, Guimarães Rosa, Rulfo o García Márquez) logran tender puentes manejando de forma peculiar las innovaciones de la modernidad y generando productos nuevos y originales. Centrándose en el área cultural andina y en la obra de José Ma. Arguedas, procuró mostrar el funcionamiento de sus afirmaciones teóricas en aplicación de un caso regional concreto, que podía servir como modelo para trabajar luego en otras áreas. Este es uno de los aportes fundamentales del pensamiento de Rama, que cobra particular interés a la hora de reflexionar sobre los procesos culturales a la luz de los problemas creados por la globalización.

Los estudios sobre el mundo novohispano que lo entusiasmaron en la última etapa de su vida contribuyeron a generar *La ciudad letrada*, donde analiza las relaciones entre espacio urbano, élites intelectuales y poder, tomando un arco histórico que va desde la remodelación de Tenochtitlán por los españoles en el siglo XVI hasta la inauguración de la “ciudad soñada” de Brasilia en 1960, para profundizar en dos momentos clave: la independencia y la modernización de principios del XX. Reflexiona así—de una manera rigurosa— sobre un asunto que lo había desvelado desde los años 60 y que había estado en el fondo de varias de las polémicas de la época: el papel de los intelectuales en la sociedad latinoamericana.

Claro que también escribió en esos años varios trabajos sobre la novela, atendiendo especialmente a los más nuevos narradores y realizó las investigaciones que dieron base a su libro póstumo y lamentablemente inconcluso, *Las máscaras democráticas del modernismo* (1985), así como varios estudios sobre literatura colonial. Todas estas tareas se suceden en el Diario,

los encuentros y charlas con escritores, las reflexiones sobre la cultura venezolana, la preocupación por los temas políticos, por las distintas posturas de sus pares. Y la situación de exilio: "Vivir en la inseguridad, al día, sin saber qué será de uno mañana, como en un incesante derrumbamiento. No consigo acostumbrarme. Toda la cultura uruguaya de mis años se edificó contra esa situación, construyendo un entramado vigoroso y planificado destinado a instaurar la seguridad. Lo vi deshacerse como una red mal tejida". Y la inquietud por sus hijos adolescentes (Amparo y Claudio Rama Vitale) y los de Marta (Gustavo y Fernando Zalamea) cuyos destinos le angustian y aumentan su sentimiento de culpa y de desamparo. Es curioso, pero quienes conocieron el proverbial empuje de Rama, se sorprenderán con la lectura de estas páginas que lo muestran afectivamente frágil, siempre necesitado de afecto y reconocimiento.

En 1977, cuando retoma el Diario después de una estadía vivificante y feliz en Stanford, y luego de ser operado del corazón en Houston, Texas, la situación venezolana se le ha vuelto difícil. Parece estar viviendo tensionado entre sus sentimientos y su propensión racional y equilibrada. Por un lado se siente en guerra con el medio, perseguido por su condición de extranjero, a raíz de opiniones xenófobas vertidas en los diarios caraqueños por esos días. Por otro, su natural disposición racional lo obliga a desconfiar de sus sentimientos, de la que llama su "paranoia", y se pregunta si no se ha equivocado, rodeado como está de otros exiliados que se sienten de la misma forma. Incluso busca argumentos que justifiquen esa xenofobia que atribuye a los venezolanos.

Convertida en imán de una emigración latinoamericana a consecuencia de la prosperidad petrolera y las libertades democráticas en un continente oscurecido por las dictaduras militares, Venezuela tal vez reacciona como todos los países en circunstancias similares. Su condición de hijo de inmigrantes gallegos acude en su auxilio en ese esfuerzo "equilibrador": sus padres deben haber pasado por una situación similar en el Uruguay, el país democrático e igualador en su recuerdo, que implícitamente compara con Venezuela. Y aunque trae a colación las palabras del editor español Benito Milla quien le asegura que en la década del 40, a su llegada al Uruguay, no se sintió extranjero, Rama lo atribuye a la condición de país receptor de inmigrantes que el Uruguay, como la Argentina, tuvo desde fines del siglo pasado y que ya en los 40 había consolidado una actitud naturalmente integradora.

Incluso se cuida de la nostalgia o al menos lucha contra ella. Cuando Alicia Migdal, su colaboradora en la Ayacucho, resuelve volver al Uruguay porque no puede adaptarse a una ciudad caótica y expulsiva como Caracas,

Ángel apunta: "sigo resistiéndome a esa visión que me parece simplista y provinciana. Se parece a la de Marta, la he conversado mucho, sé los elementos reales que la sustentan, pero esos mismos argumentos se han aducido, en diferentes épocas para todos los países latinoamericanos, por lo cual, en el peor de los casos, sólo definen una situación histórica, no una naturaleza". Esa sensatez no le impide sin embargo enfurecerse en muchas ocasiones contra personas e instituciones y escribir palabras especialmente duras, de las que algunas veces se rectifica. Es cuando su Diario asume la función de "memorial de agravios" y aun de "documentos justificativos para la historia", dos de las funciones que él atribuía a los papeles íntimos de Blanco Fombona.

En ocasiones, de una forma implícita —como avergonzado de esa debilidad— defiende su condición de uruguayo. Curiosamente, lo hace con elementos mínimos, sentimentales, carentes de todo prestigio. "Eres el único uruguayo solar que conozco", le dice Luis Alberto Crespo. Y Ángel se resiste a ser una excepción. Y apunta: "aunque yo pueda parecer distinto por un ansia de júbilo más que uno verdadero, que a veces me posee, también yo amo las cosas tristes, grises, destartaladas, ásperas" y se pone a recordar su gusto por los arrabales de Montevideo, por los baldíos llenos de perros y de niños, por el barrio de la infancia "cuyos sabores han quedado depositados en el alma".

Barcelona, visitada a fines de 1977, le resulta más hospitalaria que Caracas y tanto a él como a Marta les permite soñar con una vida distinta, en un medio más estimulante y rico desde el punto de vista intelectual. Su encuentro con escritores uruguayos exiliados, el proyecto de publicar una *Marcha* en el exilio, sus lecturas de ese período, el bello apartamento antiguo que Marta está reformando, le reafirman el deseo de salir de Venezuela, donde no se siente cómodo luego de su alejamiento de *El Nacional* a raíz de la polémica con Oswaldo Barreto a propósito de Sedar Senghor, y de las campañas xenófobas de la prensa.

Pero todavía está en Venezuela en 1978, ahora escribiendo en *El Universal*. Marta en cambio ha resuelto quemar las naves y partir a Barcelona. A Ángel le duele abandonar la Biblioteca Ayacucho y vuelve a sentirse desalentado: "Si los sueños de la vigilia no me siguieran pintando un futuro posible y mejor, no me sería posible vivir. Aunque la lucidez que los sigue me repita sarcásticamente que tengo ya cincuenta años". Cuando renuncia a la Escuela de Letras se duele de la frialdad con que sus pares de la Universidad acogen la noticia, y se resiente como un adolescente abandonado: "veo que hace tiempo que los molestaba". El Diario "ha venido, de golpe, como un confesionario: por lo tanto reflejará este estado de soledad y de acosamiento, más que la totalidad de mi vida".

La Universidad de Maryland lo contrata en 1979 como profesor visitante. Vive en Washington fascinado por la cercanía de la Biblioteca del Congreso, donde se dedica al estudio del mundo novohispano, en un proyecto que sólo interrumpiría su muerte. El Programa Latinoamericano del Woodrow Wilson Center for International Scholars le había otorgado una beca de un año que le permite trabajar cómodamente y viajar a dar conferencias a distintos institutos y universidades norteamericanas. En su primera colaboración para *Cuadernos de Marcha* (que Quijano acaba de iniciar en México) escribe: “*Ahora que estamos en el invierno de nuestra autocrítica y que por lo tanto hemos dejado de hablar como niños; podemos percibir más agudamente cuánto se simplificó nuestra cultura, cuánto se la escamoteó bajo fórmulas operativas aceptables por el campo político, en los últimos años que nos condujeron a la catástrofe*”, y agrega que ahora, como nunca “*debe defenderse y encarecerse este vasto, rico, húmedo territorio de la cultura y las producciones que más auténticamente emanen de él*”²⁸.

Volverá al Diario en 1980, en Washington, después de casi un año de abandono de sus anotaciones. El paso del tiempo empieza a pesarle dolorosamente. La calvicie, el aumento de peso, el bigote nuevo, le devuelven en el espejo la imagen de un hombre mayor que le resulta un extraño. “*Però nada ha cambiado, sustancialmente, en lo interior, para sorpresa y congoja mía. [...] Como un alma adolescente en un atuendo de senior*”. Esa condición de adolescente eterno le permitió trabajar hasta el final con el mismo genuino entusiasmo que a los veinte años. Por eso el mundo académico norteamericano le resulta muchas veces árido, sin vida, y se pregunta “*¿por qué se dedican a la literatura y al arte, si nada tienen que ver orgánicamente, con ellos?*” [...] “*el orden profesoral en toda su sequedad y reduccionismo (sí, jibarizadores de lo bello, de lo fuerte, de lo verdadero)*”.

Trabaja sobre Arguedas, da conferencias en Princeton, en Harvard, en Mont Clair College, en Austin (Texas), registra en el Diario opiniones, conversaciones con escritores (García Márquez, Cortázar, Onetti, Vargas Llosa, Heberto Padilla, Cabrera Infante y varios otros), comenta encuentros con amigos del pasado de Uruguay y Argentina.

La enfermedad de Marta (en Bogotá los médicos le descubren un cáncer de seno que debe ser operado) lo sume en la desesperación. Son las páginas más estremecedoras del Diario, las que revelan con más crudeza su íntimo desamparo. Revisa y reescribe la historia de su relación con ella, los primeros días en Chile, los años de felicidad pasados juntos. La posibilidad de su muerte lo aterroriza.

A fin de año, con Marta que se recupera de la operación, están en Princeton donde ambos tienen cursos a su cargo, para volver a Washington en enero de 1981, luego del nombramiento de Ángel como Profesor Titular de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Maryland. El 20 de julio de 1982 el Servicio de Inmigración del gobierno de Reagan niega el pedido de visado de residencia que en nombre de Rama formuló la Universidad de Maryland.

La trampa 28 y el final

Ese fue el principio del fin. Basándose en la ley McCarran-Walter (sancionada en plena época del maccarthismo) y en “información confidencial” —obviamente proporcionada por la dictadura militar uruguaya— el Servicio de Inmigración concluye que “el solicitante es inadmisibile en los Estados Unidos”. Ángel era considerado bajo el código 212 (d) (3) (A) (28) —lo que el semanario norteamericano *The Nation* llamó “Trampa 28”— es decir, “subversivo comunista”. De nada sirvieron las gestiones legales de Rama para demostrar que la acusación era falsa, ni las protestas de la Latin American Studies Association, del Pen Club, de The Authors League of America, de medios de prensa como *The Nation*, *The Sun* de Baltimore, el *Village Voice* y el *Washington Post*, de personalidades de la política como Belisario Betancur, presidente de Colombia y Carlos Andrés Pérez expresidente de Venezuela, o escritores como Arthur Miller, Julio Cortázar o Gabriel García Márquez.

En un artículo titulado “Dos latinoamericanos en la Trampa 28”²⁹, Rama escribió: “*Desde el desdichado proceso al escritor Andrei Siniavsky, en 1966, no he cesado de escribir contra la opresión a los intelectuales que dificulta la libre circulación de las ideas, línea de la que no me he apartado jamás, ya se tratara de los ‘disidentes’ soviéticos; el poeta Heberto Padilla en Cuba, el poeta Roque Dalton muerto por la guerrilla salvadoreña, el novelista Rodolfo Walsh asesinado por bandas paramilitares en la Argentina, el narrador Hiber Conteris, torturado y encarcelado en el Uruguay, el escritor Augusto Roa Bastos expulsado de su propia tierra por la dictadura, el escritor puertorriqueño José Luis González a quien se le negaba el derecho a vivir en su patria, el cubano Reinaldo Arenas expulsado violentamente de su país. Siempre pensé que no tenía por qué coincidir con las ideas de ellos, sino reivindicar el principio jeffersoniano de la libre expresión de las ideas. Sólo donde se expresa responsablemente el espíritu crítico es posible una democracia. La represión de las ideas testimonia una regresión fascista, sea cual fuere el régimen en que se produce*”.

Sumándose a la situación, en octubre de 1982, Reinaldo Arenas publica una serie de artículos contra Rama³⁰ donde lo acusa de haber firmado declaraciones antimperialistas en la revista de Casa de las Américas y de haber tenido “*un pasado pro-comunista, un pasado subversivo, una serie de manifiestos terroristas a favor de la violencia y del crimen, un cantubernio al parecer muy estrecho, con el fascismo de Fidel Castro*”. Por último se pregunta: “*¿tiene o no razón el Departamento de Estado Norteamericano al negarle la residencia a Ángel Rama, declarándolo un agente subversivo?*”. Los artículos de Arenas están escritos en el estilo injurioso y demonizador, de trazo grueso, que en esos años era frecuente en tantos intelectuales cubanos de uno y otro bando, sobre el que el propio Rama hacía apreciaciones en una entrada del Diario del 20 de octubre de 1977³¹.

Pero esos episodios de la salida de Estados Unidos casi no se reflejan en el Diario, abandonado por Ángel durante 1982, ocupado en sus investigaciones y complicado en el farrago de trámites frente al Servicio de Inmigración. Lo retoma en abril de 1983, ya instalado en París, donde intenta emprender una nueva vida. Tiene una beca Guggenheim, y al abandonar los Estados Unidos, la Universidad de Maryland, que deseaba mantenerlo como investigador, le había otorgado una beca para el estudio de las culturas populares en América Latina. La École Pratique de Hautes-Études de Paris lo había contratado a su vez para dar unos cursos y volvía a trabajar en su libro *La ciudad letrada*.

El Diario se cierra con una nota esperanzadora, que lo define: “*Creo que una vez que esté metido en mi trabajo de lleno y comience a generar nuevos proyectos, se irá cicatrizando mi sensación de malestar. Como haber sido ensuciado por gente torpe y malévolas, y no haber podido contestarles como correspondía*”.

Sus proyectos no pudieron cumplirse esta vez. El 27 de noviembre de 1983, cuando se dirigía a Bogotá con Marta para participar en el Primer encuentro de la cultura hispanoamericana invitado por el presidente Belisario Betancur, el avión —en el que también viajaban los escritores Manuel Scorza y Jorge Ibargüengoitia— se estrelló en Mejorada del Campo, en las cercanías de Madrid. Ninguno de ellos sobrevivió.

Notas

- 1 “Ángel Rama: una imagen”. Publicado en *Texto Crítico* 31-32, México, enero-agosto de 1985.
- 2 En *Función de la poesía y función de la crítica*. Traducción en Seix Barral, Barcelona, 1955.
- 3 *Otras inquisiciones*, 1952.
- 4 Prólogo a *La novela en América Latina*. Panoramas 1920-1980, Bogotá, 1982.
- 5 Ob. cit.
- 6 “Carlos, mi hermano mayor”. *Cuadernos de Marcha* N° 15, 2ª Época, México, setiembre-octubre de 1981.
- 7 En “Ángel Rama o la pasión americana”. *Texto Crítico*, Año X, N° 31-32, México, enero-agosto de 1985.
- 8 “La generación crítica”. Revista *Proceso*, 2/1/1984.
- 9 “La lección intelectual de Marcha”. *Cuadernos de Marcha*, N° 19, 2ª. Época, México, julio-agosto de 1982.
- 10 Antonio Cándido, “Lucidez latinoamericana”. En *Revista Casa de las Américas*, N° 192, julio-setiembre de 1993.
- 11 “Hacia una política cultural autónoma para América Latina”, Montevideo, Universidad de la República, 1969.
- 12 *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, Montevideo, Universidad de la República, 1964.
- 13 Publicadas en *Marcha*, de marzo a mayo de 1963.
- 14 María Eugenia Mudrovic, *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997.
- 15 En *El Comercio* de Lima, diciembre de 1983.
- 16 *Marcha*, N° 1546, 1547, 1548 y 1549 de junio de 1971.
- 17 En el archivo de Rama existe el borrador de una carta a Haydée Santamaría renunciando a la revista, que nunca llegó a enviar. De todos modos, no volvió a colaborar hasta 1982.
- 18 Apareció finalmente en *Literatura y clase social*, México, Ediciones Folio, 1983.
- 19 Reproducido en *Uno más Uno* de México, 26 de julio de 1980 y en la revista *Eco*, enero de 1981.
- 20 Norberto Fuentes, *Dulces guerreros cubanos*, Seix Barral, Barcelona, 1999.
- 21 Belkis Cuza Male, viuda de Heberto Padilla, en nota del 2/11/2000, publicada en *El Nuevo Herald* de Miami, afirma que Norberto Fuentes siempre trabajó para la Seguridad del Estado, y agrega al referirse a la actitud de Fuentes en la sesión de “autocrítica” de Padilla: “*Fue también el autor de Condenados del Condado quien precisamente intentó darle verosimilitud a la farsa, al levantarse y refutar a Heberto*”.
- 22 Publicada en *El Nacional* de Caracas durante los meses de noviembre y diciembre de 1977, y reproducida en el *Boletín Informativo de TILALC*, Posgrado en Literatura Latinoamericana Contemporánea, Universidad Simón Bolívar, Año I, N° 2 julio-diciembre de 1984.

- 23 “Marta Traba”, publicado en *Marta Traba*. Museo de Arte Moderno de Bogotá, Bogotá, Planeta, 1984.
- 24 “El espléndido no-conformismo de Marta Traba”, publicado en *Marta Traba*. Museo de Arte Moderno de Bogotá. Bogotá, Planeta, 1984.
- 25 *Rufino Blanco Fombona íntimo*. Selección y prólogo de Ángel Rama. Caracas, Monte Ávila, 1975.
- 26 La importante producción periodística de Rama en esos años puede verse –igual que la de los años montevideanos– en el valiosísimo trabajo de Carina Blixen y Álvaro Barros Léméz, *Cronología y bibliografía de Ángel Rama*, Montevideo, Fundación Ángel Rama, 1986.
- 27 Mabel Moraña ha señalado la utilización del término “transculturación” también por parte de Mariano Picón Salas –en un sentido similar al de Rama– en *De la conquista a la independencia* (1944), libro cuatro años posterior al *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940) de Fernando Ortiz. (Mabel Moraña, Introducción a *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, 1997).
- 28 “Otra vez la utopía en el infierno de nuestro desconsuelo”. *Cuadernos de Marcha*, 2ª Época, I, mayo-junio de 1979.
- 29 En *El Universal* de Caracas, 23 de enero de 1983.
- 30 En *Noticias de Arte*. Nueva York, octubre de 1982. Los artículos son “Ángel Rama ‘subversive agent’” y “Una Rama entre la delincuencia y el cinismo”. En ellos acusa a Rama, entre otras cosas, de escribir un “tipo de crítica que tiene la particularidad de que la obra se valora por el ‘fondo de denuncia’ de la misma o por su oportuna demagogia política”.
- 31 Según ha señalado Álvaro Barros Léméz (*Brecha*, 18/5/2001, Correo), Reinaldo Arenas, que había sido expulsado de Cuba junto con miles de cubanos en el barco que salió del puerto de Mariel en 1980, se sintió perjudicado en sus intereses por Ángel Rama cuando éste escribió que Arenas “había sido arrojado fuera de Cuba”, cuando a Arenas le interesaba decir que “había huido del comunismo” “para lograr ciertos apoyos oficiales (con el patrocinio de Emir Rodríguez Monegal, desde su cátedra universitaria estadounidense)”. “Para revertir la información –dice Barros Léméz– desprestigiar a Rama y calificarlo como ‘agente castrista’, Arenas –con el permanente apoyo de Rodríguez Monegal– logró el patrocinio de otro exiliado cubano que actuaba como asesor de seguridad en la Casa Blanca del gobierno Reagan: Roger Fountain, nacido en Cuba como Rogelio Fuentes. Ahí sí se convirtió este hecho originalmente literario y crítico-literario en un hecho político.” Otra prueba de la animosidad de algunos exiliados cubanos que contribuyeron a formar un clima adverso respecto de Rama puede verse en el artículo de Guillermo Cabrera Infante “Cuando Emir estaba vivo” publicado en *Homenaje a Emir Rodríguez Monegal* (Ministerio de Educación y Cultura. Montevideo, 1987), donde Cabrera Infante bromea con crueldad a propósito de la muerte de Rama y agrega: “Emir y yo solíamos comentar tales destinos y desatinos. Los dos creíamos, con Poe, que la venganza es un género literario”.

Criterios de esta edición

Rama no utilizó un criterio único para fechar su diario: a veces consigna día, mes y año, otras veces sólo día y mes, y a veces sólo mes. Al final durante un buen tramo escribe sólo el lugar donde se encuentra, por ejemplo, “Washington”. Hemos respetado el original.

En el texto sólo hemos aclarado entre corchetes [-]- cuando falta un nombre o un dato que permite identificar mejor a la persona o al asunto de que se habla, por ejemplo: Carlos Martínez [Moreno].

No hemos anotado aquellos nombres de personas o lugares que son excesivamente conocidos o pueden encontrarse en cualquier diccionario de referencia. Sí hemos hecho notas sobre nombres o situaciones conocidas en ámbitos más restringidos. En algunas ocasiones el propio Rama aclara de quién se trata, y en tal caso no hemos puesto anotación alguna.

Si bien algunas personas han quedado sin identificar, creemos que en ningún caso eso impide la comprensión del texto o de la situación narrada.

Aunque la letra manuscrita de Rama es bastante clara, puede haber sucedido que algún nombre propio, por nosotros desconocido, no esté escrito correctamente en la transcripción. Sólo en un caso hemos puesto entre corchetes la palabra “ilegible”.

Agradecimientos

A la Fundación Ángel Rama; y a Amparo Rama y Juan Fló responsables de las primeras etapas de transcripción y edición del Diario.

A Daniel Divinsky, Ugo Ulive, Hugo García-Robles, Jorge Lafforgue, Álvaro Barros Lémex, Hugo Verani, Miriam Freilich, Victoria Verlichak, Alberto Oreggioni, Jorge Ruffinelli, Judith Sutz y Amparo Rama, quienes colaboraron en la identificación o aportaron información sobre algunas personas que aparecen en el Diario de Ángel Rama. Y especialmente a Hugo Achugar, Oscar Brando y Juan Fló, por sus valiosas sugerencias.

R. P.

Diario

1974-1983

1 de setiembre de 1974

A esta edad, normalmente, se redactan las memorias. A falta de ellas, me decidí por una anotación de diario, ni público ni íntimo. Con los peligros del soliloquio (ese enrarecimiento del vivir al ser desgonzado de sus naturales quicios) pero también con los beneficios de la subjetividad, particularmente en un ser humano que siempre ha procurado reemplazarla por las coordenadas intelectuales o las comunitarias (trabajo, movimientos políticos).

Estoy trabajando en una selección de los diarios íntimos de Rufino Blanco Fombona¹ (para Monte Ávila) y el placer de esa lectura puede haber inspirado este propósito. Placer y enojo repentino por su desenfrenado egotismo: tiene gracia en su período juvenil, pero cuando llega a adulto (y a viejo) se hace torpe, meramente vanidoso. Pero le debe haber ayudado a vivir, sobre todo cuando el exilio se hizo demasiado largo, el peso de ganarse la vida en tierra extranjera se tornó penoso y la salud empezó a decir sí y no.

Un par de veces arremete rencorosamente contra el mayor egotista de su tiempo, A. Gide, al que parece no haber leído, sin contar que en general Rufino Blanco Fombona careció de gusto seguro en materia estética y no llegó a desarrollar una cultura artística. Fue historiador, sociólogo, frustrado hombre de acción, pero supo poco qué es ser un artista. El encuentro de Gide me agitó: la resurrección de una apasionante lectura de la adolescencia, en especial justamente sus Diarios. Por ellos intenté ser "diarista" de joven y abandoné presto (volublemente) el intento.

Todo tiene que ver con esas heridas secretas, o esas obsesiones y temores que me acompañan de siempre, vivas e irresolutas, y que llaman a una consideración.

Seguramente reaparecerán, si este diario no es prestamente abandonado. Tengo curiosidad por esa reminiscencia, a esta edad, por su nueva apariencia o por su terca fijeza acaso.

2 de setiembre de 1974

La felicidad de estos últimos dos meses y la secreta fuente de vida, han sido las clases de alemán.

Ignoro por qué resolví iniciar el estudio de la lengua. Esa ignorancia fue recompensada por el grato ambiente de instituto de estudios, por la convivencia con alumnos de la edad de mis hijos. Primero respetuosos y esquivos, no tardaron en aceptarme como uno más de ellos. Por mi parte me resolví a no ser sino uno de ellos, aceptando con naturalidad mis errores y torpezas. Delante de mí, una niña casi, con pasmoso oído, contesta las preguntas. Yo vacilo (el oído está duro ya) hago tiempo para transportar los sonidos a signos gráficos (el hábito de la lectura, sus reglas, su soledad no sonora) y con dificultad contesto al fin.

Creo que estudió más que ellos y, desde luego, comprendo mejor las estructuras de la lengua, pero no por eso hablo mejor. La morenita que se sienta delante, nada gozosa en el río sonoro, hace de él una segunda piel que debe vivirse y no razonarse. Yo voy detrás, lento, razonándolo antes de echarme al agua.

Pero eso hay: un agua fluyente, un agua viva.

Por eso continúo, robando tiempo de donde sea para poder seguir en las cercanías de esa fuente.

5 de setiembre de 1974

Carlos² en casa, por tres días, en viaje de Baires a México, donde lo esperan Judith y Ruth.

La alegría de verlo, de conversar con él sobre el mundo que vivimos, deja pronto paso a la incomodidad. Esa plática le es grata en la medida en que rota alrededor suyo y se pliega a una visión de las cosas que sólo podría llamarse "carlocentrista". Termino disgustado porque todo eso me desagrade y al mismo tiempo (¿hospitalidad, deseo de conservar el afecto, poquedad?) no me atrevo a decirle críticamente lo que me parecen sus opiniones y valores.

Juzga a los hombres y los sucesos según han sido para él, de tal modo que no alcanzo a descubrir las leyes (ideológicas, éticas, artísticas) que lo rigen. Hace poco sentí lo mismo leyendo las Memorias de Neruda e hice de esa observación el centro de mi interpretación crítica³. Ahora vuelvo a encontrarlo y en mi hermano mayor. Pausa de desconfianza: ¿será que así son las criaturas humanas luego de cierta edad? ¿Y entonces yo? ¿O seré también así sin poderlo percibir desde el adentro de mi pecera? No: creo que he hecho mía la insignia pascaliana ("le moi est haïssable") por desdén de la minúscula

vanidad, probablemente por muy alto orgullo, y en todo caso porque el subjètivismo sólo es verdaderamente interesante cuando lo es la subjetividad puesta en juego, cuando quien dice es una criatura original. Sólo en ese caso puede interesarme el "dicente" más que lo que "dice", aunque sólo me llega a través de este "decir".

6 de setiembre de 1974

Como sigue sin llegar respuesta de Montevideo (Cancillería) a mi pedido de nuevo pasaporte, concurre a la embajada. Me recibe un medroso (casi ratonil) Encargado de Negocios que hilvana frases hacia adelante y hacia atrás, sin resolver nada. Al fin entiendo cuando me dice que quien desearía conocerme es el coronel (no retuve el nombre) que, una vez entrado en su despacho, comienza preguntándome: "Quería conocerlo porque, como Ud. dirige el movimiento de información sobre la represión en el Uruguay, me gustaría corregir datos que Ud. ha propalado sobre el tratamiento en las cárceles a los subversivos"⁴.

A partir de tal presentación, el diálogo más penoso imaginable. Ni a él le importan mis argumentos y datos, ni a mí me interesan sus alegaciones. En un estilo de puro formalismo, mientras delante nuestro, el Encargado de Negocios Sr. Durán transpira y se agita, el innominado coronel trata de que me resulte claro que soy un hombre tan peligroso para ellos como los mismos subversivos. Inútil procurar saber por qué (no me engaño acerca del escaso daño que puede hacerles mi participación en actos públicos sobre la represión en mi país) y menos insinuarles que es un honor el que me confiere. Lo cerril, lo tozudo, lo yengativo, lo rabioso se acumulan en este oscuro personaje. Y sin la menor capacidad para percibir una ironía: cuando me dice que "la de Macchi⁵ es una hiena" y yo le pregunto cándidamente "¿Es hija de un coronel del ejército, no?" me mira como diciendo "¿Y eso qué tiene que ver?"

8 de setiembre de 1974

Los muchachos del Comité de Solidaridad etc. con el pueblo uruguayo me traen materiales para propagar aquí, referidos exclusivamente a los presos del movimiento tupamaro. Larga conversación respecto a la acción del Comité, a la que critico por excesivamente parcializada, en contra del acuerdo de unidad que se había alcanzado. Ni una palabra, en estos textos, acerca del movimiento sindical del cual me llegan informaciones por los canales del

partido comunista. La continuación de la pugna de los sectores de oposición, sólo sirve a Bordaberry⁶ y a los militares fascistoides. Sólo una unidad sólida y confiada del pueblo uruguayo puede acabar con la dictadura.

Le escribí a Gabo [García Márquez] sobre el caso Rosencof⁷ y volveré a hacerlo. Los escritores podrían tomar ese nombre como bandera para evidenciar el horror a que ha llegado la dictadura en el Uruguay.

10 de setiembre de 1974

Va siendo un año duro para Marta⁸ y para mí y es difícil precisar las causas. ¿Dificultades con el medio intelectual de aquí, en muchos aspectos todavía provinciano? ¿Desacomodación por la sensación de inestabilidad en que vivimos, como quien dice al día, sin poder hundir raíces en un lugar, al fin? ¿Desconcierto vital a esta altura de nuestras vidas?

Hemos conversado apaciblemente de todo eso y el hablarlo nos ha hecho bien. También hemos pensado que el apartamento se ha transformado en una pensión: el mismo día en que partió Carlos llegó Alberto (hermano de Marta) y su mujer anunciando que estarían tres semanas y desde luego Marta se siente mal porque no tiene un trabajo estable, lo que la lleva a pensar que es un peso para mí. Sin ella me es difícil imaginar la vida.

15 de setiembre de 1974

Entrevista con el cónsul honorario del Uruguay que, por suerte, es un venezolano. Recibió cablegrama de Relaciones Exteriores ordenando se me niegue pasaporte. No sé si paso a la categoría de "apátrida" y deberé pedir a las Naciones Unidas que me reconozcan como tal, o, como me dice el cónsul, a la categoría de "confinado en Venezuela" que resuelve por mí el gobierno de Bordaberry.

La dictadura es clara: nada para los que se atreven a disentir. También debe leerse en el telegrama negándome pasaporte una advertencia: no ponga los pies en el Uruguay. De inmediato pensé en Lilia⁹, que no podría verla entonces y sentí el apretón en el pecho.

La dispersión continúa, fatalmente. ¿Qué tiene que ver esto todo con un tiempo que fue, hace veinte años?

16 de setiembre de 1974

Voy a recibir al aeropuerto, con Salvador [Garmendia] y Ulive¹⁰, a la delegación latinoamericana¹¹, donde vienen Darcy Ribeiro, Sergio Buarque

de Holanda, Leopoldo Zea, Arturo Ardao (más fantasmal que nunca) y Roberto Fernández Retamar. Este me vuelve a hacer la misma impresión que en Canadá, el año pasado. Físicamente está mejor, aunque ya ha atravesado la línea de sombra.

Pero desalienta verlo transformado en el funcionario. Lo que en Portuondo¹² ni me molesta, en él me duele y me acuerdo de aquel día (¿cuándo? ¿en 1967?) en que vino a verme al hotel, no bien llegado a La Habana y en mi habitación, paseando nervioso y fumando, me dijo: "Tú comprendes, llega un momento en que se produce, se triunfa, ahora lo hemos logrado, somos el gobierno".

Nervioso y lleno de entusiasmada ambición entonces. Creo que no sabía, ni sospechaba, en qué debía transformarse para cumplir con ese aparental triunfo que lo llenaba de júbilo. Era la hora del regocijo, luego vendría la de las duras faenas del poder. Otra vez el mismo asunto: el intelectual y el poder.

Hablar con él es, ahora, como hablar con un diplomático en un salón.

17 de setiembre de 1974

¿Cuál es el laboreo secreto de la noche? Salgo del sueño, como si remontara de las profundidades del mar, sin un solo recuerdo, una sola imagen onírica, pero dominado por una angustia tenaz, transpirado, debatiéndome en un sufrimiento sin formas ni expresiones. Sólo angustia, como no vuelve a repetirse en el día, donde puedo tener ansiedad, contrariedades, sufrimientos, pero no esa sensación de opresión como si todos los monstruos de la pesadilla hubieran estado acucillados sobre mi pecho (evoco el cuadro del XIX, "La pesadilla", ¿de quién?) y el corazón hubiera estado cercano a paralizarse.

Quisiera entonces volver al abismo, pero con los ojos abiertos, descender a ver los monstruos. Pero nada, ni hay retorno, ni ninguno de ellos se muestra. Vuelvo nuevamente de lo negro y ahora estoy en el día, como un extraño.

Otra vez la dentadura. Desde que en 1969 la infección bucal me originara la endocarditis e impusiera la extracción de cinco piezas que son las que ahora ocupan las dos prótesis movibles que uso, desde entonces la dentadura ha sido el problema de cada año. La operación de encías que me hiciera en Puerto Rico en 1971 pareció aliviar los problemas, pero periódica, puntualmente, retornan. En estos días otra infección bucal, otra serie de molestias y de humillaciones (así me siento) y la nueva serie de explicaciones a nuevos médicos, de donde salen las inyecciones de penicilina que me estoy

administrando y las sesiones en el sillón del dentista. Soy paciente, más de lo que pueden pensar quienes me conocen como agitado, me dispongo con expresa voluntad de ánimo para pasar por todo, resignadamente. *The way of all flesh*, me digo, con el título de Butler, pero no puedo impedir la vívida imagen de la decadencia y del previsible final que contemplo como sorprendido, curioso, dispuesto.

Carta a García Márquez, respondiendo a la lectura de mi ensayo sobre sus comienzos¹³. Emocionado él y yo también. Tenemos la misma edad, hace pocos años que nos conocimos ya adultos, pero no en balde crecimos (en ciudades y países diferentes) en el mismo tiempo histórico-cultural. En su formación encuentro huellas, marcas, señales de la mía: soñ lecturas, proyectos, esperanzas. Por eso es comprensible que pueda seguir de cerca sus años juveniles. Y si los estudié acuciosamente (mis días en Barranquilla en 1972 leyendo viejos diarios, posesionándome de la ciudad y de sus viejos amigos) es porque siempre estuve cercano de él en ese origen popular, en esa impregnación de pueblo que hace su (mi) (nuestra) mayor sensibilidad. Porque no es un problema de ideologías (a veces raramente desviadas de los reales y naturales impulsos del hombre) sino un problema de sensibilidades. La inclinación a ciertos sabores, ciertos seres humanos comunes, ciertos ámbitos, y ni siquiera eso, porque todo ello puede darse en un hombre (un escritor) sin eso específico que es una sensibilidad y una felicidad que vienen de la inmersión gozosa en el pueblo.

Vivir en la inseguridad, al día, sin saber qué será de uno mañana, como en un incesante derrumbamiento. No consigo acostumbrarme. Toda la cultura uruguaya de mis años se edificó contra esa situación, construyendo un entramado vigoroso y planificado destinado a instaurar la seguridad.

Lo vi deshacerse como una red mal tejida. Nos dejó a todos flotando en el vacío. A mí con la sensación constante del viaje por desfiladeros pedregosos entre cataclismos, centellas que revientan, tierra que se resquebraja, aire reseco, peligros y acechanzas inevitables. De esa condición es posible que proceda la resignación con que me veo siguiendo adelante, con calma o inconsciencia, con indulgencia.

En *El Nacional* un periodista cultural (español, claro, aunque vecindado en el país desde hace treinta años) arremete contra nuestro proyecto de Biblioteca Ayacucho aduciendo los argumentos del Siglo XIX de Menéndez

Pelayo: que háy una unidad que presta la lengua y que por lo tanto sólo puede encararse una colección donde estén los clásicos españoles. Hasta aquí es simplemente un extemporáneo uso de una tesis vieja que los españoles ya no aplican, ni de hecho nunca aplicaron: no existe ninguna biblioteca española (Ribadeneyra, Clásicos Castellanos) que incorpore a los hispanoamericanos en plano de igualdad con los castellanos y que junto a Bécquer publique a Sarmiento.

Lo grave es que a renglón corrido el español agregue que, carentes de títulos de España, mal se podrán conseguir 300 títulos buenos para la Biblioteca, a no ser que se apele a la "basura" tipo Mariátegui. Aquí sale a luz el viejo y sólo embozado desprecio por las antiguas colonias que sigue anidando en el pecho de los españoles y que sólo los grandes espíritus (como Unamuno) fueron capaces de vencer para leer, comentar y debatir con toda libertad y en un mismo plano, lo peninsular y lo hispanoamericano.

Pero fuera de un puñado de excepciones, la independencia de América sigue siendo vivida, en la conciencia colectiva española, como una ingratitud, una perversión y un ultraje. Y los hispanoamericanos siguen siendo percibidos como retrasados colonos indignos de manejar un idioma que ellos no han creado y que no hacen sino deteriorar.

Que quinientos años de historia cultural no puedan depararnos trescientos volúmenes calificados sería certificar la inferioridad de un pueblo y una verdadera fatalidad histórica que lo condenaría por siempre a la esterilidad.

18 de setiembre de 1974

Reunión con los delegados extranjeros para oírles sugerencias sobre la Biblioteca Ayacucho.

Casi nada de interés, sobre todo a causa de la estrechez nacionalista de miras: Ardao habla de recopilar en varios tomos los escritos de Batlle y Ordóñez; Roig¹⁴, de publicar las historias de los ferrocarriles argentinos de Scalabrini¹⁵ y así sucesivamente. Compruebo, y con la mejor audiencia posible, la atroz incomunicación latinoamericana. Y, más que nada, la ausencia de un verdadero plano continental, unitario para medir su creación cultural, aplicando en la óptica crítica esa conciencia latinoamericana de la que tanto se habla y la que tan escasamente se practica. Las mejores intervenciones son las de Leopoldo Zea (cuyo fervor latinoamericanista es constante) y las de Darcy Ribeiro cuya capacidad de programación conozco bien desde nuestros años montevidéanos. Triste intervención de Retamar:

viejo y desconfiado diplomático, incluso sus apelaciones a los héroes (Guevara) suenan a retórica de salón.

El propio Sergio Buarque, por quien tengo tanto aprecio intelectual, me parece un viejo león cansado y sus nuevas y largas patillas blancas ayudan a esta imagen de figura retirada. Ardaó es de escayola, como estatua de plaza de pueblo que todavía no ha conseguido su verdín. Los demás grises, homogéneos. Es el famoso equipo latinoamericanista creado por el tesón de Zea y en el cual he participado con entusiasmo (por última vez en el Congreso de México del 72)¹⁶, de ahí que con inquietud los vea ahora como esa partida de soldados derrotados, viejos, perdidos de su propio ejército, fieles, constantes y ya extraviados, que se van poniendo grises y blancos mientras rotan, incansables, por los mismos sitios, repitiendo las mismas palabras.

22 de setiembre de 1974

Un día entero de playa, para pasear al hermano de Marta y su mujer. Como un día planificado para cumplir un operativo que no sólo es visitar La Guaira, desayunar en Macuto, recorrer Los Caracas, bañarnos en Naiguatá, sino que incluye encuentro con Oswaldo [Trejo]¹⁷ para discutir programas de la Biblioteca Ayacucho y aparición de Levin¹⁸ de regreso de Baires, más ron y cerveza y un desperfecto en el carro antes de partir. Regreso agotado.

De noche, en casa de Sonntag¹⁹, me derrumbo y ni la vivacidad parlara de Darcy me sostiene. Me transformo en un zombi: ni hablar puedo, soy nada más que fatiga y deseo de morir para descansar infinitamente.

Marta se espanta y afectuosamente me lo reprocha. Pero no sé, ni sabré nunca reconocer por anticipado mis límites y menos faltar a las obligaciones que tengo hacia ella. Quería pasear a su hermano, me consta y quería ir a la reunión en casa de Sonntag.

Cuando despierto, en la madrugada del domingo, me veo remontar suave, dulcemente, como desde muy abajo, atravesando un aire fresco, grato y purísimo, hacia el día, hacia el deseo amoroso, hacia una felicidad plena, más bella por perdida y al fin recuperada. El cuerpo es entonces, de nuevo un jardín de delicias.

23 de setiembre de 1974

La parte secreta de Oswaldo la correspondiente al estricto funcionario que evidentemente es, la conozco en la reunión que hacemos para estudiar

el proyecto de presupuesto de la Biblioteca Ayacucho. La seriedad y el cuidado con que analiza cada rubro presupuestal, propone alguno por mí desatendido y estudia el organigrama y la mecánica administrativa del proyecto, dan testimonio de los veinte años de carrera diplomática que ha cumplido.

En otro orden de cosas, me pregunto si no hay conexiones entre la función del diplomático dentro de la estructura burocrática del poder y las afinidades homosexuales, pensando en los muchos ejercitantes que conozco en los rangos de la diplomacia.

Y en aun otro orden, habría que interrogarse sobre los procesos de adaptabilidad de los seres humanos a las distintas funciones de la administración y el uso que estas hacen de condiciones de la personalidad, del carácter, de la sensibilidad, de las más íntimas costumbres, requiriéndolas al servicio de otros fines, ellos de naturaleza funcional y burocrática. Porque no sólo pide la administración, inteligencia, honestidad y eficiencia, sino que requiere más hondas adaptaciones de la personalidad humana, prestaciones mucho más íntimas. Expropia lo que llamábamos alma.

La mirada de los otros puede ser destructora o nutridora, y en ambos casos decisiva para poder verse a sí mismos.

Lo observo en Marta que ha sufrido mucho del medio venezolano, por la misma pasión seleccionadora que la caracteriza y que la lleva a optar con entusiasmo y a combatir con denuedo. La sociedad burguesa no hace eso públicamente.

Pero el éxito de su libro *Mirar en Caracas*²⁰ y el subrepticio apoyo a su lucha que creo que ella discierne en ese éxito, le han vuelto a dar alguna recompensa. He sentido que se sentía mejor, más segura, acompañada, valorada con mayor positividad afectuosa por el medio. Mirada con ojos comprensivos y enamorados. Eso es lo que pide secretamente. ¿No es lo que pide la mayoría de los temperamentos artistas?

24 de setiembre de 1974

José Luis Cuevas²¹ desembarca repentinamente en Caracas con toda una exposición. Es realmente una criatura fuera de serie, un ser humano sobre un balancín a punto de desmoronarse. Siento que sin cesar rehace su equilibrio, se construye para sobrevivir, todo ello a la mayor velocidad.

Viéndolo con Marta reparo en que efectivamente son de naturaleza parecida, no simplemente amigos sino criaturas con procesos vitales similares.

En una cena en casa de Clara²², tanto Jacobo Borges²³, como Alberto

Filippi²⁴ lo contemplan entre desconfiados y curiosos como un animal liviano de otro planeta. Comprendo: solo teniéndole afecto o rehaciendo imaginativamente el vínculo que lo une a sus dibujos terribles, se puede medir cabalmente esta personalidad al borde de la dislocación y se puede disfrutar de su vuelo.

Estudios intensificados de alemán, en preparación del examen. Sufro sobre la mesa de trabajo, hago un enorme esfuerzo para fijar palabras, conjugaciones, declinaciones; estoy sin cesar por debajo de mi propio esfuerzo en tratándose de los resultados.

Y sin embargo no me angustio. Al contrario: soy feliz en esa tarea casi artesanal. Como si fuera un trabajo manual y en él me reposara de las tareas intelectuales. Pienso que con ella me siento retornar, oscuramente, a mis años de estudiante liceal, recupero raíces juveniles. Y además siento que tengo futuro por delante: el horizonte no está cerrado.

Concluyo y paso en primera copia el ensayo sobre el cuento²⁵ de Rulfo. Lo que de él me satisface es la sensación de que estoy rozando las significaciones verdaderas y ocultas de su arte.

Todavía no he entrado en ese recinto tan enigmático pero siento que giro a su alrededor.

25 de setiembre de 1974

Primera reunión de la Comisión de Biblioteca Ayacucho. Había previsto mi decepción, pero ella es mucho mayor de la cuota calculada. Salvo a Trejo, siento que a ninguno le importa demasiado; una comisión más, una tarea más a cumplir, despacio, rutinariamente, sacándole algún provecho.

Me temo que no va a ir a ningún lado. Además, que yo no duraré mucho en este lugar.

Escovar Salom²⁶ cuestiona el primer título, los escritos de Bolívar, con este argumento: ¡Ya son muy conocidos! Es tan asombroso que es inútil decirle que los libros que justamente deberán formar la Biblioteca son los más conocidos. Me limito a argumentar que en otras áreas del continente, desgraciadamente no es igualmente conocido (!).

Ataque solapado de los dos perros vociferantes de la embajada americana y Fedecámaras²⁷. Hablo de Sofía Imbert²⁸ y el compuestito Carlos Rangel²⁹. Aunque los dos no superan el nivel de locutores informados en las revistas

ilustradas, no vacilan en injuriar a Darcy Ribeiro. El argumento es el de cazador de "dólares" venezolanos (lapsus lingüístico revelador) que manejan en forma generalizada de modo de envolver a todo extranjero (latinoamericano) de la izquierda.

Parece irritarlos que los tales aprueben algunos de los actos claves del gobierno de Carlos Andrés [Pérez], como la defensa del petróleo y el enfrentamiento a Estados Unidos. Ya antes se especializaron en ataques contra el MAS³⁰ justamente porque apoyaron medidas del gobierno: los desconcierta y con pánico temen que esos apoyos puedan inclinar hacia la izquierda un gobierno que ellos, paga mediante, deben fortalecer en la derecha. Son grotescos, inferiores, pero dañinos, claro, perros rugientes al servicio de la oligarquía nacional y, sobre todo, (visto su frenético anticomunismo) extranjera.

Cuando un seminario cuaja, se organiza casi espontáneamente, concita el interés de los alumnos y su participación intelectual, no hay ninguna experiencia docente que se le compare. El profesor se siente gratificado y a la vez exigido cordialmente para un trabajo mejor.

Es eso lo que me está ocurriendo con el seminario de Simbólica³¹ (y espero ocurra pronto con el de Marxismo y Literatura), cosa que ha sido facilitada porque son mis alumnos desde hace por lo menos un semestre, existe ya una corriente de mutuo entendimiento, ellos no se cohiben y a la vez ya saben cuál es mi exigencia. Estamos revisando los textos de Freud sobre la creación artística (*El poeta y la fantasía*, *La Gradiva de Jensen*, *Un sueño infantil de Leonardo*) que no son, por cierto, excesivamente difíciles, pero que han sido leídos bien, son objeto de oportunas exposiciones y visiblemente han conquistado la curiosidad de los alumnos.

Extraña experiencia: la distancia entre los alumnos que siguen el seminario de Simbólica y los que asisten al de Marxismo. Proceden de sensibilidades, ideologías, aparatos intelectuales casi opuestos. Confieso que me gustan más los de Marxismo: hablan cerca de mi problemática, aunque reconozco en los otros estremecimientos más intensos de la sensibilidad artística.

28 de setiembre de 1974

Hermano y cuñada de Marta han partido; luego de tres semanas.

Marta literalmente exhausta. Es una suma de tensiones, trabajos, ansiedades, que no solo responden a la presencia (por cierto muy discreta) de su familia, sino a un estado en vilo con múltiples causas que concluyó

creándole una imposibilidad de resistir una sola presencia más, por cercana y afectuosa que fuera, en nuestro apartamentito. Acabamos de volver del aeropuerto, de dejarlos, y ha caído rendida en cama mientras yo hago este apunte y tomo mi último gin del día.

No está bien Marta. Por ahora atribuye a sus conflictos con el medio y a la dificultad para conseguir trabajo, un desacomodo que me temo tenga causas más profundas y para mí inexplicables todavía.

Inseguridad. Esa es la palabra que define, hoy, vida y conciencia. Pero no puede responder a los problemas actuales que, por difíciles que sean, permiten un tratamiento adulto. Sin duda estos problemas remueven raíces ocultas y lejanas de mi vida, como si las hicieran andar, concitan la inseguridad adolescente y, más lejos aún, una de la infancia que tercamente siempre ha estado y está resguardada en las sombras.

Soledad. Es un sabor ácido del cual unos pocos se enamoran. Porque algún placer extraen (extraemos) de él, si es esa la ley económica de la conciencia (Freud). La ventana está abierta y allá abajo, en la autopista, zumban los carros retrasados de la noche. Tras mis lentes (sólo útiles para leer) las luces lejanas devienen estrellas o diseños cristalográficos que relucen sobre lo oscuro. Los coquies³² hacen el fondo musical crepitante y monótono, de la noche, sobre el cual zumban los carros a toda velocidad, espaciadamente. La noche es cálida, se deja penetrar, acompaña. Estoy solo, escribiendo. Una felicidad pugna dentro del pecho, en este acto, y es parienta o espíritu afín de esta soledad en que, pacientemente escribo.

Domingo 29 de setiembre de 1974

Hoy en *El Nacional*, un reportaje de Luis Crespo³³ a Roberto Fernández Retamar, con más de un encontronazo.

El reportaje reitera la imagen del funcionario cultural que yo tuviera al verlo, más patética si cabe porque allí está hablando para el público general en representación de su país y no se ahorra ninguno de los latiguillos, incluyó el beso de la tierra venezolana remedante del que Martí estampara al desembarcar en esta tierra en el 80.

Un funcionario más, dirá el lector objetivo. Ocurre que yo conozco al "otro"; yo puedo repetir el verso juanramoniano "yo que sé qué fuiste", y por eso la imagen que él nos ofrece me resulta alucinante, como todo disfraz grotesco de pintarrajeada máscara, sobre un rostro que fue bello y luminoso.

En segundo lugar, una incomodidad intelectual se agrega, cuando leo

sus explicaciones sobre lo ocurrido en la cultura cubana. El santo y seña es el mismo que le conocí a [José Antonio] Portuondo en Alemania: aquí no ha pasado nada, todo está igual, continúa idéntica la producción, se premia en los concursos lo que es artísticamente válido, sin más, los escritores trabajan, los lectores leen, el socialismo es la bienaventuranza sin conflictos. Lo grave de este fingimiento diplomático es la falta de defensa beligerante, de acción esclarecedora y proselitista acerca de la vía que tomó la literatura y el arte en Cuba. En una situación parangonable, la Unión Soviética no vaciló en pregonar una concepción de la cultura proletaria (errada o no, es otro debate) no vaciló en organizar la producción intelectual a esos fines y en teorizarla abiertamente. Del mismo modo que en anterior período (1959-1968) hubo escasísimas aportaciones teóricas (pero al menos las hicieron los compañeros extranjeros y dentro de Cuba se evidenció en el rechazo del dogmatismo de los viejos cuadros del partido), del mismo modo ahora tampoco se teoriza, define y propaga una concepción cultural "socialista" o "revolucionaria" o "realista socialista" o "proletaria". Los mismos textos del Congreso de Educación dentro del cual estalló el "caso Padilla"³⁴ parecen olvidados, salvo en las aplicaciones casi administrativas (literatura para niños en mayor dosis, etc.), pero a cambio de este vacío teórico, los textos que publica la revista *Casa*³⁵ valen por una penosa confesión.

Acabo de ver el N° 85 (julio-agosto 74) cuya sección de poesía (texto del premio del concurso y de los mencionados) es desoladora: editoriales seudo revolucionarios, pacotilla retórica, ni siquiera con las viejas obligaciones que imponía la rima y el ritmo hace cincuenta años a estos mismos productos.

Para un crítico uruguayo es, además, la prueba de esta violenta conversión, rumbo a Damasco, porque los publicados son: en poesía, Ruben Yacovsky, y en prosa, Alfredo Dante Gravina, las dos figuras del partido comunista uruguayo cuya mediocridad artística (al margen de sus visibles virtudes personales) hace años que he señalado y explicado. Leer el paupérrimo artículo que Benítez³⁶ le consagra a Gravina, con referencia a su pedestre *Fronteras al viento* (nuestro mejor ejemplo nacional de "realismo socialista" construido explícitamente sobre ese modelo teórico) y especial estudio de sus adocenados cuentos ("Despegue"), me produce ya un estado de diversión, que sucede a la perplejidad y a la censura crítica que son los estadios primeros de conciencia. Rojo

Portuondo, al menos, es coherente. Siempre pensó lo mismo, que es lo que en arte pensaba un cuadro cultural del partido, y lo sigue pregonando, ahora con mayor energía, sin preocuparse demasiado de que esa fidelidad lo

ponga en conflicto con el famoso texto de Guevara sobre *El socialismo y el hombre en Cuba* en que condenó el "realismo socialista soviético". Retamar pensaba entonces lo contrario y ahora debe hacerse portavoz, no de una teoría cultural que escamotea, sino de una estrategia diplomática en el período de la distensión.

31 de setiembre de 1974

Concluí de pasar en limpio el ensayo lectura de "No oyes ladrar los perros" de Rulfo. La diferencia de la crítica, con la creación, es que la primera puede volver a empezar siempre otra vez. La literatura también, no me engaño, pero con más aparente autonomía entre una y otra pieza. Al concluir el ensayito encará —y así lo digo— la segunda lectura a partir de la constelación simbólica (y ya no de la imagen básica) y tuve que contener el deseo de volver a revisar todo. Recuerdo una bonita frase de José Pedro [Díaz]³⁷ en su ensayo sobre Felisberto: la crítica también consiste en saber abandonar los temas.

Todo mi trabajo intelectual del mes es este ensayito (17 pp.) lo que es bien poco. Acosado con la necesidad de entregar en 15 días, los *Primeros cuentos de diez maestros latinoamericanos*. Obviamente no podré.

3 de octubre de 1974

La hiena hembra (léase Sofía Imbert) vuelve al ataque. En un artículo insólito (¿quién, con qué autoridad intelectual o ética lo escribe?) insulta a Darcy Ribeiro y sin mencionarme (yo estoy aquí, podría salir a contestar) me alude despectivamente.

La voz popular dice que el ladrón cree que todos son de su condición y aquí se cumple. Esta mujer voraz del dinero y de las posiciones, sólo ve en los intelectuales latinoamericanos a hombres movidos por la apetencia del dinero, que si llegan a decir algo cordial sobre su actual presidente (como lo hizo Darcy hablando de la "grata sorpresa" que le significó la gestión, hasta ahora, de Carlos Andrés Pérez) es para retribuir los tres días de hotel y el pasaje. Es grotesco y dibuja el nivel en que opera, más que ella misma, el personaje público que interpreta, los impulsos que trata de poner en movimiento contra la intelectualidad de izquierda. Es obviamente el comienzo de una campaña, el anuncio del encuentro que seguramente tendremos. Aunque es muy despreciable como parte de un diálogo, el encuentro (o el desencuentro, mejor) es fatal. No cejará; ni la arredrará mi silencio.

Odio contra la intelectualidad de izquierda, en un plano tan visceral e irracional, que denuncia el trasfondo psicológico que lo mueve y que no es otro que la conciencia del traidor. Es algo más que una conciencia posiblemente vendida; es una conciencia traidora.

Marta no sale, y al contrario se encierra, en su "break down". No es ni su cansancio, ni las molestias de su vida actual: es un hastío de vida, una sensación de inutilidad, de existencia pedregosa, que es más dañina que la mera fatiga. De esta salió con un fin de semana en cama; de la otra no consigue desembarazarse. Vida repetida, inútil, sin audiencia y afecto (fuera del mío), sin entusiasmo y alegría, en un medio que realmente detesta y que le devuelve con la misma moneda ese desagrado. Y además, subterráneamente, la imposibilidad de revertir la piel de la costumbre (como por períodos puedo hacer yo) y la necesidad en cambio del sobresalto, el deslumbramiento, la variación, la novedad, el brillo y la fiesta alrededor suyo. A veces imagino con aprensión el descenso de ambos, juntos, hacia la vejez. Ella no podrá resistirla, me digo, y nuestra vida en común puede devenir un agotador debate.

El paisaje preferido de la sociedad del consumo (la alegría de su burguesía) es el "supermercado". La apetencia de la propiedad, el ejercicio del placer de la mesa, el poder de comprar, la acumulación de bienes, la asepsia del enlatado. Es visiblemente la "middle class" ascendente y responde a su concupiscencia que recién comienza a ser saziada, pues la alta burguesía dispone de otros circuitos más exigentes (desde botillerías hasta boutiques) donde ejercer sus demandas. La grosería y la vulgaridad del espectáculo, si bien se mira, corresponde a todavía bastas y urgidas apetencias de disfrutes terrenales. Y cuando en el supermercado aparecen cuadros o libros este nivel primario (pero que se esfuerza por ascender) se revela en su franca elementalidad. Ralph Nader³⁸ podría discutir los productos materiales que se ofrecen a estas gentes y evidenciar cómo se les engaña o explota. En el rubro artístico podríamos hacer una investigación parecida viendo estos cuadros de supermercado: más que engañarlos, se les deforma siguiéndolos por su misma trayectoria original, es decir, apoyándose en su paupérrima preparación cultural.

Sé tú mismo. Y en el bello cuento jasídico que contaba Rubén, lo que Dios reprochaba suavemente al rabino que había querido ser como tantos otros modelos de rabinos, era eso: Yo quería que tú fueras tú mismo.

Lo difícil: porque retrotrae el tema a la pregunta clásica, la de conocerse previamente a sí mismo. Y a falta de esto, seguir los más poderosos impulsos interiores.

Entre el "yo" y el "super ego" puestos en pugna, creo haber seguido a éste y no al primero: ¿excesiva fe o respeto de las coordenadas sociales que rigen los valores? ¿o por lo mismo desconfianza, temor o vergüenza de lo que el primero pedía? Por el "super ego" he ido a la defensa de lo social, y cuando ella pareció demasiado reseca para la vida interior, he pretendido volverme a ésta, recuperar mi yo, vivo, confusamente, entre una niebla. No sé si en este deambular insatisfecho y nervioso, no he perdido a ambos y me he perdido.

Los derrumbamientos en los paisajes montañosos de nuestro adentro, que se producen todos los días. El alud de piedras rueda por las laderas hacia los desfiladeros y todo es destrucción, todo es angustia repentina, ganas de no respirar, de que el mundo se borre porque todo él es sufrimiento. Todo duele, hasta los dientes con ese dolor de acabamiento. ¿Y a quién pedir ayuda? ¿qué regazo tibio y dulce? Entonces, ninguna operación más siniestra que el abrirse del botiquín del baño, luego de la rápida y desencajada imagen que ofrece el espejo, y el frasquito de valium o librium o el somnífero, esas menudas pastillitas para suplir amor, ternura, ayuda, ingeridas con vergüenza, rápidamente, antes de volver a la cama para arrebujarse, cerrar los ojos y que sea el fin, pronto, que sea el fin temporario de todos los días. Como si pagara el crecimiento de un poco de musgo, de un suave, ralo pasto entre las piedras que se resquebrajan al sol. Y a veces, (eso es dicha) un poquito de agua, apurar para mojar la palma de la mano e imaginar que corre sobre el cuerpo tendido.

4 de octubre de 1974

En casa, a cenar Rafael Di Prisco³⁹ y Vilma⁴⁰, Roberto⁴¹ y María Fernanda Palacios⁴². Gratos, queridos, suaves en su parloteo loco, en su reír ininterrumpido, en su actitud amistosa, afectiva. Cuando desperté a la mañana, sentí que salía reconfortado, más que del sueño, de la fiesta anterior, que me había acompañado toda la noche como un canto en voz baja.

En casa a cenar Maritza de Urdinola y Gloria Delgado, las directoras del Museo de la Tertulia de Cali, amigas de Marta, y a consecuencia de esta imprevista llegada, inmersión en ese universo colombiano que siempre está

pronto para rodear a Marta. Ella se siente, entonces, súbitamente reconfortada, como si se reinstalara en su círculo mágico y yo mismo sigo con gusto ese estilo suave, educado, atento y a la vez llano y circunspecto, que caracteriza a los colombianos cultos, y que tanto contrasta con el estrépito costeño de los caraqueños. Es un estilo andino porque muy semejante se lo reencuentra en los venezolanos merideños.

5 de octubre de 1974

Almuerzo con Claude Couffon⁴³, de paso por Caracas con destino a Perú y Ecuador donde dictará conferencias por encargo de Relaciones Culturales del Quay d'Orsay. Su descripción de los actuales estudios hispánicos en Francia, una vez desaparecido el Institut d' Etudes Ibériques dentro de la reforma posterior al 68, y de los profesores que en París III y París IV dictan los cursos sobre estos temas, es desconsoladora. Al parecer los estudios hispánicos han muerto en Francia. En cuanto a él, habla de sus traducciones (Gallimard, A. Michel), procura que le proporcione nuevos títulos, describe como pláticas entretenidas las conferencias que proyecta dar y me parece asistir a aquella imagen del "homme de lettres" mundano que ilustró Maurois y tantos "causeurs" de los que recorrían América Latina en mi juventud, como conquistadores de salones.

Su panorama no difiere demasiado del que ayer me ofreció una ex alumna de Harvard (Elizabeth Garrels)⁴⁴ que vino a traerme su tesis sobre Mariátegui, refiriéndose a los profesores de literatura hispánica con quienes estudió ([Juan] Marichal y E. Anderson Imbert) cuyas clases son descritas como charlas en torno a la personalidad del profesor, sus gustos, sus caprichos, sus desplantes de humor.

Toda la información demasiado negativa para ser aceptada con objetividad. A una referencia mía a los períodos anteriores. (de Carter a Englekirk)⁴⁵ en los estudios hispánicos en USA, comenta la gringuita: "Antes eran tan mediocres como ahora, siempre han sido mediocres los estudios de literatura hispanoamericana. También entre ustedes—agrega— porque salvo P. Henríquez Ureña..." y me mira esperando una corrección que no hago. Sé que exagera (porque no valora lo que significa una aportación académica) pero tiene demasiada razón en lo que respecta al nivel intelectual, a la formación crítica y a los métodos.

Como tengo un agujero al nivel del diafragma y el estado de angustia no cesa (teniendo divertidas y estúpidas compensaciones como una voracidad

que impide que pueda adelgazar y recupere mis obligatorios 80 kilos), decido ordenar, para mí, las causas:

1 - inseguridad. En la Universidad nadie habla de recontratarme para el año próximo y ese silencio, al nivel del nuevo director hamletiano (Gustavo Díaz Solís)⁴⁶ es un anuncio de que prefiere apelar a profesores recientes (como un ex asistente de Montevideo⁴⁷, ahora repentinamente aterrizado aquí) antes que continuar conmigo.

2 - inseguridad. También el otro sector de profesores, correspondientes al posgrado, para quienes es lo mismo uno que otro, están buscando nuevas caras. Variedad, novedad, etc. y además la incomodidad que les produce el sentirse cotejados, pues son no sólo mediocres sino insólitamente "flojos", incapaces de estudiar en serio y estar al día.

3 - inseguridad. El proyecto de Biblioteca Ayacucho invernando: han pasado tres semanas sin que nos hayamos reunido ni se haya sabido nada de los fondos. Si a eso se agrega cierto clima de ataques solapados (xenófobos algunos) se completa la sensación de inseguridad que tengo respecto a ese campo.

4 - inseguridad. Desde que me fue negado pasaporte por el gobierno uruguayo sigo sin saber qué partido tomar: apelar al gobierno uruguayo, iniciar allí un pleito, apelar al gobierno venezolano, reclamar públicamente de la situación, iniciar en silencio mi trámite de nacionalización venezolana⁴⁸, pedir papeles a España (por hijo de españoles). Mientras tanto, pasan los días sin que haga más que prepararme para reclamar la nueva condición de residente.

5 - inseguridad. La carta de Sarthou⁴⁹ de Montevideo corrobora que Germán⁵⁰ quiere llegar a un remate judicial de nuestras casas para comprarlas entonces a vil precio. Ni tengo dinero para competir con él ni puedo ya entrar sin riesgo en Montevideo, cuando llegue el remate. ¿Qué hacer entonces con muebles, biblioteca, ropas, vajilla, todo el haber de Marta y mío que está allí en el apartamento?

6 - inseguridad. La edificación del apartamento de Marta en Bogotá ha vuelto a subir y necesita 3.000 dólares para terminarlo, cosa que la ha desesperado por su falta de trabajo. Prometí conseguirselos, para tranquilizarla, pero además está el problema de que ese apartamento no puede figurar al parecer a nombre de Marta por su situación conflictiva de réditos. Ponerlo a nombre del hijo es condenarlo a una existencia azarosa.

7 - inseguridad. Marta no tiene trabajo ni posibilidad de conseguirlo,

visto el terror que provocan sus opiniones (algunas bien inocentes) haciendo de ella un verdadero "peligro" para los burócratas que pululan aquí.

8 - inseguridad. Si no hay empleo para enero (faltan menos de tres meses) ¿dónde ir? Sobre todo vista mi falta de papeles. Trasladarnos a Bogotá parecería la única salida, visto que allí tendríamos casa, y siempre algún trabajo se conseguiría. O irse a España, a la aventura.

9 - atraso de trabajo: debo entregar los prólogos a los *Primeros cuentos de diez maestros*, hacer dos traducciones del portugués; debo dar un ciclo de conferencias sobre Rufino Blanco Fombona en el Zulia⁵¹; debo prologar libro prometido a Monte Ávila. Todo eso necesariamente en este mes. Y trato de no recordar otras obligaciones (Arguedas, Onetti, Hernández).

10 - angustia vital. Tiene que ver con la edad, con la convicción de que ya hay esperanzas frustradas, con la necesaria aceptación de las realidades y de las inminencias del fin. Tener que decirte: lo que debes hacer es lo que ya hiciste, está en el pasado, no en el futuro y por lo tanto debes medirlo objetivamente en sus reales límites. La en apariencia inagotable fuente de la posibilidad, está cerrada.

9 de octubre de 1974

La fascinación de los aeropuertos. Es la recuperación íntegra de la disponibilidad. Ahora comienza todo y todo será posible. Voy al Zulia por dos días, a dictar dos conferencias simplemente. Pero hace meses (desde enero) que no subo a un avión y esta eventualidad aparece como más excitante debido a este largo período sedentario.

Regreso a Maracaibo luego de dos días (lunes y martes) dictando las primeras conferencias del ciclo sobre Rufino Blanco Fombona. Excursiones a la realidad saliendo fugazmente del aire acondicionado. Es entonces, cuando se abandona el carro-parapeto, el hotel-refugio, el bar-iglú, y sin embargo se toca un mundo hermoso, revuelto, vivaz, con un estilo campechano, imaginativo y humorístico.

Fuera de los restos de la ciudad provinciana y pobre (Saladillo, Empedrado) es la experiencia del mercado la más humana, curiosa y también la de un imaginario más rico. Un universo popular, parecido al de muchos lugares del continente, pero los negros azules que lo recorren, las indias guajiras con sus vestiduras de reinas, los mestizos de porte "tolteca" (las grandes barrigas de bebedores de cerveza y corredores de cambures⁵², las

sonrisas apacibles y observadoras cordiales) le confieren un aire distinto; un colorido y centelleo sólo adjetivable como "maracucho"⁵³.

Frente a este universo mayoritario, otros dos sectores apenas rozados: el universitario, mediocre e intelectualizado puerilmente y el oligárquico refinado y ajeno a este torrente vivo. El solo hecho de que la Universidad encare un ciclo de conferencias sobre Rufino Blanco Fombona que durará meses con varios profesores, demuestra su ajenamiento respecto a la auténtica demanda cultural de un medio. En cuanto al sector oligárquico construye un teatro y un centro de bellas artes que vive de la comercialización de los tapices guajiros, a los que ha conferido dignidad y difusión transformándolos en objetos decorativos, sin duda bellos, pero representativos de los límites en que se sitúa el arte de un pueblo tradicional, secularmente sometido.

Al margen de estas notas, sigo preguntándome: ¿por qué parecen de algodón los universitarios? ¿por qué el horizonte en que se mueven parece tan limitado? ¿por qué resultan tan enajenados respecto a las auténticas líneas de fuerza que recorren el medio en que viven? Como si fueran un reflejo pálido de los altos burgueses quienes tienen a su favor que ocupan claramente sus posiciones dominantes, que están situados dentro de la producción real de la vida y son reales (hasta ser odiosos) como ella.

12 de octubre de 1974

Nada parecido a la felicidad de estar entre los estudiantes en una reunión de trabajo (un seminario cordial, amigo) porque ambos estímulos funcionan conjuntamente: la fraternidad juvenil, fresca, alegre y fervorosa; la pasión intelectual, ese leve paso hacia el conocimiento que es, sí, (la fórmula bíblica) otra forma del desvirgamiento. Esa conjunción se torna oscuramente excitante, mide el ejercicio verdadero del magisterio.

Sesión de fotografía en el estudio de Sigala⁵⁴. Siempre la misma nerviosa incomodidad de nuestra relación, como si de diversos modos ambos nos sintiéramos muy conscientes de su homosexualidad, de la que sin embargo no puede hablarse y mucho menos cuando dos hombres están solos en una habitación cerrada.

¿Qué hacer en una sesión de fotografía? He perdido mi espontaneidad (¿o mi locura adolescente?) y no soy capaz sino de gestos duros, medidos. Ni los brazos vuelan, ni el cuerpo se pliega a la invención corporal pura, sino a los modelos. Es el cuerpo el que se ha endurecido, o más bien "acorchado" y

es fofó, sin vida, sin pasión, sólo ama la comida y la bebida y luego sufre de ellas, ahíto, jadeante, pero está paralizado su vivir, su goce, su alegría.

La madre de Marta ha decidido morirse, luego del accidente en que se quebró una tibia. Vivimos pendientes de esta historia que es el horror en estado puro. No sólo la desaparición de un ser humano tan querido, tan necesario (para mí también, no sólo para Marta) sino esa forma apacible, lúcida y brutal a un tiempo, de resolverse a morir. No quiere comer, se niega a recibir el suero o las transfusiones y dice sonriente que ya ha vivido, que no quiere ser una inválida, que ha concluido su vida y que la dejen morir.

Ayer, sábado encuentro a Marta en un acceso violento de llanto, convencida de que su madre ya había muerto; dolida y más que nada aterrada (ella que tanto teme a la muerte) por esa paz con que su madre, una mujer tan viviente, tan activa hasta ayer, está esperando y pidiendo la muerte.

Tengo delante su rostro, su gesto, su sonrisa atenta y cordial. Había devenido mi madre, esa figura que siempre necesito. La pierdo, más consciente aún que cuando murió mi propia madre, ahora que su presencia era nuevamente paz, tranquilidad, consuelo, refugio.

14 de octubre de 1974

La mediocridad de los administradores provinciales es insoportable. Y no por sus escasas condiciones intelectuales, sino por la arrogancia con que las encubren, por su desparpajo y oportunismo, por su desfachatez. El tal Sergio Antillano, director de cultura de la Universidad del Zulia es el prototipo del pirata venezolano; ignorante, mediocre, astuto, codicioso, oportunista, fatuo. Comparado con él, el administrador equivalente de la Universidad Central de Venezuela (Elio Gómez Grilo) es un intelectual. Pero la distancia es más grave habida cuenta de la incapacidad administrativa del tal Antillano.

Pregunta ¿no hay mejores para ocupar ese puesto? o ¿para esa función es indispensable el ingrediente inescrupulosidad?

15 de octubre de 1974

Insólito viaje a Cabimas (primer puerto petrolero zuliano) en compañía de González Bogen⁵⁵, para visitar al pintor ingenuo [Emerio Darío] Lunar. Varias obras de éste, que vi en casa de Castro y González Bogen, son realmente interesantes. Pero la persona dista de serlo: es un enfermo mental (el pasado mes de agosto debió ser internado con ataques furiosos y sometido a

electro-shocks durante sus semanas de internación) y todo el diálogo que mantiene con González Bogen delante de mí y de una vieja puta amiga, María, rota exclusivamente sobre asuntos económicos, de tal modo que González Bogen pasa a transformarse en un secretario administrativo de Lunar y a éste sólo le falta regañar a su descubridor. Ambos son neuróticos en grado avanzado, ambos se apoyan mutuamente entre sí y se necesitan en los diversos niveles de enajenación en que están. González Bogen llega a decirme: "Mi vida se ha justificado gracias a ese hombre".

Cabimas es una ciudad arrasada por el trópico, vulgar y sin carácter, extendida a lo largo de una implacable carretera que la parte. Una sola imagen alucinante: metidos en la ciudad, entre las casas, en mitad de los patios, los balancines que succionan petróleo y que parecen enormes patos metálicos, hundiéndose y levantando las cabezas, y en los mechurrios a su lado, tubos que salen de la tierra y en cuyo extremo arde el gas con una llamarada que parece una bandera flameante. Nadie junto a estos aparatos y la gente que transita o los niños que juegan en los baldíos no ponen ninguna atención: solos y silenciosos cumplen su tarea.

La respuesta a nuestra pasión intelectual. Al concluir la segunda conferencia (público raleado) abro un período de preguntas: una muchacha hace una muy misteriosa. Al salir hablo con ella y su compañera. Descubro que fueron alumnas mías en Barquisimeto y que enteradas del curso viajan todos los lunes de Barquisimeto a Maracaibo (4 horas de carro) y retornan los martes de noche luego de mi última conferencia. Me siento como agradecido y desde luego avergonzado. Habría que retribuir con algo muy bello esta devoción. Pienso que mis conferencias no están a la altura de este interés devoto. Ello me gratifica, de cualquier modo, del total desinterés de los profesores zulianos (ninguno asiste al curso) y del insolente entrar y salir de los estudiantes que van a oír "unos minutos".

17 de octubre de 1974

Repentina llegada de Julio Cortázar, invitado a un coloquio de periodistas al que decidió asistir, dice, porque le informaron que consideraría el tema chileno.

Está igual, con sus barbas y su sonrisa de adolescente, aunque ahora observo que el cuerpo, bajo la ropa veraniega, parece más corpulento: ha

engordado algo pero es la forma del cuerpo, como de escultura de Marisol⁵⁶, la que me sorprende.

Es muy grato conversar con él. Lo vamos a buscar al coctel de inauguración del coloquio y nos lo llevamos a cenar a un restaurant. Salvo una interrupción de [Arturo] Uslar Pietri y su mujer que están en el mismo restaurant y vienen a saludarlo, conversamos apaciblemente por tres horas, intercambiando noticias y poniéndonos al día. Curiosamente está muy desconectado de los amigos comunes, dedicado al "dossier noir" chileno, y en general lo encuentro extrovertido, más en el mundo que en sí mismo, contrariamente a la impresión que me causara el *Octaedro* que había visto días pasados y donde me había parecido que comenzaba su reintegro a sí mismo.

"Es un libro melancólico". "Sí -me dice- dudé en publicarlo: son los sesenta años". Corroboro que "Los pasos en las huellas" es un texto viejo, revisado y reescrito parcialmente: me confiesa que es anterior a *Rayuela*.

Pero es su autenticidad (la cosa que más he admirado siempre en él) la que ahora se me presenta sombreada. No sé bien por qué ha venido, ni sé en qué está (me reconoce que no ha escrito nada este año, salvo dos presentaciones de materiales ajenos, fotos, etc.) y por momentos pienso que está en plan de difundirse a sí mismo, cosa que no tiene por qué parecerme mal y la he visto en muchos escritores cumplida cabalmente, pero que tratándose de él me desconcierta. Incluso su entrega a la causa propagandística chilena se me hace también entrega a la causa personal, apoyada en la otra.

Pero cuando vuelve a la literatura o cuando muestra alegría por un objeto, o un cuadro, es ese ser veraz, auténtico, profundo, que se hace querer como un imaginario hermano mayor.

18 de octubre de 1974

Suena el timbre del teléfono a las seis y media de la mañana. Desde Baires, Alberto comunica a Marta que murió Tatita de un paro cardíaco. Dos días antes Marta había hablado recibiendo buenas noticias que nos habían devuelto la respiración.

Por más que lo esperara, Marta está deshecha. Yo estoy tan cansado (y quizás tan asustado) que no sé si siento algo, y más bien me veo en blanco.

Tal como había quedado convenido, buscamos a Julio en el hotel, y junto con Sigala y Stone vamos al taller de Marisol a ver su José Gregorio Hernández⁵⁷ recién terminado, aún en barro que ella moja disciplinadamente. Es una gran pieza: responde a sus trucos de composición y no es por eso

sino por la elaboración de atroz realismo que adquiere majestuosidad y misterio.

Ella es un animal salvaje, maravilloso, bello, espantable, como una seductora bruja que apareciera en un bosque del cual fuera reina. Fascinante en su silencio nada hósco, en su introversión espiritual, en su estar en otra cosa.

Cortázar queda impresionado. Luego lo llevamos a la galería mientras me voy extenuando: fatiga, problemas del carro, irritaciones que me causan las extemporáneas explicaciones nerviosas que le da Marta, desinterés repentino por Julio, por Marta, por el arte. Deseo de estar en casa tranquilo, bebiendo, leyendo, escribiendo este diario.

En Julio, como en Juan Rulfo, encuentro la misma respetuosa y considerada capacidad de atención para las cosas, los otros seres humanos, los sucesos o los objetos. Como si miraran fijamente todo eso, algo hipnotizados, pero a la vez distantes y circunspectos, como si se apoderaran de esas materias del mundo exterior a las que sin embargo no tocan, a las que dejan vivir indemnes en su medio y atmósfera, pero de las cuales se han apropiado de una suerte de doble fantasmal.

Cuando pasó por aquí Rulfo, en agosto, repentinamente evocó, con una precisión para mí desconcertante, una reunión de intelectuales con estudiantes que habíamos tenido en una sala de Valparaíso en el año 1969⁵⁸. En esa ocasión todos los participantes (Marta, C. Martínez Moreno, Alberto Escobar⁵⁹, Mario Vargas [Llosa], son los que recuerdo) hablaron respondiendo a una agresión de uno de los espectadores (un chico que después conversaba conmigo jubiloso por haber creado tal desbarajuste) pero no así Juan, que desde la tarima presenció en silencio todo el acto.

Cinco años después me contó aquí en casa las palabras que yo había pronunciado y de las que yo me había olvidado por completo. Del mismo modo, en diciembre de 1972, cuando estuvimos en París en casa de Julio, al presentarle a Marta (tan nerviosa ante la perspectiva de conocer a Julio), él le dijo: "Nos conocimos, hace como veinte años, en Roma. Tú llevabas una boina negra y ..." Una escena de la que Marta nada, absolutamente nada recordaba, apareció de pronto, como el conejo que salta de la galera. ¿Es consustancial al narrador? ¿Es virtud específica de ellos dos? Ambas cosas quizás. Esa capacidad es perceptible también en Mario Vargas, aunque éste (la joven edad ayuda) se apropia con una mirada amarilla y agresiva, pareciera que después de su mirada las cosas ya no siguen iguales.

19 de octubre de 1974

Largo sábado. En la mañana tres horas de clase sobre Jung, en una suave lucha para mostrarle a los alumnos las insuficiencias de su pensamiento, y una conversación con dos jóvenes franceses (de Martinique y Gouadeloupe respectivamente) que hicieron estudios hispánicos en Toulouse y ahora enseñan francés en Trujillo y con quienes resulta grato conversar: de inmediato se recupera un nivel adulto de la comunicación intelectual, dejo de sofrenarme continuamente y me entrego a la deleitable esgrima mental.

Percibo cuánto me falta aquí en Venezuela esa soltura del intercambio intelectual (que supone el mutuo conocimiento de un código, una gramática, un sistema mental) y cuánto me he comprimido para adecuarme a la insuficiencia que colegas y estudiantes proponen día a día. Como estoy acostumbrado a una cierta autoflagelación, es con sorpresa que descubro lo comprimido que vivo. Pero de inmediato pienso en Marta que está tan desquiciada por el medio y comprendo su estado depresivo pues está aún más falta que yo de comercio intelectual y no es criatura acostumbrada a vivir comprimida.

A la tarde lecturas desperdigadas, caprichosa y gustosamente elegidas: El *Guevario* de José Luis [Cuevas], el *Octaedro* de Julio Cortázar, revistas, actualidades.

Coincido con Marta: sabremos ciertamente que Tatita murió cuando percibamos que no nos llegan sus abultadas cartas y sentimos dolor porque su letra grande, revuelta, clara, no aparezca en los sobres con bordes azules. El calor generoso de su voz en las cartas, su presencia a través de su escritura sentimental, su vivir de un lado a otro, todo eso nos faltará y sabremos que ella nos ha faltado recién entonces.

Reunión para presentar a Julio varios intelectuales que deseaba conocer. Él es muy cortés y bien educado como para hacer el menor comentario crítico, pero quien lo conoce y conoce su literatura puede reconstruir la escena de *Los Premios* que está mirando. Quizás sea la cohibición, quizás la inseguridad, pero en todo caso chapuzamos todos en la alberca provinciana, con gestos, gritos, morisquetas y frases hechas, como para servir de modelo a una de sus jocosas escenas sobre la vida en los barrios.

¿Por qué vive Ud. en la provincia y no en las capitales? podrían decirme. Y tendré que contestar: Debe ser porque correspondo a ellas, no sirvo, no tengo capacidad ni voluntad para más altos niveles. Probablemente a mí me corresponde ser el chejoviano que en la provincia sueña y delira con la capi-

tal, sirve de tránsito a los productos entre una y otra, pero no alcanza a las capitales. Siempre he desdeñado la provincia, como corresponde a un provinciano y como tal es posible que siempre me haya imaginado (bovarísticamente) por encima de ese desdeñable nivel, pero cuando he creído salir de ella no he hecho otra cosa que cambiar de nombre, de lugar, no de jerarquía. Pero, por esa misma posición dual no percibo que sea comprendido ni querido en la provincia, sino más bien temido o apenas tolerado como un indiscreto testigo, por lo común incomprendido pues mis proposiciones no se ajustan a las posibilidades y demandas de los provincianos que las reciben.

Sarcástica situación.

Una gran foto mía, ilustra un reportaje en *El Nacional (Papel Literario)*; la miro como a un extraño poco atractivo. Cuando algunas amigas hacen referencias elogiosas a la foto, o sea cuando se me hace evidente (con la dificultad de siempre) que mi percepción desvalorativa no es enteramente justa, me invade la vergüenza y la consternación. Es casi peor que el vivir en el convencimiento constante de que este rostro es el de un viejo arrasado por la edad, la cual lo ha tornado ridículo y grotesco como el de un payaso de mal circo. La calvicie, los ojos sin pestañas casi, los dientes sostenidos apenas por sus prótesis, la flojera de la carne en el cuello, cómo empiezan las bolsas bajo los ojos, tan marcados los días de fatiga, la mirada blanca, alucinada e inquisitiva, este bigote enrulado que no sé llevar, ni cortar, ni cuidar, el movimiento erguido del cuerpo como hendiendo los aires con una cabeza pronta a volar. Así soy, Dios, así soy, es inútil luchar contra el huracán con que se mueve el tiempo. Las fotos son engaños, las miradas ajenas también: sólo es verdad esta constancia.

El Diario no puede nacer sino de una cierta experiencia de la soledad. Implica escisión, un tiempo propio donde la autoconciencia puede manifestarse. Es un repliegue.

22 de octubre de 1974

Desde la ventana del hotel (en Maracaibo) veo llover torrencialmente sobre una veredita de cemento y no bien ha caído la última gota, con la misma rapidez y violencia veo cómo van extendiéndose en la veredita los espacios secos hasta quedar como antes. El cielo queda gris, los árboles inmóviles como respirando dificultosamente en silencio, la tierra bajo el

ramajé sigue impertérritamente roja como si la humedad de la lluvia no la hubiera tocado y la veredita seca no guarda una sola huella del agua torrencial.

La última clase, en el salón con un centenar de sillas, tiene unos quince oyentes fieles, los que atravesaron todo el ciclo y llegaron salvos al final. Dan ganas de abrazarlos. Desde lo alto de la tarima, donde hay micrófonos, grabadores, trato de cumplir con el programa, ya sin mucho entusiasmo: ni el tema (a esta altura) ni el raleado público ayudan. Trato de infundir calor a mis palabras; me veo a mí mismo como un gesticulador y me detengo.

26 de octubre de 1974

Nos despedimos de Julio con una larga conversación en el Hotel Ávila. Recuerdos de su vida argentina de 1947 a 1951, en que partió (noviembre) para Europa junto con la aparición de su libro de cuentos: su vida de traductor, sus exámenes para alcanzar el título, su aprendizaje del inglés con una gramática, su temor de que empezaba a ganar mucho dinero, su fobia peronista, pero también (lo que sorprende en un hombre tan marcado por la libertad lúdica del niño) su practicidad, su sensatez para organizar su vida (cosa que dura hasta hoy y explica su cortés pero implacable vigor para defender su vida y su tiempo, no dejándose nunca "devorar" por el otro, sea una persona, una sociedad o un sistema).

Todo en él se institucionaliza, y al mismo tiempo todo en él postula una liberación de las formas, las instituciones, las prácticas disciplinadas. Es esa pugna, y ese renacer de una manera en otra lo que me impresiona de su naturaleza: es lo que veo en su literatura también.

30 de octubre de 1974

Conflictos de dinero, problemas de dinero, necesidades grandes y chicas de dinero, persecución de la paga, obtención de algún "extra", trabajo por dinero, deseo de dinero, obsesión con el dinero.

¿Es así el mundo o en este vórtice hemos caído nosotros ahora? En todo caso hay como una calesita de imágenes obsesivas que reaparecen todos los días, parecen perderse pero vuelven, impertérritas, iguales, desesperantes, y todas trasuntan esos "bolívares" en que se ha transformado a su vez la imagen del libertador, y parecen burlarse de nuestra desesperación. Siempre con el agua al cuello, viviendo en una angustia de inseguridad material que hace un sufrimiento los días y aun las noches.

1 de noviembre de 1974

No me digas cómo se pasa el tiempo, titulaba José Emilio⁶⁰. Cómo se disgrega y nos disgrega en las mil variaciones de cada día. Un obrero, solo en un inmenso taller donde zumban las máquinas tejedoras bajo una luz tenue que filtran unas altísimas claraboyas junto a las cuales da vueltas el polvillo del algodón, y corro y me desespero para atenderlas todas, para impedir que se detengan, para hacerlas producir convenientemente, para vigilar la calidad de su producción. ¿Por qué, para quién? y ahora que estoy tan notoriamente envejecido, sin ser dueño de un solo bello corte de tela, ahora que sigo corriendo de un telar a otro, asegurando malamente sus respectivos funcionamientos, qué ganas de descansar, no del trabajo, no, sino de los "¿por qué, para quién?".

2 de noviembre de 1974

Leo y leo Cortázar, releo sus libros de cuentos y sus ensayos. Es lo de siempre: luego escribiré cinco páginas y en ellas es posible que nadie perciba todas las lecturas que hay por debajo.

5 de noviembre de 1974

Gloriosa irrupción de la música en casa. He traído radio, tocadiscos, pasacassetes y una serie de diez discos y pareció que la casa se hubiera trasuntado, se hubiera vuelto un lugar resplandeciente. Suena y resuena la sala y el resto de la casa todo el día con Vivaldi, Bach, Haendel, Mozart, y, para mí especialmente, con lieder de Schuman, Schubert, Duparc, Wolf, y las antologías de grandes cantantes con Mahler, Wagner, etc. Por un día al menos una sensación de grande, profunda paz. Como si la música tocara dentro de uno.

10 de noviembre de 1974

Fryda Schultz⁶¹ pasa por Caracas para uno de sus congresos judíos y viene a tomar una copa con nosotros. Un exponente del grupo Sur con todos sus tics sociales, humorísticos y desenfadados (formas que no quieren parecer formas) pero que me resulta grato reencontrar luego de tanto tiempo, porque su cordialidad es reconfortante, por social que sea. Y porque, como dice críticamente Marta, adoro ese universo social como un oscuro joven arribista. Es posible: me acuerdo de Susana Soca⁶² y la época en que fui secretario de *La Licorne*, en Montevideo, de mi actitud crítica pero a la vez seducida por

ese medio en el que nunca participé realmente sino de modo muy colateral, escapando no bien percibía que podía ser capturado. ¡Oh gozosa y orgullosa virginidad!

12 de noviembre de 1974

La comisión de la Escuela de Letras aprueba mi recontractación para el año próximo y no sé si, en ese mismo momento, el alivio que genera una cierta seguridad económica por un año más no se acompaña de una retracción, el deseo de escapar de todo, de sentarme a escribir y estudiar en esta mesa del living, oyendo música y tomando un café que me quema los labios. El sueño recurrente es el de esta felicidad de leer, aprender, escribir, libre, erráticamente, yendo de una cosa a otra, sin depender de nada ni nadie. Sabiendo al mismo tiempo que lo poco que he hecho ha sido bajo una imposición circunstancial.

Un artículo ocasional sobre Márcacaibo y sus secretos escritores, nacido de un impulso del momento y entregado a "Séptimo Día" por tratarse de cosa leve y periodística, me vale muchos más lectores que tantas otras cosas más serias que hago. La dominante periodística de un medio que vende diarios pero no libros y de un público culto que sólo atiende también a los textos del periódico.

La escasa consistencia intelectual del medio, incluso de su élite, queda definida por este comportamiento.

15 de diciembre de 1974

Una quincena a toda velocidad para poder partir hoy hacia Europa; cierre de semestre, informes universitarios, ciclo de conferencias (los Cuatro Centenarios del modernismo), entrega del Rufino Blanco Fombona a Monte Ávila⁶³, y de los *Primeros cuentos de diez maestros latinoamericanos* a Planeta, más la recopilación de los ensayos para el volumen colectivo *Literatura y Praxis en América Latina*⁶⁴.

El rendimiento de la urgencia y de la desesperación, cuando existe una fecha inmodificable. Es de preguntarse: ¿la muerte no es también una fecha inmodificable?

En este mismo tiempo, conflicto con Claudio, que padece (y creo que así será siempre) de una suerte de complejo de preterición, de ser desquerido o desatendido. Mientras tanto Amparo⁶⁵ prepara su viaje a México, con el

cual cierra un año que creo ha sido de afirmación de sí misma, de mayor confianza en su capacidad y energía.

Marta ha trabajado duramente conmigo, ha hecho una semana de conferencias en Mérida (cosa que la aterra) ha concluido artículos y entregado notas, movida por la desesperación de juntar el dinero para su viaje que es, sobre todo, su encuentro con Fernandito⁶⁶. Pero todo está bien si todo acaba bien, y en este segmento se ha producido. Es la partida, cuando el avión deja libre impulso a su energía concentrada y se libera, es decir vuela, se distiende, se expande, se pierde por un universo ilimitado y dulce.

Lisboa

19 de diciembre de 1974

Suave, delicado, fuerte, sabroso y popular país. En tres días corrimos esta ciudad de un extremo a otro, y ayer, acostados en la plataforma más alta de la Torre de Belén, como lagartos extendidos al suave sol de la tarde, con esa inmensidad de cielo y agua del estuario del Tajo, nos hemos sentido felices, entregados, gozosos.

Lisboa se nos hizo acogedora: la recorrimos otra vez en tranvía, riéndonos al oír sonar de nuevo su campana como en nuestra adolescencia rioplatense.

1977⁶⁷

8 de octubre de 1977

Perdida y hoy reapareció. Azar. O que estoy solo (Marta viaja por Bolivia y Colombia) y es sábado, llueve, deambulo por la casa reuniendo papeles para un artículo sobre Ajeixandre, redescubro tantas libretas inconclusas, con vago malestar, rehúso mi trabajo, la concentración, me disperso como un delta, paso de un tema a otro, "mariposeo", y aun enciendo el televisor y visito la cocina y me ofrezco un habano prohibido y atiendo el teléfono y programo una noche y quiero estar en todo y -lógico- no estoy en nada, salvo en ese centelleo del pasar de las cosas tratando de uncirlas todas, desmesuradamente; al mismo carro.

9 de octubre de 1977

Después del teatro (abrumador Aristófanes por El Galpón⁶⁸, que fastidia tanto a Claudio como a Amparo, pero que esta examina con mejores modos que su hermano) me encuentro en casa de Soledad Mendoza⁶⁹ con Gabo [García Márquez], más exteriormente "señor" pero igual en tono y astucia. Reaparece el "tema cubano" y aunque en la conversación sigue igualmente crítico de lo que siempre dijimos (la información en los periódicos o radios cubanos) percibo una satisfacción de mentor y compañero de los gobernantes en las frases de Raúl [Castro] sobre los reportajes que escribiera que ahora me trasmite. (Detrás de los comportamientos de escritores, por racionales y abstractos que parezcan, siempre está acechando el mundo de *El Conde de Monte Cristo* y todos son -somos- Dantés en alguno de sus movimientos: perseguido, traicionado, operativo, triunfante, revanchista).

Con todo prefiere dejar de lado el reportaje cubano del que adelantó algunas páginas, y meterse en los sesenta cuentos pensados. "Dado que Pinochet no cae...", agrega, recordando su frase de no escribir mientras estuviera en el poder.

Por la reunión deambula Ernesto Cardenal, tan sonriente e inocente como siempre. Va para Frankfurt a la feria del libro. Nos oye conversar,

contesta gentilmente preguntas sobre Nicaragua y su trabajo, y luego se sienta solo a una mesa a comer, tranquilo y apacible.

Gabo explica su participación en el premio Rómulo Gallegos: con Simón Alberto Consalvi⁷⁰ habían planeado el premio para Luis Goytisolo (lo que era mejor que la versión última para *Terra Nostra*) e incluso gestionado la renuncia de Juan Goytisolo como jurado (a través de Carmen Balcells) para facilitar esa solución. Entiende que Adriano [González León]⁷¹ estropeó todo, que la renuncia de Simón Alberto desbarató el plan (más la negativa de Juan a renunciar) y que entonces prefirió no venir y adherir a la resolución mayoritaria a favor de Fuentes: "Yo le podía haber explicado mi voto para Goytisolo, pero de no ser así, prefiero no disgustarme con él". También Gabo era consciente del aire "mafioso" que cobró el premio con la designación de Carlos Fuentes, y consideraba que un premio a Luis Goytisolo distinguía a un gran escritor y al tiempo era una buena maniobra política en el momento de la "apertura" española.

Releí toda la libreta, me prometí no abandonarla ahora, porque recuperé un tiempo que no solo es información objetiva y externa, sino la humedad de la vida interior asomando a ratos y recompensando. Es el "algo que es tierra en nuestra carne, siente la humedad del jardín como un halago" de Machado.

¡Cuántas cosas entre las dos fechas: (oct.74 –oct.77) Escribo en otro apartamento, que hemos podido comprar y pagamos mensualmente, que hemos alhajado hasta tornarlo bello y acogedor (obra de Marta, claro está); hemos viajado mucho, varias veces a Europa y América Latina: he sido operado del corazón (en el St. Luke, de Houston) implantándome una válvula aórtica artificial en abril del año pasado, sí, en 1976; he llevado adelante la Biblioteca Ayacucho que tiene veinte volúmenes ya; hemos pasado tres meses en USA, este año, como profesor en Stanford⁷², California, tres meses de gloriosa paz!; hemos publicado varios libros; Amparo es ya arquitecto y Fernandito ingresó a la Universidad de Niza para seguir matemáticas; he vuelto a encontrar una comunicación afectiva con Claudio –después de tantas vicisitudes en nuestra relación– y me calienta dulcemente el corazón estar con él, platicando de tantas cosas, proyectando en común; se concluyó el apartamento de Marta en Bogotá y ella encara la compra de un "pied-à-terre" en Barcelona. ¡Todo parece tan halagüeño! Y sin embargo creo que no somos felices: apresados en una red que está hecha de otros y de nosotros mismos, la vida no se desgrana gratamente día a día sino apresurada,

angustiadamente, llena de tropiezos, insatisfacciones, estados ansiosos, frustraciones encabalgadas en sueños, inadecuaciones constantes con el medio cultural, soledades y resecamientos espirituales.

¿Dónde el error? Si esta libreta serviera para descubrirlo (y soy algo escéptico) se justificaría el esfuerzo de atenderla, haciendo un hueco en la vorágine cotidiana.

Almuerzo dominical con Claudio y Amparo. Excepcional que estemos los tres sin Marta: la red de la familia de sangre se tiende sobre nosotros y se cierra envolviéndonos. Sí, eso existe, y excluye a todos, incluso a los más cercanos. Es lo que he visto cuando Marta se reencuentra con Fernando y Gustavo, e incluye a su nieto Emiliano y excluye visiblemente a su nuera. Creo que ella lo percibe también en la relación con mis hijos, a pesar de que ésta sea mucho menos "melosa y melodiosa" que la de ella con los suyos: pero siente que queda fuera de la red, a pesar de que los dos, ella y yo, nos comunicamos de un modo excepcional, con una ilimitada confianza. Pero la red de la sangre existe. Y creo que también para Claudio y Amparo, a pesar de lo mucho que han llegado a apreciar a Marta (cosa que esta no llega a *sentir* y sólo a *pensar* a ratos), existe esa red que nos envuelve a los tres. ¿Y dónde queda Ida⁷³, su madre? Ellos han dividido la relación comunicando los dos canales: el que lleva hacia mí y el que lleva hacia ella. Muy pocas veces me hablan de ella y sus cosas; soy yo quien fuerza una cierta naturalidad inconvincente, hablando de ella. Pero siento que la he excluido. Por lo tanto, para Amparo y Claudio hay dos redes separadas con la misma presión que procede de la sangre, dos redes alternas.

Marta está puesta, tesoneramente, "à la recherche du temps à Stanford" y creo que todo lo que está procurando en Barcelona, es parte de esa búsqueda.

Difícil saber qué generó nuestra felicidad (enero, febrero, primeros días de marzo) allí en nuestro mínimo apartamentito de Palo Alto cercano al campus universitario. Fundamentalmente la suspensión de la multiplicidad de obligaciones: un solo trabajo de pocas horas (no más de tres horas, en lunes, martes y miércoles) dándonos tiempo a leer, estudiar, pasear. El invento de las bicicletas (en vez de carro) que dio lugar a nuestros largos paseos por calles tranquilas, arboladas, en un aire fresco aunque no frío, esa paz que se abalanza sobre los barrios residenciales a las 5 de la tarde y dejaba para nosotros las calles solitarias, los jardines florecidos, las ventanas iluminadas de las casas cerradas y silenciosas, el aire limpio, mientras nos gritábamos frases acercándonos o alejándonos en nuestras respectivas bicicletas. Las

excursiones nocturnas a los cines del "down town" y nuestro regreso en plena noche, parlotando desde las bicicletas, pidiendo de pronto respiro para descansar un momento, cruzando opiniones sobre la película, llamadas de atención, avisos para el día siguiente. También el espectáculo de la Universidad, su ordenado bullicio, las niñas y niños semidesnudos, bajo "la dulce lengua de templado fuego" del sol californiano, los millares de bicicletas, la atención sosegada por el estudio, el prodigio de las bibliotecas de donde cargaba lotes de libros en la cesta de mi bicicleta (roban las bicicletas y hay que ponerles un seguro que es un arco de acero con una llave que lo cierra aprisionando una rueda) el tiempo libre dedicado a leer y tomar notas en mi pequeña mesita fronterera al ventanal del living, a la terraza sobre la cual asomaba la copa florecida de un árbol (no recuerdo ya esas flores; ¿o eran puntitos rojos? y nunca supe el nombre del árbol, era en inglés), mientras a mis espaldas sentía a Marta en la kitchinette preparando la cena temprana.

La felicidad de Marta con su bicicleta, con el supermercado que vimos edificarse lentamente durante nuestra estadía y cuya "lectura" nos llevaba tanto tiempo, con el "thrift" del Ejército de Salvación donde iba a gastar cinco dólares en divertidos objetos y ropas usadas, con los cines-arte, con nuestras largas caminatas para llegar hasta el pequeño autobús de la Universidad que cruzaba todo el campus y sobre todo con el San Francisco de los fines de semana, bajo el sol, frente a la bahía reluciente.

¡Sí, sí, pero todo esto ¿no valía mucho más porque veníamos del estrépito y la furia? ¿y no nos parece ahora más bello porque hemos retornado a la vorágine agotadora y estéril?

Cierro este domingo de Diario recuperado, yendo al teatro con China Zorrilla⁷⁴ (una frustrada explosión de violencia de Edilio Peña)⁷⁵ y luego al cocktail del Nuevo Grupo⁷⁶ clausurando su año teatral.

Grato siempre el reencuentro con China. El episodio de nuestros amores allá en Montevideo, hace tantos años, se ha clausurado, nunca volvimos a hablar de él, ni siquiera una alusión bromística, pero secretamente anima nuestra amistad ahora que estamos en los cincuenta, que somos sobrevivientes de la edad perdida que hundieron los militares, capaces de recordar cosas que otros ignoran. Me aprieta el corazón lo que intuyo de su soledad, igual que la otra vez, cuando vino a Caracas y enfermó tan cruelmente. Una mujer sola, indefensa, desamparada, a pesar de su sultura, su humor, su mundanidad; una mujer necesitada de hogar, marido, hijos, casa, ropa que remendar y "pie de manzana" que cocinar en el horno, con sesiones de baraja con amigos

una vez por semana y una cálida vida de comunicación con los vecinos. Tiene el don de la narración oral: me cuenta la pieza de Flers y Gaillavet que interpretara hace años (*Le bois sacré*) y es la coherencia de artificio más regocijante. Percibo ya a la vieja actriz, la del oficio, bastante ajena al experimentalismo o al arte extraño, la que trabaja en la vena de una comunicación con el público, percibiendo lo que esa masa pide y recompensa, sirviéndola. Los textos que cita casi nunca están en las historias literarias, sino en esas otras del teatro como acaecer vivo y definitivamente transitorio, presente de los seres humanos, insustituible e irreplicable.

Hablamos del Uruguay, de los presos, los torturados, de sus problemas con las autoridades (le han prohibido toda actuación en público y cree que de morir su madre no la dejarían entrar más al país) y es un universo fantasmal el que aparece, siniestro también, que enmarca su situación solitaria e insegura. La veo navegar con aprensión en ese panorama, temiendo el golpe, tratando de no quedar marcada en una izquierda a la que sólo se aproximó por el Frente Amplio y tampoco de caer del otro lado en la derecha que sin duda querría tenerla en sus filas como una "arrepentida", visto sobre todo su gran popularidad. En esto, y la fidelidad de ella hacia esa manifestación de afecto del público, lo que establece su línea de conducta, política y moral, esa cautelosa síntesis que la distingue, esa terca adhesión a los principios humanitarios y equilibrados que la Iglesia tradicionalmente transporta.

10 de octubre de 1977

En el almuerzo, Ramón Castellanos⁷⁷, me cuenta la historia secreta del Consejo Nacional de Cultura, con especial relación a la gestión de Morreo y a la actual de Luis García Morales. Son perlas tras perlas de inepticia administrativa.

Se compró la finca linderá del museo Michelena, para su ampliación, con el pequeño detalle de que por error se pagó dos veces el precio fijado con el italiano propietario quien cobró religiosamente ambos cheques sin que nadie se haya atrevido a abrir pleito.

Se invierte mensualmente entre 10.000 y 40.000 Br. (de 2 a 10 mil dólares) en recepción de visitantes, lo que permite mantenerle una suerte de subsidio a la República del Este⁷⁸ por no menos de mil dólares mensuales, para pagar el dispendioso bar de los ciudadanos de esa república.

Mientras la Presidencia cuenta con 3 abogados asesores, el CONAC tiene catorce: uno de ellos, Dr. Palacios, suficientemente hábil para ser abogado

del CONAC, de la Biblioteca Nacional y del Museo de Bellas Artes totalizando unos cuatro mil dólares mensuales.

El folleto que la Presidencia encargó, con el discurso de Carlos Fuentes al recibir el Premio Rómulo Gallegos, fue cotizado en 73.000 bolívares, aproximadamente unos 18.000 dólares: tenía 32 páginas, fue encargado a un artista (Alirio Palacios) y calculado en cartulina.

Según el acuerdo firmado con Central Única de Trabajadores, Morreo se comprometió a reengánchar el 75% del mismo personal que debía despedir pagándole las prestaciones, correspondientes a 20 y más años de trabajo. Los 310 millares destinados para esas indemnizaciones (unos 75.000 dólares) debieron congelarse y no utilizarse, pues ello implicaba perderlos, lisa y llanamente, ya que los mismos despedidos debían ser retomados.

11 de octubre de 1977

¿Quién es, hoy, Gabo? No decepción, no desagrado, simplemente perplejidad. Parecen no quedar huellas del escritor, al menos como ese escritor fue, él lo sabe y aún trata de jugar con esa imagen superpuesta a la antigua. Tampoco un periodista, pero asimismo no un político, sino algo cercano a ambos términos y diferente: un viajante político-cultural quizás, un agitador, pero no un ideólogo, "of-course", sino un animador o relacionador que opera entre los centros de poder político de la izquierda. Evidentemente eso le fascina, es su acción, y eso ha sido logrado con la literatura pero nada tiene que ver con ella.

Mis explosiones de violencia son el enigma de mi vida. ¿Por qué? El rápido arrepentimiento que sigue a ellas está hecho de confusión y de malestar, acrecentados por mi dificultad para enmendar con prontitud. Si se producen con Marta concluyo sintiéndome tan miserable que casi no puedo resistir el peso de mi conciencia. Y en la vida pública me llenan de consternación. Vivo desconfiando de mí mismo y esos incidentes acrecientan mi desamor de mí.

¿Ya te acostumbraste al reloj? me dice Amparo y repentinamente oigo el tic-tac que suena en el pecho y en mi cabeza. No, no me acostumbro. Simplemente trato de no oírlo y con paciencia busco pensar en otra cosa cuando me echo en la cama y sueño igual que el reloj sobre la mesa de luz. Nadie me había advertido: cuando desperté en la sala de recuperación creí en una obsesión de mi mente, un puro producto psíquico generado por el

trauma de la operación o la consecuencia de la anestesia sobre la cual me habían prevenido. Moviendo hacia un lado la cabeza el ruido disminuía algo, pero impertérritamente el tic-tac resonaba dentro de mi cabeza. No me atreví a hablar de eso cuando me trasladaron a mi habitación. Un par de días después, al inclinarse para besarme antes de dormir, Marta me preguntó por qué me acostaba con el reloj pulsera puesto. Ansiosamente le pregunté qué oía y ella trató de tranquilizarme. Recién entonces vinculé el sonido con la nueva válvula artificial, recordé cómo era, el casquito que contenía la apertura de sus lenguas y comprendí que llevaría por siempre esa alerta en el pecho.

Con dificultad fui aceptándolo: algunas veces —en un comercio, en una reunión— alguien ha inquerido por ese sonido y me he prestado a que oigan mi pecho. Cuando se hace el silencio en el living, siento que me oyen: ya no me inquieta. Sólo cuando en la cama nos abrazamos y Marta pone su cabeza sobre mi hombro siento confusión, como si me portara mal, y pienso que ella se pone inquieta aunque nada me dice, y no prolongo el abrazo. Es un *memento mori* perpetuo. Pero más bien lo vivo como una disminución —una vergüenza— en el comercio social, un motivo para sumirme en la intimidad.

Estas líneas traen, a la cola, el recuerdo de mi convalecencia en Houston y en Puerto Rico, en casa de Pilar Requero donde pasamos una semana. Mi infinita debilidad, mi apacible entrega, que prefigura cómo será ese tiempo previo a la muerte donde la reducción de fuerzas ayudaría al temido tránsito. Y sin embargo, ¡cómo nacía suavemente la apetencia de vida! Dos imágenes se repiten: en el hotel, después de la operación, la felicidad del "grape fruit" que comía a la mañana: esa frescura ácida y azucarada que extraía ávidamente de las toronjas que comía y en la que soñaba el día entero regalarme a la mañana siguiente. Y en Puerto Rico, el viaje lento de mañana hacia la playa para, desde mi silla, a la sombra de una palma, ver el mar limpio, el cielo puro, los cuerpos de los bañistas, la felicidad de la naturaleza viviendo armónicamente, y el caminar despacio por la costa con los pies en el agua de la ola que moría, sintiendo su frescura.

Y en todos lados el calor al corazón de la presencia de Marta a mi lado, de su cara descendiendo a besarme, de sus brazos ayudándome a levantarme, cuando apoyaba la cabeza en su vientre y sentía que me abrazaba. Por allí circulaba dulcemente la vida y me topaba con insistente y cauto reclamo.

12 de octubre de 1977

Dos profesores norteamericanos me traen una propuesta de Carlos [Blanco] Aguinaga⁷⁹ para ocupar un cargo de profesor en la Universidad de California (La Jolla) para el año próximo (set/78). El lugar es muy bello y el ambiente académico de los estudios hispánicos de muy buen nivel (Diego Catalán, Claudio Guillén, Joe Sommers, Jaime Alazraki) y sin duda la tentación mayor son las bibliotecas. Pero qué sensación de salirse del mundo que produce la perspectiva: el apacible ghetto universitario donde la acción intelectual se especializa, consagrándose a la formación de equipos nuevos y a desarrollar el área de conocimientos. Es la sociedad, de la cual los intelectuales latinoamericanos nos sentimos comprometidamente responsables, la que queda fuera, más allá de los límites del campus.

15 de octubre de 1977

Marta de regreso, comienza la apacible vida a dos, sobre todo en el fin de semana, antes de que ella entre en la vorágine y comience el acoso de los pintores, directores de galerías y periodistas reclamando prólogos, presentaciones, juicios, declaraciones. Como buena profesional, cumple con todo, pero también porque no sabe rehusarse y se siente siempre en la obligación de servir. Por suerte no saben esto los múltiples enemigos, pues de otro modo recurrirían a estas vías suaves y persuasivas para vencerla.

Pero ahora es la paz: limpia la casa, pasa la franela a cada cerámica precolombina, lava con jabón cada una de las hojas del limonero y limpia una a una las del helecho, hace comida en cantidades para reponer las existencias, ordena ropa, arregla y zurce, contesta la correspondencia atrasada, hace informes, escribe los artículos que debe a los periódicos. Sólo que no atiende el teléfono, ni a la gente que cae.

Y hoy, en fila, vino Claudio a tomar café y conversar del sumario de su revista, vino Ulive con mujer e hijo a recoger el volumen de Suassuna⁸⁰ que me había pedido (quiere hacer "O Santo e a Porca"), vino Mariano Aguirre⁸¹, con Patricia y una periodista, por un proyecto de número de la revista *Nueva Sociedad* sobre los escritores latinoamericanos en el exilio.

Para salir de todos decidimos salir nosotros y a las 9 partimos a buscar a Juan Fresán⁸² para ir a un cine (*New York, New York* - Minelli-De Niro) donde encontramos a Amparo. Pintoresco diálogo con Fresán: cuenta de los sudores que están pasando los expertos en publicidad para forjar la imagen de Piñerúa Ordaz, el candidato de AD [Acción Democrática]. Por ejemplo,

la imposibilidad para conseguirle una sonrisa que no sea una mueca o de dotarlo de una figura atrayente (los bracitos de muñeco) que ha llevado a Fresán a proponer el slogan: "No hay sitio para risas, la situación es dramática. Enfrentemos nuestros problemas", pero sin haber convencido aún a sus colegas. Este modo planificado de forjar el candidato, "haciéndole una figura", produce vértigo y horror de nuestra civilización. Conozco lo que Jacobo Borges ha venido haciendo de Teodoro Petkoff⁸³, para transformarlo en el Robert Redford de la política venezolana y lo que antes hizo con José Vicente [Rangel]⁸⁴, sugiriéndolo, por la vestidura y posición del cuerpo, como un símil del santón popular José Gregorio Hernández. Se trata de vender un producto: no hay ya ingenuidad romántica, salvo en los grupos de izquierda que son, a la vez, más puros y más arcaicos. La disociación entre idea, carácter, cultura, doctrinas, proyectos, por un lado y aspecto-discursos-imagen, por otra, es propia de nuestro tiempo y patentiza su estructura compleja, artificial y fraudulenta. Es el fin de toda moral.

Extraña reversión, a lo largo de una década, de la opinión sobre los intelectuales chilenos. Quizás por percibirlos ahora en el exilio, sueltos, separados de su medio, sumergidos en otro distinto. Ahora me parecen "flojos", bastante mal preparados intelectualmente, algo simples y cerradamente nacionalistas, con un horizonte acortado, frecuentemente reducidos a debates nimios como de patio de vecindad y muy a menudo dotados de falsa cordialidad, como de un sistema defensivo (ofensivo) basado en la simpatía, tras del cual está agazapado un oportunismo primario. La tragedia política ha acentuado alguna de estas "imposibilidades" que diría Borges, pero los ha endiosado haciéndoles perder la timidez: entre otros exiliados asombra el desinterés chileno por toda otra tragedia que no sea la suya y su evidente voluntad de no asociarse con otros pueblos en reclamaciones dramáticas que pudieran empañar su papel protagónico. Una suerte de arrogancia portaliana, sólo que transportada ahora a la izquierda.

Diálogos con Gonzalo Rojas, con Fernando Alegría, con Pedro Lastra⁸⁵, con Mariano Aguirre, han contribuido a esta reversión del juicio altamente favorable de hace diez años, y también los juicios de otros nacionales metidos en política (argentinos, uruguayos, bolivianos, peruanos) que hablan de ellos casi exasperadamente. De los citados, actualmente todos, menos Fernando Alegría, hablan de Pinochet sólo en privado, preparando sus viajes a Chile (encontré a Lastra en Lima hace dos meses, volviendo del casamiento de su hija en Chile, y Mariano Aguirre concluye diciéndome que en marzo viajará

a Santiago, en tanto que Gonzalo gestiona su pasaporte chileno con sus amigos del nuevo régimen) y colocándose en una doble situación.

No es desde luego la posición de los políticos y partidos enteros que hablan con toda la voz; aunque no olvido la impresión que me hizo el ex ministro de Hacienda de Allende que conocí en Stanford explicándome sus famosas emisiones de billetes que llevarían al caos la economía chilena, propiciando el golpe, como imposición de la "alta política socialista" (!).

Nunca sentí nada de esto en Santiago, en los múltiples viajes que hice a Chile. ¿Cambiaron ellos o cambié yo?

16 de octubre de 1977

En casa los Sadowski⁸⁶, a platicar en una suerte de mutuo reencuentro de nuestro típico ambiente intelectual y político, como si al encontrarnos recuperáramos nuestro pasado en el Río de la Plata. Manuel me trae una grabación de poemas de Lorca hecha por Amado Alonso hace un cuarto de siglo, que regrabó para mí con motivo de mi artículo de hoy en El Nacional sobre Vicente Aleixandre⁸⁷. Es una evocación de adolescencia y juventud, para los dos: Amado Alonso *dice* espléndidamente la poesía, su selección es de las mejores. Descubro que prácticamente puedo decir al mismo tiempo la mayoría de esos poemas, que conservo en la memoria: es la recuperación del tiempo pasado.

En la sobremesa, repentinamente aparece otro panel del pasado y Cora se pone a contarnos en detalle cómo fueron expulsados del partido comunista en 1946 (motivo que sin embargo no ha facilitado su ingreso turístico a USA que le acaban de denegar), una historia grotesca y representativa del partido argentino comandado por Codovila⁸⁸. Llega a decirme que a veces pensó que Codovila no era sino un agente enemigo, vista la torpeza de su gestión al frente del partido, la cual no tiene igual en ningún otro latinoamericano.

La expulsión se formuló sobre el trasfondo político del momento, la opción comunista de la fórmula liberal Tamborini-Mosca contra la de Perón, error fatal de la izquierda argentina que impuso Codovila. En ese momento Cora dirigía el Comité de Ayuda de la guerra mundial y le fue propuesta por los militares, ya en el poder, la reconversión del Comité al ámbito argentino y de hecho la creación de un vasto sistema social que hubiera desplazado el que comenzaba a montar Eva Duarte y que se presentaría como un campo de acción común de peronistas y comunistas. Codovila desechó la proposición

que Cora les transmitió, con su opinión favorable, y desde ese momento evidentemente la consideró un cuadro inseguro.

Cuando la enviaron al Congreso de mujeres en Francia (1946) no se le dieron instrucciones, sino que estas fueron transportadas por la delegada uruguaya (Julia Arévalo)⁸⁹ lo que motivó su protesta ante la Pasionaria⁹⁰ y Duclos⁹¹. A su regreso se entrevista en Brasil con [Luis Carlos] Prestes⁹² (contra quien la habían alertado los dirigentes comunistas argentinos) descubriendo que éste consideraba un error grave la política del partido comunista argentino de oposición a Perón, causa de retrocesos en el frente progresista latinoamericano.

En Buenos Aires, una llamada al pie de página de un editorial de la revista del partido, les informó que ella y Manuel habían sido expulsados. Nunca se les comunicó oficialmente la resolución, ni se les invitó a discutir o hacer su autocritica. Se les había decretado la excomuniación con el consiguiente vacío social: "mi hermana -me dice Cora- no me dirigió la palabra durante veinte años" y agrega Manuel "Si no hubiera sido por los colegas de la profesión, que de hecho nos salvaron, hubiéramos quedado en un total vacío social".

Han pasado treinta años y siguen fieles a la izquierda, al marxismo y hasta a la Unión Soviética, subrepticamente, casi sin darse cuenta, pero ven en el eurocomunismo en curso un eco de lo que soñaron cuando en su juventud militaban en el partido argentino.

20 de octubre de 1977

En casa de Sara Hernández Catá⁹³, donde está viviendo, nos encontramos con Enrique Labrador Ruiz⁹⁴ que ha llegado a Caracas hace un par de semanas con el propósito de instalarse aquí y formar su hogar de exilio.

Divertida escena: mientras la botella de whisky disminuye rápidamente y nerviosamente Sara nos traslada de la sala a la cocina y de la cocina a la sala, la conversación (o chismografía) se enciende como ruedas de cohetaría, ambos se sacan las palabras de la boca para contar infinitas y cada vez más pequeñas historias sobre Cuba, los primeros años de la revolución (en que ambos participaron de organismos oficiales), los amigos, encumbrados o destronados, las traiciones para subir, conseguir situaciones, las mil aventuras eróticas combinadas de mil maneras, el pasado de los personajes con especial atención a la legitimidad de sus padres y las más variadas ocurrencias de la vida cotidiana.

Es el patio de vecindad en todo su esplendor (recobro súbitamente la

perdida imagen de los diálogos con los intelectuales cubanos en mis visitas de los años sesenta) con una fruición y un regocijo aumentados al encontrar alguien que conoce a los actores; es también la total ausencia de ideas generales o interpretaciones y tampoco las críticas por razones políticas o ideológicas. La revolución es vista en sus innumerables pequeños hechos concretos como acciones de hombres que quieren, se pelean, se enamoran, se vengán, ayudan u odian, sin que ninguna de ellas pase por un significado político: son siempre actos individuales, pequeñas historias que se explican por las pasiones personales y de las que están ausentes ideas.

Largamente cuenta Enrique cómo se deshizo el matrimonio primero de Alejo [Carpentier] con Eva, cuando la dejó un mes en casa del pintor Carlos Enríquez⁹⁵ para hacer una investigación musicológica en Santiago. Al volver ella decidió quedarse, quejándose del hambre en que la había tenido, él pretendió llevársela, Carlos lo amenazó con un revólver y cuando Alejo adujo que estaba descargado, le disparó cerca un par de tiros que lo hicieron desaparecer raudamente. Carpentier es su obsesión. De inmediato Sara cuenta cómo adaptaba obras maestras para la radio a las cuales Alejo ponía su nombre, entregándole 15 pesos de los 25 que se cobraban por el trabajo. Siguen en cadena historias sobre su cobardía, su oportunismo, la dependencia de Lilia⁹⁶, su codicia del dinero y su tacañería en chistes casi legendarios respecto a su costumbre de no pagar.

Nadie se salva. De Julito Le Riverend⁹⁷ se cuenta su pasaje de alto funcionario de Batista a alto funcionario de la revolución bajo la protección de Fernando Ortiz⁹⁸ que le aconsejaba adaptarse al cambio. De éste, su habilidad para navegar entre los comunistas, venderles su biblioteca, conseguir con su mujer (mediante el casamiento de la hija con un diplomático español) la forma de sacar valores del país, mantener una posición eminente que concluyó con sus funerales a cargo del partido, cubriendo su oposición —dicen ellos— al nuevo régimen.

Las imágenes se suceden como flashes: los pintores [Raúl] Milián y René Portocarrero llevados al manicomio enchalecados cuando fueron encontrados a cuatro patas aullando, borrachos hasta el delirium tremens, encerrados en su apartamentito como animales aterrados. Reinaldo Arenas⁹⁹ preso desde hace cuatro años acusado de violar a un menor. Norberto Fuentes¹⁰⁰ en la frase de su padre, a quien Enrique encuentra en un velorio, “al menos está vivo”. ¿Retamar? Ah sí, “trepanar” le llaman los del gobierno. El cáncer de Nicolás Guillén, que no es operable (en la garganta) y su disciplina para conservar casa, situación, aguantando desaires como los del propio Fidel,

que lo desprecia. Los pánicos de Lezama Lima en los últimos tiempos, la historia de la publicación de *Paradiso* que Nicolás envió a la imprenta sin leerlo y que pararon los linotipistas por razones de moralidad cuando llegaron al capítulo octavo, sumiendo en la consternación a Guillén, presidente perpetuo de la Unión de Escritores. La historia del matrimonio falso de Lezama a la muerte de su madre, la falsa información (que le corrijó) de que cuando murió se llevaron todos los papeles y los quemaron. Me asegura entonces que además de la novela, había escrito unas memorias.

Pregunto por las de él y asegura que no sacó nada pero por su misma reticencia para el tema, interpreto que su “Ameriquita” legendaria (un verdadero diario de la chismografía literaria que llevó durante años) y quizás otros papeles personales los escondió en manos seguras (¿embajadas extranjeras?) o los ha podido sacar y mantener escondidos. Al menos cuenta variadas historias de quienes trasladaron obras al exterior y sobre todo valores mediante la interesada complicidad de los diplomáticos (“de este millón de pesos, la mitad se lo ubicaré en el exterior”) que parecen apuntar a un conocimiento directo de esos mecanismos de trasiego.

Son tres horas en que no paran de hablar (en un aparte con Marta, Sara le descarga la historia de sus grandes amores, allá y aquí) y debemos arrancarnos a su voracidad de habladores, desprendernos bruscamente como de una enredadera aprisionante. Marta razona que es la consecuencia de haber estado encerrados y de los efectos del ahogo intelectual en Cuba. Yo lo interpreto como el habitual clima de la vida cubana recorrida de chismes y rumores como no he conocido otro país; un mundo pueblerino llevado repentinamente bajo los focos universales. Parecido a Venezuela. Y por su atención al detalle concreto, visto en sí mismo fuera de toda coordinada valorativa general, exactamente lo contrario del funcionamiento cultural argentino, atenido a las normas, leyes, valores generalizados hasta el punto de perder la visión de lo concreto para sólo ver en ellos la aplicación de un principio.

21 de octubre de 1977

Todo el esfuerzo educativo, aquí, parece dominado por la necesidad de acostumbrarnos a ver con precisión y rigor, al objeto artístico, para no alejarse de él y atenderlo con cuidado, esmero, detalle, sin sustituirlo por sensaciones rápidas, de causa imprecisa y fatalmente subjetivizadas que destruyen la capacidad para entender el arte.

Varios de mis alumnos padecen con “los desgloses del texto poético” que

estamos haciendo, (sin abandonar desde hace un mes un poema de Martí) y toda mi lucha es conquistar a algunos para una lectura atenta, cabal, del texto poético. No más. Abrir sus ojos sobre la riqueza y profundidad de la escritura, ayudarlos para que ellos descubran su riqueza y las posibilidades muy grandes que ofrece.

Y cuando se percibe que dos han sido conquistados, que comienzan a dominar ciertas herramientas y, aplicándolas, hacen sus propios hallazgos, es el júbilo; todo el esfuerzo resulta ampliamente recompensado.

26 de octubre de 1977

Desde hace una semana, invitado por Marta, está en casa Damián Bayón¹⁰¹ que dicta un ciclo de conferencias sobre arte latinoamericano en el Museo de Bellas Artes. Hacía años que no le veía y en estos días hemos platicado más que nunca en nuestras vidas. Como un viejo tío amable, educado, algo maniático, que ve al mundo y los seres humanos desde una perspectiva antigua y a la vez sabia. Se queja de todos los métodos modernos de la crítica (Francia e Italia) a los que dice no entender y confiesa preferir los ingleses, capaces de iniciar un recensamiento de arte con la descripción del jardín. Es una actitud con la que entro en guardia: es la que marca los límites temporales (*nec plus ultra*) cosa que si bien no imposibilita excelentes trabajos (de esos que desdeñan las modas) está en las antípodas de mi voraz (y siempre insuficiente) curiosidad de lo que pasa en el mundo. Soy de los que lamentarán irse sin haber podido ver y saber más cosas, tanto nuevas como viejas, como testimonia este semestre en que estudio semiótica poética y al mismo tiempo, el pensamiento acriollado de los jesuitas del XVIII expulsados de América.

Me cuenta largamente de la formación de la escuela de estudios de artes plásticas de Romero Brest¹⁰² en la década de los 40 en que se formaron él, Samy Oliver, Clara Diamant y donde se incorporó Marta cuando sacaron *Ver y Estimar*¹⁰³. La típica tarea esforzada de los autodidactos argentinos, girando en torno a la cultura europea, manejando con voracidad los libros que llegaban llenando sus agujeros e improvisando una crítica. Por tratarse de la única escuela que dio el continente y de donde salió la pasión de Marta por el arte, me intriga, me desconcierta y me produce también desconfianza. Aunque Damián sistematizó luego su trabajo con Francastel y los niveles franceses, siento al viejo esteticista (más agudizado por la naturaleza homosexual) que dio tantos amables dilettantes a nuestra cultura rioplatense, esos delicados "causeurs" del arte que ahora me parecen tan, tan antiguos, y que

hicieron una contribución, no hay duda, pero de la que no quisiera saber nada.

Me encierro a concluir el prólogo de Darío¹⁰⁴, escrito y abandonado hace meses. Es, exactamente, un ensayo. Y pienso si ese género tiene aún cabida tratándose de Darío, devorado por la erudición y las tesis doctorales. Pero un conjunto de penetraciones que he hallado me complacen. Al menos en este momento, en que lo abandono sacando la hoja de la máquina.

27 de octubre de 1977

Joe Sommers me llama de Estados Unidos para proponerme el cargo que deja Alazraki en La Jolla. Vacío a la altura del diafragma. Sin aceptar, sin rechazar, envió la copia del "curriculum vitae", engañándome con que aún hay tiempo para pensarlo, pues es para setiembre del año próximo.

Ni económica ni vitalmente me interesa. Sólo la esperanza de salir del vértigo, de que Marta y yo nos sintamos bien, sin acoso. Y de que pudiera estudiar apaciblemente y llevar adelante tantos libros pensados, iniciados. Y al tiempo la angustia de estar en el ghetto universitario, en un país de lengua extranjera, con los poderes gringos invisibles sobre uno. ¿Habrá un lugar que llene todos los requisitos?

Damián me trae saludos de Nelly Graibers (vive en París es profesora desde hace veinte años, tiene su apartamentito, sus amigos, su pequeña situación) y hablamos de otros latinoamericanos en París. Sensación melancólica: gentes perdidas en habitaciones estrechas e incómodas, midiendo su dinero, viéndose entre ellas, trabajando la semana duramente para un teatro, un cine o una cena en el *week end*: ¿por qué están allí? ¿qué han ganado? ¿para qué sirvió ese viaje y esa incorporación, a medias siempre, a otra cultura, a otra vida?

Se me justifica más en Julio [Cortázar]: allí pudo trabajar y hacer una obra. ¿Y estos otros que son simplemente empleados pero en París en vez de Buenos Aires?

28 de octubre de 1977

Damián parte. Vienen a buscarlo dos jóvenes ex alumnos que lo llevan al aeropuerto. No bien en contacto con ellos, resurge, resplandece, le gana una vivacidad fresca y juvenil (me recuerda lo que observaba en Carlitos Real [de Azúa]), y ellos mismos le acompañan con agrado.

Lleno de orgullo, Claudio me trae las dos revistas que ha hecho para la manifestación del MAS: la suya, *Reflexión*, y el número único de *Punto*, para el cual me había pedido una colaboración. Comparto su alegría y él notoriamente se regocija de mi atención y entusiasmo. Percibo que a través de esas tareas se siente —compañeramente y no filialmente— conmigo, porque a mí me pasa algo semejante.

Todo queda atrás, a la distancia irrevocable. Me parece imposible que haya sido este año que lo haya pasado, al comienzo, en Stanford. Se ha perdido. Se han perdido también los dos viajes a México y prácticamente cada ayer se sepulta. Hacia atrás estoy perdiendo toda medida correcta del tiempo, porque las cosas se fugan a una velocidad que asusta. No es el presente, es el pasado, y no es que lo pierda, sino que está, mucho más lejos que el tiempo que ha transcurrido desde que existió como presente.

Paralelamente, se me olvidan las consabidas múltiples obligaciones de todos los días. Se deslizan por debajo de la puerta, como cartas muertas, abandonadas. A la noche recupero, por ausencia, cosas que no hice. Anoto y anoto en mis tarjetas y papeles pero igual se vuelan, como astutamente rechazadas por una memoria recargada de más.

He vuelto a fumar, pero me prometo no consignar estas vicisitudes. Recuerdo la molestia que me provocaba verlas aparecer y reaparecer en el diario que en sus últimos años llevó Carlos Reyles. Los indicadores de la vejez.

29 de octubre de 1977

Terminé ayer noche el ensayito sobre Leopold Senghor¹⁰⁵ (que vendrá a Caracas la semana próxima) para el *Papel Literario* de *El Nacional*. Me había prometido no escribir más para ellos —tan llenos de problemas y de molestias para mí— pero he cedido hace tres semanas con mi nota sobre Alexandre y el calor de unas pocas voces amigas (bien pocas) me ha llevado a reincidir. No me sorprenderá que no bien aparezca me ataquen, pero sin duda me dolerá. Vivo con la sensación del acosado; igual que Marta. Y me temo que si eso cambiara sentiría que ya es tarde y que no me podrán consolar de lo que me han hecho padecer. Bien caro me han cobrado el pan del exilio.

30 de octubre de 1977

Implacable; insomnio. A las cuatro de la mañana, exhausto, ingiero pastillas para dormir, a sabiendas de lo que será el día siguiente de trabajo. Lo insoportable no es la falta de sueño —por lo general duermo mucho y apaciblemente— sino la pérdida de dominio de la actividad psíquica que me lleva a presenciar, sin fuerzas para contenerla, una sucesión frenética de imágenes. Como ya es corriente, últimamente, ellas se transforman en una angustiada defensa y ofensa contra la persecución por parte de los pseudo intelectuales (borrachos y xenófobos, incapaces de toda digna tarea intelectual) que han dominado y prostituido la vida cultural del país y se han ensañado contra nosotros.

En la vigilia es fácil defenderse de la tentación del “delirio de persecuciones” (salvo si se habla con otro extranjero, pues fatalmente la conversación recae en la xenofobia) apelando a razonamientos sociológicos, pero en el estado de insomnio la voluntad que domina la vida psíquica se contrae y una y otra vez la mente obliga a proyectar la misma escena, corrigiéndola, perfeccionándola, sufriendola también, aunque por lo común son imaginaciones compensatorias, en las que se triunfa del enemigo, se lo confunde y vence. A lo largo de esas horas agotadoras, revolviéndome en la cama, tratando de no despertar a Marta se reviven los padecimientos, las humillaciones y se construyen, como en los sueños adolescentes de la vigilia, historias de triunfos y heroísmos, flamígeras acciones en que el enemigo es derrotado ante un necesario público que convalida y certifica el triunfo, prestándole al combatiente un cálido apoyo, como un bálsamo a sus heridas.

1 de noviembre de 1977

Alicia [Migdal]¹⁰⁶ se despide. No han podido resistir la ciudad, su marido y sus hijos han vuelto a Montevideo, y ahora parte ella. Trato de darle espefanzas pintando menos duro el panorama de Caracas. “Quizás sea así para los hombres, pero todas las mujeres argentinas y uruguayas con las que he hablado, sienten lo mismo que yo. Es una ciudad invisible. Montevideo está muerto pero es una ciudad, tiene calles, aceras, transportes, colectivos, cines ordenados, gente que se comunica a pesar de las dificultades, valores intelectuales firmes, sentimiento de responsabilidad, de trabajo y empeño. Es pobre y todo cuesta conseguirlo, pero eso ha llevado a creer en la capacidad y en el trabajo”.

Sigo resistiéndome a esa visión que me parece simplista y provinciana.

Se parece a la de Marta, lo he conversado mucho, sé los elementos reales que la sustentan, pero esos mismos argumentos se han aducido, en diferentes épocas, para todos los países latinoamericanos, por lo cual, en el peor de los casos, sólo definen una situación histórica, no una naturaleza, que en este país está especialmente viciada por la repentina riqueza; el despilfarro generalizado y la rapacidad cruda de la burguesía que se enriquece con esta coyuntura y nada hace para la educación del pueblo en otros valores.

Me resisto también para tratar de llevar a Marta a un equilibrio. Está satanizada por la mediocridad del medio que ella toca muy de cerca en la Escuela de Arte de la Universidad dirigida por un hombre de asombrosa ineficiencia e ignorancia (Enrique Izaguirre), en el Museo de Bellas Artes a cargo de un mal pintor, además de ignorante y patán (Marcos Miliani), en la Asociación de Críticos presidida por el viejo marica mundano que hace charlas para señoras (Rafael Pineda) y en el ambiente de galerías (decenas y decenas) vorazmente dedicadas a vender basuras a los burgueses con plata tratando de convencerlos de que son maravillosas obras de arte. Como el país carece de una vigilancia crítica seria, documentada y austera, independiente y capaz, toda esa mediocridad sobrenada en una confusión generalizada, compra silencios, compromete a los buenos elementos y propaga un caos insincero que impide la formación de jóvenes generaciones renovadoras. De lo sano pueblerino que hacía el fondo de todo esto, sólo va quedando lo pueblerino corrompido que se sostiene por los típicos intereses creados de los pueblos.

Quizás en literatura pase algo semejante, si atiendo a un reciente episodio. Ludovico Silva¹⁰⁷ que fue un muchacho empeñoso que bajo la seducción de la izquierda se consagró al estudio del marxismo, escribiendo libros simples pero útiles sobre tópicos marxistas para los que se inician, junto a poemas afinados (como tantos profesionales de aquí es sobre todo un poeta) se halla desde hace dos años destruido por el alcohol. Ha sido internado un par de veces para curas que han resultado ineficaces y todo su organismo se encuentra deteriorado. Desde el mediodía es incapaz de sostener una conversación sobre nada, es llevado de un lado a otro por su actual compañera y es siempre un espectáculo penoso.

Por un tiempo se ingeniaba para escribir unas notas en *El Nacional* que se fueron espaciando. Últimamente aparecieron algunas insólitas, como fichas biográficas informativas, sobre Dante, Góngora, etc., y pronto se corrió que estaban copiadas del diccionario de autores Bompiani.

Federico Ríu¹⁰⁸ publicó en *El Universal* una nota cruel, pretendidamente

borgiana, denunciando el hecho, y Ludovico, quizás mal asesorado, cometió el imperdonable error de contestar, aduciendo falsamente que sólo había tomado datos del Bompiani y atacando a Ríu por derechista y colaborador de un periódico reaccionario. Como era previsible Ríu le tomó el pelo y publicó una de las notas de Ludovico (sobre Dante, aunque la de Góngora era peor) y el artículo del Diccionario, con lo que quedó probado el plagio.

Una historia triste, por los valores intelectuales que tiene (o tenía) Ludovico y casi un paradigma de los efectos de esta descomposición alcohólica de un medio intelectual, otrora digno. Cabría solo el silencio respetuoso y el desconsuelo por la situación a que se ha llegado. Pero este domingo Orlando Araujo¹⁰⁹ publica en *El Nacional* una nota de elogio a Ludovico, evidentemente generosa y emotiva, tratando con artulugio poético de salvar lo insalvable: "Te has copiado de Dios" le dice en su párrafo final. Es el texto de un ebrio sobre otro ebrio, que responde a un texto publicado hace meses por Ludovico sobre Orlando cuando éste había sido internado para una cura de desintoxicación y estaba en peligro de vida: el alcoholismo crónico de los dos y de tantos otros de una ridícula República del Este, que implica de cuatro a ocho horas diarias de bar (nadie sabe quién paga y se atribuye frecuentemente a las arcas del Consejo de la Cultura este secreto subsidio al alcoholismo) queda evidenciado en este episodio desdichado, pero también queda evidenciado el paupérrimo nivel de la vida intelectual porque, aunque parezca imposible, ambos son de los intelectuales valiosos con que cuenta la izquierda, de lo mejor, más leal y sano de esa intelectualidad.

Es normal que si un país, por atravesar una coyuntura económica favorable, presencia un ingreso abultado de extranjeros, así los necesite para su desarrollo económico vuelto mucho más acelerado, no dejará de resentir como una intrusión esa inmigración que no tiene ningún enlace con las tradiciones regionales. Así ocurrió en todas partes, y conozco bien la xenofobia del Río de la Plata a fines del XIX, que quedó admirablemente registrada en "La gringa" de Florencio Sánchez, del mismo modo que el fenómeno paralelo en el Brasil nos dio, en los mismos años, "Canaan" de Graça Aranha, dos grandes textos en que un uruguayo y un brasileño reflexionaron artísticamente sobre el problema y le dieron una solución armoniosa (compaginación de nacionales y extranjeros en un proyecto de futuro) que respetaba y comprendía a ambas fuerzas. También este país, que desde hace un cuarto de siglo vive un fenómeno similar, concluirá integrando las tendencias en una instancia nacional.

Lo que hace la mayor dificultad aquí para comprender el proceso es el extremado provincianismo del cual se parte, hijo a su vez de una anormal situación de enclaustramiento casi rural en que vivió el país bajo la larga dictadura de Gómez y que, curiosamente, en vez de superarse resultó intensificado en el período de Pérez Jiménez¹¹⁰ (la década de los años cincuenta) como se percibe en los intelectuales.

Los que pertenecieron —por su formación— a la Venezuela anterior al “boom” petrolero, se esforzaron para armonizar los valores tradicionales de impronta rural, con una apertura universalista, lo que hizo la cultura de un Mariano Picón Salas, un Arturo Uslar Pietri, un Guillermo Meneses, un Juan Liscano¹¹¹. Los que vinieron después resultaron más pueblerinos, lo que no sólo se explica por sus procedencias de origen (el período de Pérez Jiménez es el de las masivas inmigraciones rurales o pueblerinas que bruscamente transforman a Caracas en una urbe modernizada, dentro de las cuales se inscribe la incorporación a la capital de la mayoría de los futuros escritores quienes vivieron traumáticamente este cambio cultural al incorporarse a una ciudad notoriamente inhumana) sino también por un reflujó sobre sí mismos y sobre sus orígenes culturales al tropezar con un universo en el que se disgregaba su identidad, lo que los forzó a recuperar dentro de sí valores de sostén o, en los peores casos, a vivir a la deriva entre aquellos de que procedían (y que legítimamente percibieron como más auténticos) y los espurios, ya que no sencillamente modernos, entre los que habían desembocado.

En ese conflicto el elemento de sostén fue la tierra, la región, la cultura originaria, porque expresaban una identidad clara y resguardadora, de ahí que los poemas, los cuentos, las novelas, siguieran de algún modo cultivando la parcela rural, muchas veces con recursos tradicionales.

La visión intelectual quedó marcada por esa posición defensiva (que en sus mejores instancias da la obra de un Rulfo y en las peores, que son las más frecuentes, la sacralización telúrica, el culto de lo humilde y familiar, la falsedad de un provincianismo sin fuerzas ni verdad, meramente importado en quienes ya no volverán de ningún modo al terruño del que partieron), la cual tendió a eliminar el panorama universal —por grande e inabordable, por extraño y desintegrador— acantonándose en el provincianismo, en el culto de los valores del pasado, folklóricos o no, en un populismo que como siempre escamotea las clases sociales con sus peculiares formas culturales, en el rosario de los aniversarios, en la exaltación de lo idiosincrático. Todo esto concluirá en la mayor artificiosidad, en la medida que el proceso de urbanización que

ya engloba a las tres cuartas partes de la población, continúe su avance estableciendo su anónima organización de las prestaciones sociales.

Es, aquí, dañino no intentar un paso hacia un equilibrio nuevo que dé cuenta de las nuevas estructuras. Errónea encuesta de estudiantes se ataca a la crítica literaria por no preocuparse más del país. Es, sin duda, una muletilla, como la protesta porque los libros son caros, pero especialmente inconvincente cuando se repara que el 95% de la crítica que se ejerce en los periódicos se refiere a libros de autores nacionales referidos al país. A diferencia de lo que ocurre en México, Buenos Aires o San Pablo, donde las secciones bibliográficas rebosan de comentarios de libros extranjeros dentro de una tradición ya centenaria, en Caracas no son comentados los libros extranjeros que publica la propia editora nacional Monte Ávila, pero sí los más oscuros folletos de autores nacionales. La consecuencia grave es que todo el aparato crítico, que debe salir de ese mismo fondo, es fatalmente caduco, sobre todo en nuestro continente donde es escaso el aporte teórico de envergadura (citamos a Reyes, a Henríquez Ureña como altas excepciones) y resulta incapaz para detectar los valores así como para adecuarse al ritmo cultural nuevo que fatalmente impone la creación de una sociedad moderna que está en curso.

Incluso en el pequeño grupo de los pretendidamente universalistas, su repertorio de referencias pertenece a la vanguardia europea de entre ambas guerras (Joyce, Kafka, Proust, Rilke) y es rarísima la percepción de la vanguardia actual. También ellos viven del pasado, aunque les parezca que por ser extranjero tiene mayor importancia y vigencia, con lo cual son también insuficientes sus aparatos críticos aunque obviamente más modernizados que los de los folklóricos o costumbristas.

Sólo un desarrollo armonioso y valiente de ambas coordinadas, con lo que ello implica de tenaz esfuerzo para dominar la cultura del mundo presente, permitirá integrar la nacionalidad, desprenderla del provincianismo, sin por eso perder la identidad fundamental. Y de paso disolver la resistencia al elemento extranjero, reconociéndole su calidad de heraldos de ese mundo presente y dotándolos de una fuerte y sabrosa impregnación local.

6 de noviembre de 1977

La ciudad sin agua desde hace cuatro días. Un motín de protesta en el [barrio] “23 de enero” concluyó con dos abaleados y muertos por la policía, criaturas de 13 y 10 años, otro ejemplo de la brutalidad de la represión por los cuerpos de seguridad, que en este año ha arreciado como forma de

contener el malestar popular. Es insólito: los millones del petróleo no alcanzan a solucionar las urgentes necesidades populares, pues la incompetencia, el despilfarro y la rapaz especulación burguesa se suman a las dificultades de una infraestructura económica y de servicios enteramente obsoleta que no puede adecuarse (falta de planificación, incapacidad, desatención) a las nuevas situaciones del país.

El aparato represivo del estado viene de su conformación bajo Pérez Jiménez que no se modificó sustancialmente en el período betancourista de lucha contra la guerrilla de izquierda: actúa salvajemente, confiado en su impunidad, y aunque el gobierno ha tratado de embridar esa fuerza para mejor manejarla, la sensación que se tiene es de que sigue operando libremente.

En este último año la inquietud social ha crecido: huelgas, protestas populares, nuevos alzamientos guerrilleros (en Anzoátegui sobre todo) y un clima de inseguridad urbana acrecentado. Las raíces son evidentes: basta alzar los ojos hacia los rancheríos de los cerros (donde vive casi la mitad de la población de Caracas) para divisarlas, pero el gobierno continúa con la confianza puesta, por un lado en un desarrollo burgués de largo alcance que provea de trabajo y disciplina, por el otro en el terror de una represión que deja muertos prácticamente todas las semanas.

Continúa la infausta polémica, Ludovico Silva ataca ahora a Vásquez¹¹², desafiándolo a que pruebe que sus libros han sido plagiados y de paso haciendo una oración "pro domo sua" respecto a sus títulos, notas, venta de libros, premios. Vásquez contesta despectivamente negándose a hacerlo. Me entero de que Luis A. Crespo ha rechazado la publicación en el *Papel Literario* de *El Nacional* de un artículo-carta de Ludovico a Orlando Araujo. Mario Szichman¹¹³ se burla de Ludovico y Orlando en su anónima columna "Textos subrayados" y otra vez apedrea con tozudez a su enemigo-obsesión, Tomás Eloy Martínez. Curiosa pelea de argentinos en el exterior cuyas raíces son anteriores a los problemas aquí surgidos.

La ronda de los extranjeros. Cenamos el viernes con los DeTiniecki, encantadores polacos (excelente grabador él, restauradora, impulsiva y generosa ella) que desde hace años residen en Caracas, casi oscuramente, casi aislados, ganándose la vida, educando un hijo, enviando ayuda al padre en Varsovia, haciendo sus obras, trabajando ambos en una irreal Universidad (Simón Rodríguez) que al menos los provee de un taller de grabado donde

él trabaja. Económicamente nunca han estado mejor pero esa soledad cultural en que aquí viven, asusta.

Cenamos el sábado en casa de los Sadowski. Gran *open house* con motivo de sus cuarenta años de casados: decenas de argentinos que intercambian sus problemas de adaptación, sus críticas, sus vicisitudes. Un especialista en biología marina (no retuve el nombre) me cuenta de su vida en la Isla Margarita, en lo que llama una isla dentro de una isla: el Instituto universitario en que trabaja. Salir de él es entrar a un mundo ajeno e incomprensible: el del mercado persa de la zona franca de Margarita.

Almuerzo el viernes con Tomás Eloy y Mariano Aguirre para que estudiemos el proyecto de un número de *Nueva Sociedad* que les propuse a los alemanes sobre la situación de los escritores latinoamericanos. En un determinado momento, como si fuera una fatalidad, surge el tema: Tomás Eloy Martínez no puede firmar un reportaje ni cumplir tareas periodísticas porque el Colegio de Periodistas de Venezuela no se lo permite y se está apelando a un complicado sistema de compartimentación del diario, para que pueda ocuparse de la Página de Arte. Mariano cuenta que sólo la protección de Virginia Betancourt¹¹⁴ y el empeinado trabajo que realizan salva al grupo chileno alojado en la Biblioteca Nacional. Yo cuento mis vicisitudes para encontrar personal venezolano responsable para la Ayacucho, tratando de no tener que emplear a los extranjeros que la Comisión ve con malos ojos, y mi fracaso. Es un disco rayado.

Inseguridad. La sucesión de proyectos alternativos para el año próximo ya alcanza un clima alucinatorio. Sensación —de pronto— de estar en el error, caminando hacia el vacío y a la vez oscura sensación de felicidad que me inunda pensando que no estaré atado a la rueda que muele y pulveriza mis días. Tengo esperanzas puestas en los veinte días que proyectamos pasar en Barcelona a fin de año comenzando a instalar nuestro apartamento-refugio.

7 de noviembre de 1977

La gota diaria de acíbar: en la revista *Imagen* que publica casi secretamente el Conac, se reseñan las revistas que aparecen en Venezuela, omitiéndose a *Escritura*¹¹⁵ y agregando que el *Papel literario* de *El Nacional* ha descendido de calidad desde que publica colaboraciones del cono sur, es decir las nuestras, las mías. Por un lado no existo, por el otro existo para la denigración intelectual. Y esto es la obra del Sr. Pedro Francisco Lizardo, que dirige

Imagen gracias al reparto de prebendas oficiales, pues es bastante difícil rastrear sus contribuciones a las letras.

Trabajo duramente hasta las cuatro de la tarde en la Biblioteca Ayacucho. Cuando salgo, atravesando la ya desierta editorial, encuentro el tránsito espeso de esa hora y pongo para llegar a casa una hora entera, navegando entre un mar de carros que se mueven como tortugas. La resignación de todos es asombrosa: avanzan un metro, se detienen, esperan, avanzan otro metro y vuelven a pararse. El automóvil transformado en instrumento de tortura. Igual o peor tortura los autobuses que avanzan al mismo ritmo en el marasmo generalizado del tránsito.

Leo con interés a Pedro Emilio Coll¹¹⁶: me gusta su equilibrio y aun su circumspecta ironía. Es un producto de la cultura, revelador del buen nivel novecentista: sus lecturas de los franceses de la época (Renán, los hermanos Goncourt, Zola, los decadentes) alternan bien con las estampas de sus contemporáneos. No tiene acidez, sino curiosidad y un reconfortante y cauto interés cultural. Excelente ensayo sobre él de Insausti; prologando la vieja edición antológica.

Me abismo en las seriales de televisión de procedencia norteamericana, como en un crucigrama de fácil resolución. Voy siguiendo sus procedimientos, sus tipificaciones, las secuencias de acción, los previsibles escenarios, las valoraciones de hechos y personas, haciendo una lectura atenta (y cómoda) de quienes los producen, por qué y para qué. Las variaciones operadas sobre el modelo de hace una década, ilustran la progresión de los nuevos valores y concepciones del ciudadano medio norteamericano al cual van dirigidas: son todas detectivescas, previsiblemente financiadas por los organismos oficiales (FBI, CIA, Policía, etc.) pero ya manejan con naturalidad al policía corrupto, al comisario del "middle west" vendido al capitalista de la región, a los jóvenes héroes sin uniforme que enamoran muchachas ofrecidas, y tampoco temen mostrar relaciones homosexuales (de mujeres y hombres) o las trapisondas y crímenes de los gerentes de grandes compañías. La única limitación rígida es el individualismo: todas son acciones personales que se explican por razones también personales, y nunca establecen vinculación con el grupo social como su manifestación. De ahí que no haya nunca huelgas obreras, manifestaciones políticas (salvo de los vilipendiados izquierdistas) ni agrupaciones para defender intereses colectivos. Todo funciona de

individuo a individuo y por razones privadas. Eso mismo ha llevado a construir prototipos infinitamente repetidos, como el sádico-asesino, pues en un esquema donde no operan los intereses grupales, la acción debe concederse a una violación de la norma social sólo concebible (aceptable a la vez que condenable) en el irregular, el anormal, que no puede ser la pauta de un comportamiento colectivo.

Viéndolas, se piensa que así fueron fabricadas las explicaciones oficiales para los asesinatos de los Kennedy o de Martin Luther King, como seriales de televisión para el consumidor medio acostumbrado a estas coordenadas. Es obvio que en los niveles políticos estas explicaciones no funcionaban, pero hubo un tácito acuerdo con los políticos burgueses para no alterar el sistema de adiestramiento y de convicción de las masas, regido por estos productos de los "mass-media".

Viendo las seriales trabajo suavemente en una doble lectura: la del receptor de estos mensajes y la de sus productores, desentrañando su habilidad para componerlos, reactualizando sin cesar los temas, aun los más osados, a la vez que conservando rígidamente los sistemas de adiestramiento y persuasión que pertenecen a la ideología dirigente.

Creo que me place escribir en esta libreta por la simple razón de que no tengo con quién hablar. Monologo los temas para los cuales no puedo conseguir un diálogo satisfactorio. Hace tiempo que mantengo comercio social, pero no intelectual como a mí me gusta y entusiasma.

11 de noviembre de 1977

Tal como lo había previsto, me llama Tomás Eloy [Martínez] (el director del *Papel Literario*, Luis A. Crespo, no se atrevió a hacerlo) para decirme que pasado mañana, en la edición dominical, saldrá un artículo contra el mío de Senghor, por otro integrante de la República del Este y de lo que María Fernanda [Palacios] con gracia llama "la piscina de los Otero Silva"¹¹⁷ (un tal Osvaldo Barreto, que es la garrulería revolucionaria de los bares, prototipizada). Parte de la campaña de los bares de Sabana Grande contra nosotros, la cual tiene el tácito apoyo de los señores económicos-culturales del país que no descenderían a ella pero la toleran o la propician movilizándolo a sus servidores. Lo corroboraría la noticia que me agrega Tomás acerca de que el cargo que dejó en el *Papel Literario*, para el cual fue propuesto Hugo García Robles¹¹⁸, no será llenado con éste porque el director del diario entiende que "no se puede dejar la cultura nacional en manos de extranjeros",

frase reveladora: 1) de la estrecha y casi folklórica concepción de la cultura que maneja, de un nacionalismo defensivo y retardatario que no se atreve a apropiarse de la cultura universal como en otras regiones; 2) del retroceso respecto a anteriores posiciones, dado que por año y medio ocupó ese cargo Tomás Eloy, un argentino, y ya no lo puede ocupar García Robles, un uruguayo; 3) del crecimiento de la agresividad del grupo intelectual formado por los borrachitos del CONAC, quienes se sienten en la inseguridad y el temor a ser desplazados.

Lo ocurrido con el "plagio" de Ludovico Silva lo corrobora: a los artículos de él y de Orlando Araujo, ha seguido otro de Alexis Márquez¹¹⁹ —elogiando un viejo libro de Ludovico— y la incorporación de Ludovico a la página del director de *El Nacional* en otro artículo lamentable hablando de sus éxitos, sus ventas y la envidia de los colegas por su gloria. Todo el equipo se ha movido para defenderlo —y de un demostrado plagio!— pasando por encima de la acusación concreta para hacer de él un mártir de la izquierda atacado por la derecha. Un espectáculo grotesco y penoso. Ese reagrupamiento militante es el origen de esta respuesta —que no he visto pues ni siquiera me ha sido comunicada como si yo no fuera el colaborador del diario— y de las acciones que contra Marta capitanea en el Instituto de Arte de la Universidad el mismo Barreto, buscando sostener la infinita incompetencia de su director, Enrique Izaguirre, miembro del mismo clan.

Como todos los humanos —creo— aunque posiblemente con más amplitud, acostumbro a sostener diálogos imaginarios, esos que Unamuno designó felizmente como "monodialogos": conversaciones con personas concretas sobre temas concretos que se rehacen una y diez veces como el original de un ensayo para ir perfeccionándolas. A veces preparan diálogos futuros reales, otras perfeccionan y enmiendan diálogos pasados también reales, pero la mayor parte de las veces construyen debates sobre temas conflictivos o mal planteados o suspendidos o cargados de equívocos que conviene disolver. A veces pueden ser agotadores y creo que uso la televisión para arrancarme de este trabajo mental abusivo.

Y bien: he descubierto últimamente que todos mis "monodialogos imaginarios" son defensivos: invento preguntas, acusaciones, tergiversaciones contra mí y voy montando un ensayo de justificación probando inocencia y buenas intenciones. A lo largo de él es frecuente que concluya en la agresión (por carga y satanización ante las acusaciones) pero la mayoría de las veces procuro simplemente probar de un modo racional y fehaciente que actuó

con buena voluntad y con un propósito solidario y constructivo. En esos monodialogos estoy situado, siempre solo, en el banquillo de los acusados y contra mí hay una legión rabiosa.

Buen índice de lo que está pasando en esta ciudad y otro elemento que fortalece el proyecto de Marta de irnos, convencidos de que ya nada podremos en el campo de una acción cultural en que somos progresivamente acorralados para que no podamos comunicarnos.

Grave sería que perdiera mi lucidez y deviniera uno de esos personajes quiroguianos que se sienten perseguidos y actúan en una soledad enrarecida que concluye entregándolos a las neurosis que la imaginación fragua. Constante esfuerzo de objetividad en estos días para reprimir toda deformación subjetivista que enturbie la apreciación correcta de la situación. Una tarea esforzada y fatigante de la razón, peligrosa también, si no se abre al diálogo real con los otros.

14 de noviembre de 1977, Lunes

Festejamos el cumpleaños de Claudio yéndonos todos a un buen restaurant a cenar. Claudio trae un amigo suyo que muy pronto se emborracha y nos arruina la noche con una incesante narración de los seres "muy humanos" que conoció en su vida y que a través de su información emotiva son, visiblemente, unos seres vulgares y pueblerinos capaces de groserías o confidencias que rompen las formas más ceremoniosas o convencionales del trato: un profesor de literatura que les decía versos —que aún recuerda de memoria— sobre los pendejos de las mujeres o sobre las hembras "catiras"¹²⁰ en la cama; un militar que se emborrachaba; su padre diciéndole que tiene una vaca artista porque con música da más leche. A pesar del fastidio concluyo fascinado componiendo con todos estos ejemplos su candoroso ideal de lo humano.

Artículo de Barreto sobre el mío: el jefe revolucionario que me reprende y señala a la vindicta pública porque no soy suficiente revolucionario al escribir de Senghor. Es oír con tono adusto y en hombre ya mayor, los razonamientos esquemáticos que hacíamos y hacen los estudiantes. Más que enojarme me deprime, porque no puedo dejarlo pasar dada sus groseras inexactitudes y acusaciones, y el trabajo que deberé tomarme en esta semana ya cargada para hacerlo, me abruma.

Me recuerdan que era o sigue siendo el amante de Mariana Otero, la hija del propietario del diario (Miguel Otero Silva) de modo que las

complicaciones, en ese nuevo frente, no hacen sino comenzar. Suspiro pensando en Barcelona y nuestro proyectado viaje.

En esa Escuela de Letras donde todo se sabe y se murmura, me dicen que el nuevo representante de los estudiantes ha anunciado su lucha frontal contra el Departamento de Literatura Venezolana y Latinoamericana y en especial contra mí como "cerebro de la rosca". Me admiro de mí por haber programado antes mi alejamiento de la Escuela en el año próximo y me apeno por los colegas (sobre todo el director, Luis [Navarrete]), a quienes les esperan platos llenos de cicuta todos los días. Confieso que no puedo entender, por más esfuerzos racionales que hago, el funcionamiento de estas cabecitas de ultras. Y me desalienta, por ser un racional confiado en la buena fe de los hombres, la imposibilidad de sentarme a conversar con ese y otros chicos explicándonos honestamente.

15 de noviembre de 1977

"Tú eres el único uruguayo solar que conozco", dice con su habitual ímpetu Luis Alberto [Crespo]. "Son formales" musito; "no, tristes", me contesta y evoca algunos nombres. Sí, en general tristes o, como decíamos antaño al discutir estos asuntos en la literatura, "grises" y aun algo desabridos. Es lo que captó Benedetti en su literatura, pero siempre he insistido en que es un rasgo epocal (histórico) y no consustancial: pienso en el suntuoso modernismo o en el desafortado siglo XIX.

Y aunque yo pueda parecer distinto por un ansia de júbilo más que uno verdadero, que a veces me posee, también yo amo las cosas tristes, grises, destartaladas, ásperas. De muchacho, en París, tenía en la pared aquella tapa para el libro de Jean Rictus, *Les soliloques du pauvre* (aunque también colgaba del muro, ahora que me acuerdo, el "Guidoriccio da Fogliano alla bataglia di Messina" de Simone Martini), en Montevideo tuve por años una foto de Isabel Gilbert¹²¹ representando un conventillo de la ciudad vieja, ahora codicio los dibujos de los caleños Aztudillo y sobre todo Oscar Muñoz con sus interiores desolados de casas de vecindad. Y en aquel año de mi divorcio, creo que Claudio y Amparo asistían con desconsuelo al paseo vespertino en el carrito por los arrabales de la ciudad, calles con alambradas cubiertas de enredaderas, muros desnudos de fábricas vacías, hileras de casitas modestas con baldíos y basura y perros y niños, bares como pulperías, depósitos, malecones, empedrados con pasto rebelde en las junturas, inmensos cielos que se abalanzan.

Es, quizás, la nostalgia del barrio de la infancia cuyos sabores han quedado depositados en el alma, la vida entre proletaria y pequeño burguesa en que tantos hemos ido modelándonos al rescoldo de su calor vivificante. Y aún más atrás, los orígenes gallegos campesinos o italianos, campesinos y proletarios, o los centroeuropeos del casi ghetto pobretón. Siento que sigo quemándome en ese antiguo fuego, amando los sabores humildes, entristeciéndome para que ellos se atrevan a impregnarme y darme nueva vida recoleta.

El día pasa en idas y venidas, en gestiones, trámites, cartas (¡cuántas escribo!), conversaciones de oficina, órdenes, solución de problemas minúsculos: la vida se hace superficial, enajenada, y se actúa como una simple polea de una maquinaria que se despersonaliza. Y uno es nada, aunque siga pareciendo vivo.

El retorno es lento, despacioso y entreverado, como volviendo del sueño pesadillesco y se entra a un prado por el que uno adelanta tambaleándose, tímido para dar pasos en esta vastedad luminosa (y riesgosa).

25 de noviembre de 1977

Devorado por los pequeños asuntos de todos los días: clases, reuniones de la Escuela, gestiones de la Biblioteca, todo complicado con la polémica en que he debido entrar con Barreto¹²². Es algo indecorosa porque no sabe mucho, se maneja con latiguillos oratorios y en una típica operación provinciana, una vez que le contesté, trata de constituirse en el mártir nacional atacado por el extranjero. Todo menor, sin pasión ni plenitud, en estos días en que dejé mi libreta. Soñando con la escapada a Barcelona fijada para el 15 de diciembre y a la vez escarbando los bolsillos para conseguir dinero para nuestra instalación futura: Marta está vendiendo los grabados y cuadros que había ido juntando en estos años y yo expurgo la biblioteca para ver de vender un buen lote de libros. Hacemos números una y otra vez, como si en esas simples operaciones aritméticas pudieran crecer mágicamente y calcularnos entradas futuras. Nos ha entrado una urgencia por salir, no sé adónde, pero al menos cambiar de una situación que se ha tornado ahogante.

Carta de Raimundo Lida¹²³: tiene un cáncer a los ganglios que no es operable. Me sentí muy mal. Siempre he admirado su sensibilidad y su rigor, a pesar de no habernos tratado mucho. Su entereza en esta carta me ha llenado de admiración. Algo hay allí de esa aristocracia argentina de la

inteligencia. Le he escrito, torpemente. ¿De qué hablar en estas ocasiones? Me siento como cuando la muerte de Carlitos Real [de Azúa]¹²⁴, con la sensación de que me desnudan y disminuyen, que es a mí que me quitan algo constitutivo que no me gusta perder.

Asombrado de la gentileza para conmigo de profesores lejanos a quienes pedí cartas para La Jolla —tal como Joe me solicitó— y me envían cordiales mensajes: Enrique Anderson Imbert, Giuseppe Bellini, Halperin Donghi, Iván Schulman¹²⁵. Es difícil, sobre todo para mí, verme desde fuera, saber quién soy para los demás. Pero parto siempre de una desvalorización interior de modo que toda atención me sorprende y me llena de confusión.

Amparo recibió su título de arquitecto en una ceremonia solemne en el aula magna, con togas, birretes y demás parafernalia. Estaba confusa y feliz, y al salir me entregó el título con un aire triunfal de quien ha cumplido brillantemente los cien metros y ofrenda su galardón. Claudio, como un chico alegre, tomaba fotos de todos nosotros. Una juega general compartida con los padres, hermanos y parientes de otros seiscientos egresados universitarios. Sensación de haber llegado a algo, de verla más asegurada —al menos exteriormente— con su título, sus mejores entradas económicas, su traslado con una amiga a un departamento grande, dejándole el otro a Claudio, su proyecto de comprarse un pequeño estudio. Pero su vida afectiva es la que sigue trabada: ¡cuánto desearía que encontrara un buen compañero! Es por momentos muy mujer y otras, muchas veces, una niña necesitada de amparo, una niña perdida en el mundo. Y no sé qué puedo hacer yo por todo eso. No creo haber sido un padre ejemplar, tan absorto siempre en mis sueños y trabajos, pero sé cuánto la quiero y hasta cuánto la sufro interiormente cuando la veo sufrir. Con Claudio es distinto: es, ahora, un compañerismo alegre que me reconforta. Él es un lírico, a pesar de su sociología y su economía, una criatura musical, bien templada, generosa de corazón. Alegra la vida de cualquiera y hará bien su camino, tengo confianza.

7 de diciembre de 1977

Tenazmente mi perseguidor ha logrado reabrir una discusión cerrada por el *Papel Literario* y con la evidente protección de la familia Otero Silva publica una diatriba personal en que lo más delicado que me dice es que deben encerrarme en un manicomio como a un loco furioso.

Contesto saliendo de las minucias que ya carecen de toda significación (nadie sabe, ni a nadie le importa a esta altura lo que se está discutiendo) y

del nivel personalista a que ha derivado, para tratar de los móviles que están detrás de estos ataques, pues por encima de los rencores o envidias circunstanciales está la exasperación que al país le provoca la presencia de los extranjeros, exacerbada por la propuesta enmienda de Acción Democrática para concederles derechos políticos a los naturalizados (hasta ahora podían ser electores pero no elegibles) que ha desencadenado, incluso en filas de la izquierda, las declaraciones más insólitas y enconadas.

Se me ocurre que revivo una situación que quizás vivieran mis padres allá por 1910, aunque ya en mi infancia no existían. Benito Milla¹²⁶ que me llama para darme su apoyo lo corrobora, recordando que cuando llegó a Uruguay después de la guerra se incorporó a los grupos anarquistas opinando sobre el país y sus problemas sin que nadie lo considerara extranjero. Decido contestar por lo alto, en mi condición de inmigrante, cerrando este infausto episodio. Si entiendo que a mi perseguidor le sirva para conferirse status de intelectual y descargar su encono resentido, no entiendo en cambio la actitud de los Otero Silva que se decían amigos y me temo hayan caído en la onda xenófoba.

Marta, furiosa, les remite una carta-renuncia tajante de las suyas. Si yo he llegado a ver colmada mi paciencia, ella ha resuelto no tolerar ningún agravio o insolencia y estar clara y en paz con su conciencia. Fue inútil intentar disuadirla. Se encuentra en esa inminencia de partida que torna fútiles las consideraciones con un medio hostil y actúa diciendo, alegremente, su verdad.

Creo que tiene razón en cuanto que parece cerrado nuestro ciclo venezolano: la aspereza que hoy se vive —que hoy vivimos— no tiene comparación con nuestra situación en 1972. Para corregir el posible subjetivismo de nuestra visión, no son de mucha ayuda otros amigos extranjeros: todos viven una situación parecida. Equilibradamente, con respeto para ambas partes, que es obvio que deben reconciliarse, trato de escribir mi último artículo para *El Nacional*.

12 de diciembre de 1977

Insólita invitación a cenar por parte de Sofía Imbert y Carlos Rangel, interesados en obtener nuestra colaboración para *El Universal* y su revista *Auténtico*. Todo queda pendiente para ser considerado a nuestra vuelta. (Ni Marta ni yo recibimos la menor llamada de los Otero Silva inquiriendo por nuestro alejamiento: se nos hace evidente que era esto lo que querían). Su diario sigue publicando notas contra los extranjeros, una increíble de Sanoja

(Poleo) con un cuestionario sobre conocimientos del país y otra con firma femenina, me dicen que del propio Miguel Otero, sobre "El gabinete de Hans Neumann", en tanto que los italianos publican grandes avisos sin firma pidiendo que todos los venezolanos sean de primera y que no se los divida en clases diferentes, primera y segunda.

Sofía y Carlos nos cuentan de los editoriales que han escrito a favor de la enmienda y nos transmiten reacciones dentro de las filas de Acción Democrática, consternada por la furia opositora desencadenada, resolviendo echar marcha atrás y congelar u olvidar la propuesta. Carlos concluye a la inglesa: "Hay más votos en contra, eso es lo que han descubierto".

Sorprendido siempre de la relación de Sofía con Marta: hay admiración, respeto y al mismo tiempo un sentimiento de conveniencia o de aprovechamiento. La querría de su lado en la misma trinchera, como su portaestandarte. Pero la recela.

13 de diciembre de 1977

Problemas en la Escuela respecto a mi pedido de que me dejen tres meses libres desde 1/abril. Desencuentros y temores, más que mala voluntad. Los estudiantes están dispuestos a acompañarme en un seminario libre de investigación sobre la cultura de la independencia que me será útil a mí pensando en el libro futuro que programo sobre el pensamiento latinoamericano y a ellos les servirá para entrenarse en investigación y crítica.

14 de diciembre de 1977

Cenamos en casa con Rafael [Di Prisco] (ya inminente decano) y Vilma [Vargas]: larga conversación sobre la futura Facultad.

No hay duda de que hará un decanato brillante: tiene sobrada capacidad administrativa, ha conquistado al profesorado y está resuelto a dejar recuerdo de sí en estos tres años próximos que serán los últimos suyos en la Universidad.

Preocupado de nuestro posible alejamiento, sobre todo el de Marta, con quien cuenta para enderezar el caos de la proyectada Escuela de Arte que ha tenido infausto comienzo por las personas a quienes recurrió Chirinos, el actual decano. Conmigo quiere contar para un centro interdisciplinario de estudios latinoamericanos que proyecta. Nos agarra en un momento de desaliento, con malas experiencias universitarias. Los proyectos son excelentes, pero ambos dudamos de que pueda llevarlos adelante con el material humano y la situación de la Facultad. En el típico régimen pactista

universitario, todo buen proyecto se va desfibrando y mediocrizando a lo largo de su realización concreta.

Barcelona

17 de diciembre de 1977

Fatigoso viaje en un avión atestado: al día siguiente nos dormíamos de pie en todo momento, mientras desfilaban sucesos: encuentro con Carlos [Rama] y Judith y mala noticia del internamiento de ella mañana en un hospital con la posible ablación de un seno por un cáncer de mama; visita al apartamentito de Marta en plena construcción y evaluación de gastos, bastante mayores de los previstos; caminatas agotadoras por la ciudad con la sorpresa de estar en eso, en una ciudad, después de tanto tiempo en el desbarajuste de Caracas; redescubrimiento de la lectura al llegar al atardecer al hotel sin la trampa del televisor. Todo en el final de la confusión somnolienta.

Es este un universo afín; no somos parte de él pero en él cabemos como prójimos. Es el universo del trabajo metódico, del ordenamiento de la vida y de la razón, de la creencia en los sistemas de valores que fortifican al hombre. Es también el universo de la burguesía consciente de su misión, pero dentro de él un proletariado de luchas y claridad de objetivos que ha venido conquistando la dimensión humana de la sociedad y quizás ambos se han visto resguardados por la común demanda a favor de su cultura regional.

Marta es feliz aquí: resplandece dentro de la ciudad, hace suyo ese ritmo y detecta su jocundia. Vuelve a vivir. Yo voy como dentro de un sueño vagoroso.

Lectura de los libros sobre el conflicto eurocomunista: J. Semprún y Fernando Claudín¹²⁷. Sensación inquietante de cómo se queda atrás América Latina en un momento clave de revaloración del marxismo y de defensa de su democratismo raigal y percepción del vínculo entre este pensamiento renovado y los niveles más altos del desarrollo económico de los regímenes capitalistas que no son, obviamente, los de nuestros países.

20 de diciembre de 1977

Concluyo [el libro de Gerald] Brenan (*Memorial Record*) que leo a grandes sorbos, sin perder nunca el interés. Consigue que no sean las grandes figuras las que interesan, sino su vida privada, su percepción de los seres humanos y

su propio vivir en sus formas más privadas: la historia de sus amores con la Carrington, con las muchachas de la calle, con Gamel o los personajes anónimos de Andalucía o de Málaga durante la guerra. Es el mejor sabor de la narrativa inglesa y con sus maneras educadas para apresar lo único e individual, pero la mayor atracción es el personaje narrador que se construye a través de las historias de otros, captado en una interioridad veraz y nada estentórea en su confesionalismo. Es esa nota la que lo distingue del grupo de Bloomsbury, aunque educado como sus integrantes tiene el buen gusto aristocrático de disimular su cultura y mostrarse como un ser humano débil, sensible, confuso, ardiente.

Sigo sin ver Barcelona ni tomar contacto con su gente. Continúo en Caracas y rehago los debates, amarguras y tensiones de las últimas semanas. Marta no lo comprende; cortó los puentes al tomar el avión. Yo rehago mi sufrimiento, me excuso, me explico, ataco, me vengo, en un vértigo mental. Estoy satanizado por el medio y sigo acosado.

22 de diciembre de 1977

Llevo el diario como una voluntariosa imposición, pues actualmente no me interesa, atraído por otros temas de la ciudad y por mis lecturas. Y también porque no estoy de humor para un registro de este tipo. Marta se fatiga en la construcción de su departamento: es un proyecto descolocado, pues exigirá más dinero del que tenemos y, sobre todo, una constante atención personal que es imposible desde Caracas. En los hechos se trata de una construcción completa y luego la instalación de una casa entera, lo que calculo concluirá superando los cuarenta mil dólares. Pero más grave es que todo eso exige la presencia del dueño y en estos días de fiesta es poco lo que Marta puede hacer para obtener que albañiles, pintores y carpinteros adelanten el trabajo.

23 de diciembre de 1977

Llega Fernandito [Zalamea], tan vivo y ardiente como siempre, tan lleno de alegría y amor por su madre. Feliz en su Niza, en su vida independiente de universitario con estudio propio, en sus matemáticas y en su música que lo acompaña y rodea como un halo. Debajo de sus maneras suaves y tranquilas, todo el furor jubiloso de la juventud. Marta y él se entienden como una pareja de chicos en vacaciones. Lateralmente participo de su juego bullicioso. Pero el sólo verlo me hace feliz.

Judith aliviada de la amenaza: no tiene nada y se reintegra a su casa. El tiempo de Barcelona ha sido bueno para el matrimonio: Carlos la atiende más y la necesita. Más fácil llegar a ella que a él. Los caminos interiores de Carlos siguen siendo confusos, enredados y oscuros para él mismo. "¡Es tan inmaduro, emocionalmente!", me había dicho su hijo. Encuentro dificultad para el contacto y hasta siento que no le gusta la idea de que vengamos a Barcelona. Desde luego, ni una palabra sobre mis actividades, trabajos, proyectos. Yo mismo callo todo lo que podría molestarle creándole sensación de competencia o de éxitos ajenos: sólo hablo de infortunios propios y de sus buenas tareas. Dolorosamente para él casi no ve sus triunfos y padece por los que sí ve en otros, a veces bien escasos o pobretones. Y percibo que no le gusta que yo pueda ingresar a un círculo que ha ido cultivando, como si temiera que lo desalojara. Sólo puede querer y darse si es él, el primogénito, quien dirige, proporciona, ayuda y orienta. Desde esa posición su afectividad —¡tan rica!— puede fluir; de otro modo refluye y lo envenena.

Decepcionante lectura del último Cortázar: *Alguien que anda por ahí*. Silva de varia lección, con viejos textos no logrados, con notas ocasionales de cumplimiento —Solentiname, Cuba, Jacobo Borges— que ya transportan una cosmética amanerada (quiero decir: en donde su manierismo se vuelve cosmética), y "remakes" de historias que hizo con más verdad y tensión. Vuelve a notársele "el estilo" contra el cual tanto combatió y se abandona a sus propios "poncifs". Pero de pronto un cuento que viene de *Bestiario* ("En nombre de Bobby") y aunque mal rematado lleva una carga ominosa que es fuerte y enciende la escritura, o una buena historia ("Las caras de la medalla") que a pesar de las afectaciones de la escritura transmite una experiencia veraz y crea imágenes persuasivas, permiten recobrar al maestro.

Leo en este libro que está mal, él, personalmente, como ablandado, en un momento de confusión que lo es por conformista, cuando en cambio sus mejores virtudes literarias nacieron del rigor y de la exigencia. Extraviado en esta nueva situación que no parece interpretar con lucidez y en la que sólo intenta sobrevivir acumulando ejemplos de sus variados temas como para cubrir a la vez todas las demandas y evitar las oposiciones. Es lo que traducen también sus cartas a todos los corresponsales posibles, que ofician como los prólogos de los maestros modernistas y vanguardistas extendiendo indiscriminadas bendiciones. Operaciones defensivas en el fondo, testimonios de debilidad.

25 de diciembre de 1977

Paseo somnoliento por la ciudad. En el barrio gótico, frente a la catedral, viejos, jóvenes y aun niños, trenzan las rondas de la sardana al son de una banda que resopla desde las escaleras de la iglesia. Conservar, vivas, danzas folklóricas colectivas, y bailarlas espontáneamente, es una hazaña de la cultura catalana que evidencia la fuerza de su pasado, supervivencia bajo la cobertura industrial y comercial, y la confiada fe de sus hombres en su propia historia.

La misma sensación dentro de la catedral repleta, mientras se celebraba la misa: la presencia de la historia milenaria componiendo un producto cultural rico y hondo que aún alienta vivo. Y es explicable. Ninguna de las formas colectivas creadas por estos dos últimos siglos de la gran mutación, puede compararse con esta que deparó el cristianismo-catolicismo de la mediterraneidad. Todo el socialismo no ha logrado aún (y es difícil que nunca logre) un hecho cultural como es la religión que dio este rito, esta historia, este mito, esta catedral, estos santos, este lenguaje sobre la vida humana, esta comunión de los hombres. Visiblemente, más que una revelación súbita y única, la paciente actividad de sucesivas generaciones a lo largo de una historia compartida, absorbiendo las necesidades humanas e interpretándolas simbólicamente.

Pero el diario no ha nacido porque sí en mi vida en estos años: voy entrando dentro; y no es el cambio de medio y sus hostilidades, sino la tatea del tiempo que me lleva a un ámbito interior para el que he sido tantas veces sordo y me propone su calma y la sedimentación del vivir.

26 de diciembre de 1977

Pánico en las editoriales españolas ante las actuales dificultades económicas del país: todas han recortado sus planes para el año próximo e incluso Siglo XXI suspenderá por seis meses toda nueva producción. Son datos de Tusquets, Salinas, Castellet¹²⁸, quienes pilotean barcas endebles, pero también los grandes —Planeta, Bruguera— están reduciendo personal y disminuyendo la producción de sus colecciones poco redituables. Nuestro plan de coedición española para los títulos de la Biblioteca Ayacucho encuentra timidez o desestimiento. En esta semana deberé completar la recorrida, pero sin mucha confianza en los resultados. Sigue sin aparecer la novela¹²⁹ de Marta (en Planeta) que tiene ya un año de retraso: situación incómoda del escritor, como un embarazo prolongado monstruosamente. Ahora la anuncian para enero pero ya no podemos creer en estos anuncios.

En casa de Jorge Edwards para una reunión tediosa, donde los repentinos silencios sembraban la alarma. La misma impresión de siempre con él: tanto ha reprimido, en el estilo aristocrático y diplomático, sus emociones y sus opiniones, que ha concluido por no tenerlas, consagrándose a una conversación plana de *cocktail* mundano, intercambiando datos y tramando intereses del momento. La conversación recae forzosamente en Chile, de donde acaba de regresar su mujer, y percibo el suave acercamiento que ya observé en otros chilenos del exilio: comienzan a colaborar en las revistas llamadas de oposición, viajan al país en visitas privadas, gestionan documentos, etc. La fuerza del nacionalismo chileno, quizás, pero también un temperamento provinciano, como en Venezuela, que más allá de los enfrentamientos políticos, conserva una red de relaciones personales cordiales gracias a la cual se restañan las comunicaciones y se atemperan las discordias; claro está que en el nivel de la burguesía, más que en el proletario, pues ella ha sido la espina dorsal de la evolución histórica del país.

Acaba de concluir una nueva novela¹³⁰ que quizás diga todo eso, pues recorre a un grupo amigo desde 1948 hasta octubre de 1973, cubriendo por lo tanto el agitado período de cambio con la democracia cristiana y el gobierno de Allende. Quedamos en encontrarnos para hablar de ella: por sus reticentes informaciones creo que se sitúa en el cauce de *Persona non grata*¹³¹.

Le pregunto por Pepe Donoso: ha viajado a Chile con su mujer en una visita privada. Me agrega noticias muy críticas sobre Germán Marín, otro chileno que está en Labor y cuyos servicios a la patronal le han merecido el título que le han dado los demás empleados de la editorial: el Pinochet de Labor. Me dice que ha recomendado la publicación, en Seix, de un libro de Braulio Arenas, porque no sabía —Edwards— que se había vuelto pinochetista. Todo el tema político es tratado sobre ascuas. Salimos fatigados de esta reunión social cuyo indicador es la ignorancia que dice tener sobre la próxima visita a Barcelona de su íntimo amigo, Mario Vargas [Llosa]. Cuando le decimos que él nos ha comunicado que vendrá y para qué, recuerda repentinamente, en un torpe ejercicio diplomático, que estará en marzo para el álbum de Szyslo¹³² en la Polígrafa.

Leo los cuentos de *Basil y Josephine* de Scott Fitzgerald. Ejercicios menores, por momentos convencionales, sobre el modelo de la "short story" de adolescentes norteamericanos, pero escritos por un gran escritor. Los trucos fáciles corren por los cuentos y el esquema mecánico aflora muchas veces ayudado por el uso de prototipos. Comprendo que se haya resistido a

su publicación, pues revelan las concesiones que puede hacer un escritor de talento, aunque éste es visible en la construcción del personaje Basil y en su universo de emociones y pasiones juveniles dibujado en filigrana.

28 de diciembre de 1977

Encuentro —¿después de cuántos años?— con Homero Alsina Thevenet¹³³, ahora blanco como un Santa Claus, pero con el mismo nervio, presteza y humor. Desde hace año y medio en Barcelona rehaciendo, como desde nivel cero, su prestigio y eficacia de crítico cinematográfico y periodístico que llegó a ser mítico en el Río de la Plata. Golpeado, claro está, pero sin amargura, con fuerza, entero. Acaba de publicar un Chaplin¹³⁴, coincidiendo con el anuncio de su muerte, que he revisado disfrutando de su precisión y de ese modo incisivo y simple de su escritura.

Nos ponemos al día en materia de los "curricula-vitae" respectivos e intercambiamos noticias sobre otros compatriotas de la diáspora: todos sobreviven y se abren camino. "Sigo siendo el individualista" dice, pero compruebo que más teñido políticamente que antes, ampliando su conciencia de típico liberal con una dimensión más social. Reconfortante, como era Carlitos Real [de Azúa], como es Martínez Moreno¹³⁵ quien no me ha llamado, por lo que infiero que no quiere vernos (¿razones políticas o familiares?) en esta situación intermedia en que se encuentra; alejado de Montevideo donde peligraba por la arremetida de los militares contra los abogados y a la vez tentado de volver (allí tiene a su mujer y a su hijita) si se apacigua la situación.

Tediosas conversaciones de negocios con Editorial Lumen (Esther Tusquets) y Libros de Enlace (Rafael Soriano) que concluyen exasperándome: son aficionados (naturalmente desconfiados) más que profesionales de la edición. Hasta ahora no he tenido contacto con figuras que expliquen la fuerza de la industria editorial española o que evoquen el estilo audaz argentino. Son pequeños comerciantes cuidadosos del centavo, muy asustados en este momento. Y muy lentos en la tramitación, caminando sobre pasitos seguros. Las imprentas me parecen más resueltas.

La herencia Ferramonti de Mauro Bolognini, un dramón social del XIX en la pura imitación de la Escuela de Medán, trasuntado en el esteticismo refinadísimo del linaje de Visconti para reconstruir la Roma de 1880. Los personajes, simples y convencionales, se disuelven en la estampa bella y

minuciosa, se funden al contexto y concluyen siendo imágenes como los cacharros; empapelados, carruajes, iglesias. La narración cinematográfica, del mejor nivel, deriva sobre una multitud de actores, que no son los personajes, sino los mil objetos y colores que componen el decorado, a su vez reconstruido sobre la pintura del XIX, mezcla de buena academia y de sobrios "macchiaioli". Ese tejido habla como en una sinfonía, evocando obligadamente a Proust y a todo el decadentismo estético, sostenido por una hilación rígida y racionalizada, como corresponde a un dramón del realismo burgués finisecular.

El disfrute plástico corta el aliento, suspende en el arrobamiento, arrastra el ánimo y lo sumerge en un gozoso fluir, pero al salir de él reparo en sus limitaciones, en el dulzón blando y de corta vida que esconde, y evoco la energía de los cineastas americanos concentrados rudamente en la peripecia humana (que se contrasta con el decorado realista casi sin elaborar) o el lanzazo central de Bergman que se fija sobre un "close-up" de un rostro sin maquillaje.

Es por un lado un estilo italiano que hizo su camino en el teatro antes que en el cine y corresponde al equilibrio entre lo individual y lo social propio de su gran tradición y por otro el esteticismo que inunda esa relación de fuerzas respondiendo también a una tradición centenaria (donde está la pintura, el catolicismo, el populismo, etc.) que ahora parece adecuarse a una sensibilidad burguesa más afinada.

Voracidad de lectura, como si acabara de descubrirla.

Cansado de las caminatas a que no estoy acostumbrado, me tiendo en la cama del hotel: los periódicos son malos, los libros una selva maravillosa. Me siento con energías como para devorar una biblioteca y ya pienso en esa nueva que me he de comprar en España para el nuevo apartamento. Vuelvo de las librerías con cargamentos. Fernandito se abalanza sobre ellos, feliz y codicioso de nuevos libros.

30 de diciembre de 1977

Almorzamos con Carlos Martínez Moreno, a quien ayer encontramos por azar en una librería (a mis espaldas una voz conocida pregunta por el libro de Bataille sobre el mal). Más decidido a quedarse en España después de una llamada telefónica de su mujer que está en Montevideo y que vendría con su hijita en marzo. Cargado del ominoso clima uruguayo, nos cuenta de la muerte de Julio Castro¹³⁶, de la persecución a los abogados, de las mil

sevicias del régimen. Es un chorro furioso de historias mientras come vorazmente y transpira. No está aquí aún: sigue allá debatiéndose y a través de sus cuentos es la razón humana la que está siendo violentada sin cesar, esa razón que a él le confiere fuerza y lo preserva de la desintegración que acecha en estos tiempos caóticos de represión kafkiana. Noticias de escritores: Visca¹³⁷ progresando en el régimen, Etcheverry¹³⁸ trasmutado en obediente ministro, el mismo [Mario] Benedetti, con quien almorzó en Madrid, transformado en funcionario cubano. Las iglesias por doquier y cada vez menos los individuos que piensan. Desdicha general de la América Latina.

La tortura como un incidente cotidiano. Presume que Julio Castro se les murió en esas prácticas: ya a los cinco días de su detención se dijo al abogado y a la mujer que no estaba en ninguna dependencia militar o policial y cuando el Goyo Álvarez¹³⁹ llegó a su nuevo cargo militar (había sido compañero de Julio) y a pedido de ellos hizo la averiguación, se publicó el comunicado irrisorio según el cual Julio había viajado a Buenos Aires dos días antes de la nominación del general Álvarez, quien evidentemente quiso deslindar su responsabilidad en un caso tan atroz. Según Carlitos lo único que querían saber era la complicidad del embajador de México¹⁴⁰ (el anterior que ya no está en el cargo) en el trasiego de correspondencia a opositores (presuntas cartas de Quijano a Julio Castro) no se sabe para qué, si acaso para inculpar al gobierno mexicano de interferencia en asuntos uruguayos.

El horror químicamente puro me lo da mi hermano contándome cómo le entregaron a los familiares, días después de su detención, un ataúd conteniendo el cadáver de la viuda de Soares Netto (una integrante del PC) ordenándoles que no lo abrieran; desoyendo la orden lo hicieron encontrando un cuerpo desfigurado por la tortura. La policía no intervino en esto, dejando la tarea de entregar el cuerpo, a una empresa funeraria.

Otra historia, sobre el plano ridículo, me la cuenta Homero: el buen hombre propuesto para una lista de autoridades del club de fútbol Wanderers que ve su nombre tachado (todas estas listas deben ser revisadas por las autoridades militares, las mismas que deben ser consultadas para toda reunión social en una casa privada: cumpleaños, boda) y recurre al consabido compañero de escuela que es ahora militar encumbrado, pues nunca tuvo actividad política y es un apacible comerciante. Días después su amigo le comunica que está registrado como suscriptor del semanario *El Sol* en 1952, que era una publicación socialista y le pide que no le hable más de un asunto que lo compromete (!).

Carlos Martínez Moreno procura la publicación de un libro de cuentos¹⁴¹ (uno fue premiado en la Universidad de Puebla, México) tropezando con la apatía editorial en tema latinoamericano y el poco entusiasmo que Carmen [Balcells] pone en escritores que no le reditúan buenos dividendos económicos. Critica duramente el último libro¹⁴² de Mario Vargas que considera en un nivel Corín Tellado y que tan por debajo está de su anterior producción. Es la opinión generalizada: le cuento, lo que nos decía Gabo [García Márquez] en Caracas, estimando que Mario ya sólo apostaba al número de ejemplares de la tirada.

Vorazmente, leyendo a grandes bocanadas salteándome las historias colaterales, releo *El conde de Montecristo*. Salvo el capítulo *Pán y sal* que guardaba vívidamente, como si todo fuera nuevo. Aprendo tantas cosas sobre la literatura y la sociedad, tanto del XIX, como de la actual que sigue consumiendo esta obra, que me gustaría leer más de estos folletines del siglo pasado. Como en la herencia Ferramonti, el poder omnímodo del dinero, pero, sólo como origen de los goces de la vida. Jamás se plantea Dantés la reproducción del capital en empresas de trabajo: simplemente le sirve al bien bajo la forma de caridad. El terrible tema de la inoperancia de la Divina Providencia y el esfuerzo por realizar, un hombre, esa tarea abandonada. La pervivencia implacable de la ley del Talió y el goce arrollador de la venganza (que al saciarse genera el vacío máximo del alma) más como proyecto en curso que como consumación, aunque ésta siempre pública, y con firma: Edmundo Dantés da su nombre a la víctima, al concluir. La convivencia de las clases en una sociedad de arribistas donde los presuntos aristócratas eran ayer gente de pueblo. La promiscuidad y al tiempo la consagración de la inocencia y la pureza como valores supremos.

1 de enero de 1978

El año nuevo ha venido: nadie sabe como ha sido. Cenamos con Carlos, Judith, Homero y Eva¹⁴³, más la madre de ésta que me da noticias de Lily¹⁴⁴ en Florencia con su marido y su hijita.

El fin de año con la copa de champán de rigor interrumpe una conversación sobre el proyecto de Homero de una revista literario-cultural (libros, cine, artes, música) para la que me comprometo si vengo en abril a Barcelona. Un modo de restaurar una actitud crítica que no encuentra en las publicaciones españolas. Lo cree posible contando con el viejo equipo uruguayo de los "marchistas". Me pregunto si siguen resultando tan novedosos, si no van quedándose atrás en la problemática actual.

Suena el teléfono: desde Suecia lo llama su hijo Andrés¹⁴⁵ (estuvo un año sin tener noticias suyas, temiendo lo peor todos los días y, repentinamente, hace dos meses, recibió una carta desde Estocolmo adonde había pasado desde Baires como exiliado) y el júbilo salta en su yoz. Cierra los ojos mientras le habla, entregado a su emoción y es simplemente un padre que oye y habla a un hijo querido, recuperado. Eva lagrimea. Es el mejor comienzo del año nuevo.

La visita ritual al apartamento. Marta atiende en régimen de jornalero el trabajo, los proveedores (albañil, electricista, pintor) limpia una y otra vez, revisa el trabajo cumplido, introduce las correcciones y la lleva adelante con su minucioso empeño y responsabilidad. Ferdy y yo la acompañamos, no más yo tratando de ver lo que puede faltar (que ella ahorra) y colaborando en el rascado de celosías que como ya se ve, será nuestra tarea diaria cuando nos instalemos. Despaciosamente el apartamento va adquiriendo forma. Concluirá por ser un sitio grato aunque, visto el plan de cursos en USA, poco utilizable. Como el jardincito del paraíso perdido que uno se prepara para una vida de la que no puede nunca disfrutar.

Cansado del combate en que constante vivo, algo así dice Bécquer en un verso¹⁴⁶; pero yo no sueño en una tumba sino en un apacible hogar con libros y música, sin tener que correr, crear trabajo, deslomarme en mil tareas. Esa es la imagen gratificante que busca construir Marta con su voluntario espíritu y sé que la quiere más para mí que para ella.

3 de enero de 1978

El acuerdo que proyectamos de la Biblioteca Ayacucho con alguna editorial española me ha obligado a conocer por dentro el funcionamiento de las casas de Barcelona, con bastantes sorpresas sobre sistemas de trabajo y en especial de su muy largo tratamiento de los temas. Lo que creí propio de los Tusquets descubro que es generalizado. Por eso la conversación con un chico argentino que tiene un alto cargo en Bruguera (Ricardo Rodrigo) es reconfortante: todo se expone con claridad, se reconocen virtudes y defectos en las partes, se examinan las conveniencias y las desventajas con afán objetivo y con velocidad. Probablemente esta impresión se deba a mi mejor conocimiento de la "gramática" rioplatense y a mi ignorancia de la catalana. Estoy todavía en punto cero y reconozco que mi velocidad para resolver estos asuntos (con su obligada cuota de errores) tropieza con un régimen más cauto, de pequeños pasos seguros, como aquí se estila.

Sigo sin desprenderme de Caracas, aunque ya no me agobia como al principio. Cada día pienso que podría instalarme aquí, como sueña Marta, y sobrevivir. Todo lo que se perdería de nuestra situación económica, se compensaría con un clima infinitamente menos áspero y una posibilidad de comunicación intelectual mayor, adulta y moderna.

Larga conversación con Homero sobre su proyecto de Barcelona Book Review. Puede hacerlo pero me temo que no consiga un equipo al nivel que pretende y en el estilo informativo y crítico que quiere. No sólo porque no conoce el medio intelectual español (cultura que le ha sido siempre ajena) sino también porque está urgido de llevar su proyecto adelante (quizás razones de economía personal) y no puede dedicar tiempo a madurar el proyecto. Como en mis planes futuros no entra una tarea de este tipo como central, sólo puedo prometerle mi colaboración el tiempo -corto- que resida en Barcelona y no esté dictando cursos en Estados Unidos, Venezuela u otros lugares.

Leo despaciosamente pero con interés la novela de Luis Goytisolo, *Los verdes de mayo hasta el mar* (feo título). Salvo los clisés de la novela española de posguerra (los *parties*, el sexo, los intentos superficiales de composición heteróclita) me gusta el realismo acendrado que maneja, su interrogación de las criaturas exasperantes de la tradición familiar y ese clima melancólico y meditativo con que procede a estudiar, casi ensayísticamente, los personajes y sus problemas, los paisajes y la sociedad global. Y me gusta su escritura severa, de ardiente poesía sofrenada, el rigor y la disciplinada estética de su narrar. Aspira a una autenticidad que ennoblece los materiales y que encuentro menos en los libros de Juan [Goytisolo], con quien es fatalmente obligado el cotejo.

6 de enero de 1978

Almorzamos ayer en casa de Carlos [Rama], con Martínez Moreno y la sobremesa se prolonga hasta la noche recayendo obligadamente en el Uruguay. Carlos Martínez Moreno es una portentosa colección de historias a cual más macabra o irracional sobre la represión militar, las que cuenta con toda precisión (fechas, nombres, articulación narrativa) y con una gozosa pasión literaria: son casos del código penal en la boca de un gran penalista, que me hacen pensar en Flaubert y que C. M. M. maneja tanto para informar de la dictadura militar como para construir su literatura.

Lo exhortamos a que se consagre por un año, aquí, a escribir sobre todo ese material. Por su condición de abogado defensor dispone de un material asombroso y de un conocimiento interno de lo ocurrido. Y, cosa que me parece tan importante como eso, de una perspectiva equilibrada, atenta y cordial para sus protagonistas pero a la vez consciente de los errores que permite la mejor restauración de la verdad histórica.

Cuenta una historia que le apasiona, a la que querría consagrar una novela¹⁴⁷, que es la de la estancia Espartaco que les servía de pantalla a los tupas. En ella habían construido un gran refugio (berretín o tatucera) que por azar descubrió un peoncito rural buscando un animal extraviado. La comunidad debate qué hacer con ese pobre muchacho y concluye resolviendo su muerte, para la cual se reclama la presencia de un practicante que viene de Montevideo y que no lo conoce, quien le inyecta pentotal hasta matarlo. Descubiertos posteriormente y torturados, confiesan el hecho e indican dónde fue enterrado y quién lo ejecutó, el que es detenido y condenado. Carlitos evoca el precedente de Sartre (*Les mains sales*) pero yo recuerdo a Dostoiowski (*Los demonios*, *Crimen y castigo*) y en general el drama de los movimientos

revolucionarios debatiendo entre fines y medios (Koestler). Es un tema terrible; ¿en qué consiste una moral revolucionaria y en qué medida la hace, fuera de los precedentes y tradiciones, la circunstancia concreta y límite que se vive, ante la cual la conciencia se opaca por la perspectiva idealista y utópica de los fines?

La tarde angustiosa, a pesar del brío y de la alegría con que Martínez Moreno cuenta, se distiende con la hilarante historia de cómo Mario Arregui¹⁴⁸ se hizo prender después que Gladys Castelvechi¹⁴⁹, su ex mujer, fue detenida por actividades gremiales ilícitas, para ser también preso de la dictadura y reivindicar su calidad de comunista que en el departamento de Flores queda encubierta por la de rico estanciero y de hombre portentosamente cordial y campechano.

Larga atención al proyecto de una *Marcha*¹⁵⁰ en el exilio, que también le interesa al gordo. Le cuento el año entero de tratativas que tuve con Quijano en 1976 para persuadirlo del proyecto; sus reticencias y su situación en México. Él cree que podría convencerlo, pero soy escéptico después de mis diálogos con él y de las objeciones que a la idea formulaban Ardao y Pepe Quijano, el hijo. A los dos Carlos les interesa ese proyecto mucho más que el de la revista de libros que ahora propone Alsina y son conscientes de que Quijano se sentiría fortalecido con nuestro respaldo, mucho más que con la similar propuesta que le hicieron [Carlos María] Gutiérrez, [Mario] Benedetti, [Ernesto] González Bermejo, en carta que don Carlos me mostró en México, dada nuestra mayor afinidad intelectual e ideológica con sus posiciones.

Quizás ya sea tarde para Quijano (tiene 77 años) pero de todos los ex integrantes, sólo Martínez Moreno podría tomar las riendas de una *Marcha* en el exilio, pues a su prestigio y capacidad periodística une un abanico amplio de sectores de opinión que lo respetan: los ultras que antes le eran tan críticos, se han silenciado en vista de su tarea denodada de defensor de presos políticos.

18 de enero de 1978

Tiempo vacío de aeropuerto y yo, hamletianamente, reflexionando sobre mi destino. El apartamento avanzado, Marta queda a cargo de los últimos trabajos de acondicionamiento mientras yo regreso a atender mis obligaciones en Caracas y a remitirle fondos. La compra fue del orden de los 25 mil dólares y los gastos de habilitación y moblaje de unos 12 mil. Fondos exhaustos, a pesar de las ventas de cuadros y libros. Marta encara vender su

biblioteca de arte, no solo por necesitar fondos, sino para decir adiós a la crítica de arte: querría dedicarse a escribir novelas en un plan de vida modesta, pero aquí, en Barcelona, en su pisito. Yo vuelvo a Caracas sin haber resuelto mi destino: vacilo entre la gana ardiente de vivir aquí, libre, leyendo y escribiendo, y la inseguridad de perder mis ingresos por mis trabajos en Venezuela y encontrarme pronto en situación insostenible. Marta está resuelta a venirse aquí abandonando la Universidad y sosteniéndose con la pequeña renta que espera obtener de su apartamento. Inútil seguir dando vueltas al dilema: se resolverá cuando llegue a Caracas, en el clima de allí, con las noticias de cursos del exterior que pueda recibir, con el ambiente de posibilidades en la Universidad o en la biblioteca.

Ser libre, la gran ambición, pero estoy demasiado acostumbrado a refrenar mis impulsos. De ahí que a veces estallen con violencia en el momento que no caben ni son justificados.

Difícil pensar mi vida sin Marta. Me acostumbraría, como a tantos estados ásperos, pero sólo externamente. Estoy hecho con ella y sólo con ella me entiendo. En la pieza helada del hostel, metidos en la cama, conversando, haciendo el amor, leyendo juntos, es nuestra mutua presencia la que nos completa. A veces puede incomodarnos y podemos disputar, pero como una variante dentro de una necesidad constante de comunicación.

El problema es otro: ¿qué hacer aquí? No quisiera estar buscando trabajo, como veo a Carlos y Homero, quisiera estar en una situación que nunca conocí: estudiando, escribiendo lo que me venga en gana, quizás dando clases a estudiantes como los que tuve en Stanford (preparados, atentos, cordiales). Para eso, mejor dicho, para calmar la inquietud que la inseguridad económica me provoca, debería contar con recursos que respaldaran ese plan de libertad, por dos años al menos. Ahora mismo me pondría a hacer numeritos: son los que haré en Caracas, sin duda.

Poco a poco el destartado apartamento, la "ruina histórica" como la llama Carlos, va adquiriendo una imagen aceptable. Faltan muchas cosas para que sea plenamente vivible, y eso significa más dólares traídos de Caracas: calculo unos tres mil para sala y cocina. Pero la concepción que nació en la imaginación de Marta al verlo comienza a cuajar en realidad. Será un hogar grato para un matrimonio, algo ruidoso (pero estamos acostumbrados a nuestra calle de Caracas), pequeño e íntimo, como de barrio familiar y bello en sus ambientes soleados. Todo el resto del edificio es casi ominoso: si no fuera por la ubicación de la casa, en plena Diagonal y en una esquina, sería

una casa de inquilinato afrentosa, no importa su original diseño arquitectónico (obra de Jujol) y su gracia recoleta. Marta ya encara una campaña de dignificación de la casa, pero me temo que el propietario que ha permitido tal deterioro y suciedad no esté dispuesto a poner el dinero que esa dignificación exigiría.

Hay algo insatisfactorio y hasta turbio en la actual polémica desencadenada por el libro de Semprún que lleva al PCE a decir que se ha entablado una campaña contra el partido. El hecho de que sus actuales dirigentes hayan asumido tardía y quizás torpemente, las tesis de Claudín y Semprún del 64, disminuye la importancia de la crítica de éste que ya no se refiere a la línea política del partido sino a los errores pasados de sus dirigentes, y, en el mejor de los casos, a las insuficiencias de su estructura interna, escasamente democratizada como correspondería a su nueva línea. El ajuste de cuentas retrospectivas con dirigentes que han hecho evolucionar de modo tan veloz (¿oportunista?) al partido, con la previsible oposición de una vieja guardia dogmática que sigue al acecho (y que recibe apoyo en las críticas soviéticas a los dirigentes eurocomunistas como [Santiago] Carrillo y [Manuel] Azcárate) tiene un airecillo individualista, poco consciente de las graves tensiones que vive un partido en el período de un cambio doctrinal, que parece bien sorprendente en quien militó dentro de su dirigencia. Es una posición que implica el desligamiento definitivo del movimiento, cuyo destino no tiene en cuenta suficientemente. Otra, más responsable y solidaria, me parece la actitud de Claudín, quien más que una salvación personal parece manejar una salvación conjunta que tiene en cuenta la existencia y el futuro del partido, lo que implica que su renovación debe hacerse sin poner en peligro su supervivencia como organismo masivo que conjunta plurales voluntades.

Es medianoche. He comido (¡y bebido!) y aún queda una hora y media para la llegada del avión desde Milán. El comedor (neón, plástico verdirrojo, mozos azules) está casi desierto: entra una mujer joven disfrazada de cosaco arreando un niño rubio y azul como ella, vestido de astronauta, con una almohadita bajo el brazo. Cambio de camareros: se dan las informaciones en voz alta —a mí cobrarme un brandy extra— y salen las naricitas, reemplazadas por abotagados grises, lánguidos de medianoche, mientras el maître calvo sigue en su ordenamiento inútil. Se vacían las mesas y el cassette musical con melodías latinoamericanas ha vuelto a las primeras *marxinhas*

brasileñas. La luz es un ultraje para que todo se ilumine y se refleje en los cristales tras los cuales no está la noche sino otros comedores deshabitados. El hombre que acompaña al cosaco no ha retirado su gorra de chofer, ni los niños con inflados plásticos de astronautas se han animado. En otras mesas viajantes de comercio, señores, una sola niña espigada de pelo largo y lacio parece real y yo no soy para ellos ni ellos para mí. El mozo de Jaén, como de ballet flamenco, pasa entre las mesas y los ayudantes, de blanco no de azul, rubios no morenos, destapan las botellas y acercan canastillas de pan. Ahora es el vals de la flor de la canela, que alguna vez oí recitar con énfasis a Bola de Nieve en el último [ilegible] de la Habana: es la vuelta del cassette. Los tubos de neón se reproducen en lo negro de las pistas del aeropuerto donde tampoco hay nada que no sea de plástico y de artificio, de vulgaridad masiva y de fraude. Las eses vuelan en los únicos diálogos audibles, los de los camareros azul bolita, caras cuadradas sobre las chaquetas homogéneas, y yo mismo me disuelvo entre la guitarra de la música acondicionada y el mal brandy español que me han traído. Alma, ¡palabra gastada! Hay extinguidores rojos en los pilares y en los extremos de la sala los televisores acumulan horas y compañía de próximas salidas y llegadas de aviones. Ni siquiera lloriquean los niños: sólo ponen la mueca de las lágrimas, como las plantas del gran salón se visten de artificios, gomas, plásticos, papeles pintados, tratando de disimular que ellas son reales, de tierra húmeda, de sol y de verdad, como yo, como yo también, que bebo el brandy con escepticismo y desdén de mí mismo, viajero artificial esperando el Viasa de Milán que parte a la 1 y 35 para Caracas. Yo también estoy allá en los reflejos, una mancha indiscriminada bajo un dosel de tubos de neón que se entrecruzan hasta perderse en las sombras reemplazadas por las estrellas fijas del alumbrado exterior, otro señor borroso que espera su avión en una mesa de un comedor fantasmagórico, mientras la cosaco hace una seña amistosa y humana a su hijo atorado para que se cubra mágicamente con una servilleta. Después serán otros señores: la estadística gana sus números.

12 de marzo de 1978

Desde que volví de España, hace ya dos meses, no sentí necesidad del Diario. Tuve mucho trabajo: desde el primer domingo de febrero aseguro un artículo y una sección bibliográfica en *El Universal*, lo que me ha exigido una desmesurada lectura; la editorial me lleva sus buenas cinco horas diarias de trabajo y han comenzado las clases en la Universidad.

Seguimos con los planes de viaje, con más ilusión si cabe, desde que la campaña contra mí se ha extendido a Marta, menudeando artículos, alusiones, agravios. Marta pudo montar su apartamento y arrendarlo; de ahí deberá proceder el dinero para los estudios de Fernando y para vivir ella en Barcelona.

Prefiero no ver a nadie, ya, y concentrarme en mi trabajo. Malhumorado y triste, rumio mi vida aquí y no soy buen contertulio. Con motivo de lo ocurrido a Marta, veo que en ella se reproduce la perplejidad y la amargura que vengo conociendo: cuando el viento sopla en contra, se esfuman los amigos y los apoyos, no hay una voz para defender. Por sentir y padecer de eso, escribí en la semana pasada un artículo sobre [Mario] Szichman¹⁵¹ para recordar que es un excelente narrador, cosa que la jauría ha tratado de escamotear para hacer de él, simplemente, un enemigo extranjero. Pero aunque no cejaré en mi trabajo intelectual siento que el esfuerzo es, ahora, vano. No hay audiencia ni habrá la menor misericordia: es la guerra a muerte.

Leo a Fray Servando, para las clases. Con ese motivo releí la novela de R. Arenas¹⁵² que me había gustado y sigue gustándome. Percibí ahora de qué modo depositó en el personaje sus padecimientos: leí los suyos al leer su recuento de las vicisitudes del fraile. Y creo comprender por qué los funcionarios no quisieron publicar el libro en Cuba. Debajo de la algarabía narrativa, hay una profunda tristeza, pero aún con rabia. ¿Qué será de él?

Hago cuentas, todos los días. Las dificultades vienen ahora por Claudio, que no cobra y no tiene de qué vivir si no es la ayuda nuestra, y de Amparo metida en su proyecto de apartamento propio. En otras circunstancias sería más conveniente dejar sin efecto el proyecto, pero es evidentemente lo único que le hace ilusión. Está muy mal, en un estado de soledad y postración interior que no sé cómo hacer para ayudarla. Si se vende, como parece, el apartamento de Montevideo (felizmente a Pablo y Alba Scremini) todo se allanará para ellos y para mí, del punto de vista económico. No de los otros y más graves puntos de vista.

Me sobrecoge quedarme sin mi biblioteca y sin la de la Universidad. Marta ya apalabró la venta de la suya, cosa que me espanta. Pero tiene lógica su argumentación: dejarla en una casa que se va a rentar es como perderla y en todo caso no volver a utilizarla.

Yo no sé qué hacer. Pienso que me llevaré algunos libros y que compraré otros y que perderé estos como de algún modo perdí los que quedaron en Montevideo. ¡Vida absurda!

20 de marzo de 1978

Entrego un artículo sobre Simón Rodríguez, para celebrar los 150 años de ese texto original que es el de la "Sociedades Americanas en 1828". Releo sus varias obras y repaso sus vicisitudes: un destino sudamericano! diría Laprida¹⁵³. Duele su triste vida y acompaña. Esos decenios por escuálidas ciudadés americanas, sin recuerdos, atendiendo pobres negocios, viviendo de la caridad; esa muerte en un caserío ecuatoriano, río arriba, con los dos baúles llenos de papeles y nada más; esa continua frustración de pensar mejor que nadie y no ser oído, ni atendido, ni respetado; esa inteligencia, condenada por tal, en medio del caos, los apetitos desatados, la garrulería, la confusión. Todo define al intelectual en una América cruda, mal amasada.

Si los sueños de la vigilia no me siguieran pintando un futuro posible y mejor, no me sería posible vivir. Aunque la lucidez que los sigue me repita sarcásticamente que tengo ya cincuenta años.

Descubro tras la resolución de Marta de vender su biblioteca, la necesidad de hacerse de un ínfimo capitalito para encarar los años futuros, saliendo de aquí. Pienso que esta sociedad regida por el dinero, a falta de verdaderos valores, ha comenzado a malearnos, cuando Marta que ha sido siempre desdeñosa de las seguridades económicas, ha caído en esas tentaciones también, tal como a mí me ha ocurrido. Comenzamos a tener diálogos sobre dinero, ahorros, ventas de las cosas que queremos.

Al despertar compruebo, sin mucha satisfacción pero con sorpresa, que aún existo.

21 de marzo de 1978

La semana santa vacía la ciudad. Somos pocos los que seguimos trabajando. En la editorial vivo con la sensación de estar atrasado, de no llegar. ¿A qué? La preparación de libros para Barcelona desborda nuestra capacidad de producción y al tiempo debo planificar nuevos volúmenes. Tengo la sensación de ser devorado por una máquina que me tritura. No sé cómo, pero vuelan las horas en la Ayacucho y concluyo mi día hacia las tres de la tarde, con la sensación de que todo queda por hacer. En casa me espera otro trabajo (el periódico, la universidad) pero me encuentro con una gran lasitud: deseo de ver seriales en la televisión y no saber de nada más. Temo

que mi capacidad de trabajo haya disminuido (los años, etc.) cuando mi ambición de hacer más se conserva absurdamente.

Desde que publico un artículo cada domingo, en *El Universal*, el silencio en torno mío. Para el medio intelectual es el leprosario, del cual se tiene noticia pero no se habla. Comprendo el frenesí de Szichman que lo lleva al ataque: en él siente que existe.

No hay vida intelectual. Chismografía, pequeños intereses, exhibicionismos pueblerinos. Pero nada de auténtica pasión por la tarea intelectual, ni diálogo sobre sus proposiciones. Uslar Pietri contesta (mal) un artículo de Paz, y ninguna reacción a ese intento de diálogo. Comidos por la vida trivial y la pueblerina imitación de lo que creen las maneras de los escritores. Repiten gestos a falta de poder asumir los significados intelectuales que rigen esos gestos.

Cena en casa de Cristina y Armando¹⁵⁴, de la que nos fugamos pronto. Es el revés, tan idéntico a la cara de esa situación: se critica desde el otro lado, en el mismo plano, concentrándose en las personas, sus intereses y errores, sin elevarse a ninguna consideración de ideas, concepciones, teorías. Todo queda a ras de suelo, aun entre la buena gente.

22 de setiembre de 1978

¿Qué otra razón para que retome este diario olvidado que el sentirme herido, sufriente y apenado? Podría preguntarme en qué planeta estoy, con qué gente debo tratar, quiénes son y qué móviles mueven sus conductas.

En estos días he renunciado a la Escuela de Letras anunciando que no soy candidato a la reelección en diciembre y he percibido la satisfacción de todos, esos que se titulan mis amigos y a quienes yo he tratado como tales: el decano Rafael Di Prisco, su mujer, Vilma Vargas, el director de la Escuela Luis Navarrete. ¿Cómo pensé que eran mis amigos? Son diez años de vida en común pero ahora, llegados al poder, han dejado de ser amigos, son simplemente funcionarios en su juego de intereses y yo les molesto. Es como un dolor juvenil, el del malquerido, el que más me toca. He resuelto irme y esperaba que me dijeran "Ángel, ¡no nos dejes! ¡Te necesitamos! Tú eres uno de los nuestros". Otra vez me engañaba —esa sensibilidad de adolescente puro y fervoroso!— pues ellos están en su juego dentro del cual yo no cuento. Tal es así que ahora, visiblemente, veo cómo han ido operando para sacarme

y veo que hace tiempo que les molestaba. Durante dos años Rafael fue cerrando toda posibilidad de regularizar mi situación en la Universidad, lo que en cambio han hecho con tantos otros que no les molestaban y cuando, ya desesperado, pedí un semestre para investigar, encontraron el modo de negármelo, claro está que mediante el juego de las esquinitas, pasándose la pelota de unos a otros.

Insólitamente, aunque es esto lo que cuento en mi larga renuncia, vienen con rostros cándidos a que yo les señale a quiénes pueden invitar en reemplazo mío porque no saben qué hacer, y al menos tienen conciencia de que "algo" tienen que hacer, tienen por lo menos que reemplazarme con alguien que haga algún ruido.

La pequeñez de todo este juego y, sobre todo, su total desinterés por la vida intelectual, el trabajo académico, los niveles superiores del conocimiento, es lo que desalienta. Desde luego, también, eso que llevó a Marta a irse del país: el constante menosprecio que ni siquiera dice su nombre. No creo que obedezca a perversidades: simplemente obedece a ignorancia de los valores, a falta de respeto para la cultura, a un horizonte tan estrecho, simplista e interesado, que parece imposible que pueda existir. Otra vez con la provincia hemos dado, Sancho.

23 de setiembre de 1978 (sábado)

Reapareció el Diario, llamado por la soledad y la inquietud. Marta en Barcelona, en su apartamentito, tratando de salir del pozo a que la condujeron, limpiándose poco a poco de tanta mezquindad y hostilidad como llegó a padecer aquí (sobre todo en esa inmundicia de la Escuela de Arte), yo aquí, solo, tratando de solucionar mi vida futura, luchando con las mismas miserias aunque desde una posición mejor y con más paciencia que ella. Las cartas, las nerviosas llamadas telefónicas, nos mantienen unidos y más la convicción de que nos necesitamos mutuamente. El diario ha venido, de golpe, como un confesionario: por lo tanto reflejará este estado de soledad y de acosamiento, más que la totalidad de mi vida. Y seguramente no será por mucho tiempo.

26 de octubre de 1978

Concluyó el viaje: diez días en Barcelona con Marta, recobrando la vida a dos, la paz y el amor compartidos. Como si toda la existencia, devenida árida, se humedeciera progresivamente, despacio pero a cada minuto más, y

ese entendimiento profundo que nos liga nos volviera (al menos a mí) más humanos.

Acostumbrado a apretar los dientes, trabajar y desatenderme (cuando no a odiarme) es con una gratitud profunda que vuelvo a vivir con ella, viéndola, sintiéndola, queriéndola.

Ningún deseo de ver a nadie, de ir a diversiones o espectáculos: los dos juntos yendo a tomar café y comprar los diarios, comprando los víveres para la comida, leyendo y viviendo uno junto al otro, compartiendo todo.

Luego cinco días en Alemania¹⁵⁵, más agitados (feria, exposiciones, encuentro con gente) sintiendo que bajo de un planeta lejano y tranquilo a un mundo nervioso, urgente, con el que poco tengo que ver.

Grato reencuentro con Rafael [Gutiérrez Girardot]¹⁵⁶ y Marlièse, tan instalados en su vida (y a un tiempo tan alejados también de todo lo que es esta parte latinoamericana, revuelta pero viva, angustiada y carnal). En su grato apartamento, con sus hijas, en su medio pulcro, están como distantes a pesar de su fresca cordialidad.

Hablando con Rafael pienso en Carlos [Rama] y en la raíz de las cóleras súbitas de ambos, de los rencores fantasmales: pienso que ella no está solo en la habitual comidilla de los profesores universitarios, sino en una oscura frustración por estar lejos del campo latinoamericano, por sentirse como excluidos (sin que eso sea cierto, realmente), por el aire enrarecido de sus comodidades europeas.

Placer de los museos: de ver pintura buena, de calidad, antigua y moderna. Y ese ambiente apacible del museo que parece volvernos a ofrecer la cultura. Sé que los artistas nuevos los abominan. Pero pienso que pueden hacerlo porque los tienen. Desde aquí siempre será una codicia esperanzada ir a ver un Cranach, un Durero, un Rembrandt.

26 de octubre de 1978

La llegada a Maiquetía, viniendo del riguroso orden alemán, es un imprevisto golpe. Nada funciona en el aeropuerto, nada se encuentra y a la salida los choferes se disputan a los viajeros porque no aceptan el orden que marca la "cabeza de los taxis" en fila. El contraste es rudo viniendo de Alemania, donde se han esmerado en cuidar la calidad de la vida. En nuestros países no se ha llegado a hacer de eso un valor: vivimos en el torbellino caótico, a empujones y gritos como esos choferes que se disputan el equipaje (un moreno se llevó repentinamente mi bolso y tuve que correr tras él para recuperarlo, mientras los otros discutían sobre qué taxi me asignaban) porque

todavía no han razonado que hay más ventajas en un orden de mutuo consenso. El pintoresquismo ya no me compensa del desorden.

28 de octubre de 1978

La campaña electoral es un juego de consignas, improprios, mínimas disputas. Ni ideas, ni programas, ni altura para encarar los problemas tan graves del país. Los fuertes (los que tienen millones) reparten camisetas, pitos, atronan en radios y televisión. Los partidos de la izquierda no logran hacer oír su mensaje que intenta ir al fondo de las cuestiones urgentes. Ni siquiera un carnaval; una farsa y un engaño.

Todo es municipal y espeso y los dos grandes no aspiran a elevar el debate sino a arrebatar votos a como dé lugar. A este nivel operativo, la democracia es un fraude. Visiblemente todo lo que aquí se diga y prometa, nada tendrá obligadamente que ver con lo que hagan los hombres que ocupen los puestos de gobierno. Aquí recogen votos; allá gobernarán de acuerdo a las circunstancias y a las fuerzas reales que actúan en la sociedad por encima de los aportes electorales.

31 de octubre de 1978

Pacientemente contribuyo a buscar un sustituto para mí en la Escuela de Letras. Es Amaya¹⁵⁷ quien me lo pide (el director le arrojó el fardo) y con ella no puedo negarme a pesar de que me han ido forzando a que me fuera. Le he escrito a Augusto Roa [Bastos] para que tome un año y he tratado de hablar con José Emilio Pacheco y con Antonio Cornejo Polar¹⁵⁸. Este está interesado y el propio Augusto —aunque con esa actitud hesitante en que está actualmente— encara la eventualidad de venir en setiembre del 79. Como al mismo tiempo ha pedido la beca Guggenheim (para la que me ha solicitado como informante) creo que está a la expectativa de esa eventualidad en la que sueña para poder dedicarse a su obra.

No tener que sufrir esos últimos meses de cada año en que se producía la renovación de contrato, me ha vuelto a dar una sensación de libertad que saboreo y también saborean mis alumnos que me ven distendido, parlanchín. Hacemos reuniones extraordinarias los sábados, hablamos de todo, nos planteamos problemas particulares, disfrutamos del coloquio espontáneo.

No me arrepiento de esta renuncia. Es como si me hubiera recuperado a mí mismo, sacándome una librea estrecha.

Noviembre

La felicidad del diálogo con mis hijos, del apacible fluir del afecto mientras bromeamos, nos comunicamos nuestros asuntos semanales, discutimos política y comemos juntos.

Los llevo a cenar a un restaurant francés, que ellos disfrutan como un juego. Claudio con su alborozo adolescente que creo que nunca perderá y Amparo con ese placer de las cosas buenas que sabe elegir con callado tesón en la vida.

Él siempre me inquieta. Su voracidad por las cosas nuevas, su gusto por la novedad y su fascinación por la variedad, cosas que yo debería admirar, me producen angustia acerca de su futuro. Poco perseverante y con vocación juvenil por la totalidad. Creo que así fui yo, inquieto siempre y arrogante, con jubilosa confianza en mis poderes. Me veo en él y lo que temo son los golpes que he recibido y que no desearía que él padeciera. ¿Acaso porque no tengo confianza en sus poderes, como él me argumenta? Quizás. Y sin embargo admiro su arrojo y la frescura de su imaginación. Pero yo hablo desde los 50 años, desde la asunción de esa tarea menuda de estudio, seguridad de la información, rigor del dato.

Noviembre

Quisiera terminar esta libreta y salir de este diario intermitente. Son pujos repentinos entre largos olvidos.

Me he presentado a la Smithsonian, a sugerencia de Hirschman, para una beca de un año. Esperanzas reprimidas por temor al desengaño. Sería bueno un año entero estudiando en la Biblioteca del Congreso: me propongo, ambiciosamente, un libro sobre la cultura latinoamericana al concluir la colonia, de 1750 a 1830. Me tienta un largo tiempo de estudio: podría resolver, además, nuestra vida en común (Marta y yo) y serviría para separarme de este medio que deviene hostil progresivamente. Perdería la Ayacucho, lo que me duele. Es mi hijo venezolano y temo que se resienta por mi ausencia: me paso pensando a quién recurrir para que me reemplace, aunque sea parcialmente. No encuentro. Y no querría que se desbaratara o se deformara. Es una bella empresa; cuando vea publicado el número cincuenta, respiraré, como quien llega trepando a un reborde de la montaña. Pero me ha dado tanto trabajo que prácticamente no me ha permitido hacer nada de lo mío.

Noviembre

Acuerdo con Sosnowski¹⁵⁹ para dictar un "semestre" en la Universidad de Maryland, de 10/enero a 15/mayo. Es el primer movimiento de despegue que pone en funcionamiento mil pequeños asuntos (trámites) para poder salir de aquí: casa, carro, dinero, empleos, obligaciones postergadas, papeles, visas. Es una montaña que hay que ir royendo, aunque no se sea más que un ratoncito. Lo más grave es la separación de los chicos. Como Marta, voy tramando viajar, vacaciones, encuentros. Lo segundo son mis libros y papeles. Lo tercero la Biblioteca Ayacucho. Lo cuarto... Confío en repetir la paz de los meses pasados en Stanford el año 1976. Marta y yo fuimos felices, aunque en algo que se parecía a haberse salido del mundo. Mi voraz lectura en la Biblioteca, nuestros paseos en bicicleta, nuestras escapadas a los cinès (con películas europeas), nuestros viajes a San Francisco, la buena amistad de algunos colegas.

No conozco la Universidad de Maryland, sé que el invierno es allí crudo (y eso no me hace bien) y sé que lucharé nuevamente con el inglés. Si en ese tiempo sale la Smithsonian, seguiré allí y será otro tiempo de mi vida, de nuestra vida.

Noviembre

Me escribe Camacho para invitarnos (a Marta y a mí) a dar cursos en el colegio de verano del Middlebury College, de fines de junio a comienzos de agosto.

Me lo había preguntado hace un año y había respondido que sí, en principio. Luego de conversar con Carlos, que hizo la experiencia, pensé que no convendría. Ahora la propuesta es mejor y tiene la ventaja de incluir a Marta. Le escribo a ella para contar con su aprobación. Sería un verano tranquilo. Me inquieta que pueda salir la beca de la Smithsonian, pero ¿y si no sale? Esto nos dejaría un descanso entre el 15/mayo y el 20/junio, un mes que podríamos pasar aún en Washington o en Nueva York y luego dispondríamos de un mes y medio con trabajo seguro. Luego quizás podríamos regresar a Barcelona. ¡Vaya vida insegura, dependiendo de la caza de cada día!

Noviembre

Marta viajó el 4 a San Pablo. Sus amigas, Susy¹⁶⁰ y Graziana¹⁶¹ se le habían adelantado y la esperarán en el aeropuerto. Como siempre en Marta,

odios mortales y amistades profundas: sólo existe en ese marco de contrarios, porque todo es vivo en ella, y lo que toca también se aviva, se enciende, se ilumina. Sólo yo sé lo que sufre en ese campo magnético, cuánto la hieren los rencores y cuánto se siente comprometida en el amor, reclamada y obligada cuando siente que el afecto la llama. No conoce un mundo plano: va por praderas, ríos apacibles, bruscos precipicios, atroces desfiladeros, montañas invencibles, fuegos, y de pronto, otra vez, un pueblecito acogedor, gentes comunes y para ella siempre fascinantes, y a la vuelta enemigos a quienes combatir. Todo le concierne y es concernida por todo. Criatura mágica, hija del fuego como las de Nerval.

Noviembre

Mi artículo sobre Singer¹⁶² me valió llamadas de gentes que pocas veces atienden mi trabajo. En buena parte son los judíos que perciben toda atención sobre uno de los suyos como una imprevista muestra de afecto. No es mejor ni peor que los otros; ellos son más sensibles a estos asuntos. Y como están hechos a esperar ataques —y además saben que no soy un compañero político— se apresuran a regocijarse porque les parece ver a un nuevo amigo que los saluda: Shalom!

5 de noviembre de 1978

Infausto artículo de Orlando Araujo en la primera página de *El Nacional* (*Papel Literario*) atacando a la "Legión Extranjera" que ha pervertido, según él, los valores nacionales de la Universidad en la Facultad de Humanidades. Confiesa su "chauvinismo" y llega a atacar, por antinacional, a un hombre como Rosenblat¹⁶³, ahora enfermo hemipléjico, quien dedicó veinte años a estudiar la lengua de Venezuela. Es la irracionalidad y el desvarío: un universitario (es profesor de Economía) ataca la calidad "universal" de la Universidad, proponiendo que sean rechazados los profesores extranjeros para no perder las cualidades nacionales de la cultura venezolana.

Simultáneamente elogia a M. Acosta Saignes¹⁶⁴ como alto representante del marxismo, sin percibir la incoherencia. He padecido (y me he burlado) en el Uruguay, de quienes nos atacaban por foráneos: eran los derechistas que veían como foráneos a los marxistas (para ellos el liberalismo económico era tan autóctono como los indios). Nunca prevé que los marxistas (o seudo) de la izquierda venezolana, nos atacaran por foráneos, aunque al parecer no por marxistas (para ellos Marx debe ser hijo putativo de Guaicaipuro), considerándola doctrina exclusiva de los nacidos en el país.

Otro índice de lo que está pasando en el país y de que la prudencia aconseja alejarse de estas costas que fueron, pero otrora, hospitalarias. Debo refrenar la idea de que esto también le ocurrió a Martí hace casi un siglo, porque me entristecería sobre el país y su destino.

Ceno con los Sadowski con la felicidad que da encontrarse con los miembros de la propia tribu: el mismo idioma, los mismos valores fundamentales, los mismos juegos verbales y hasta una historia parcialmente común. Se van el 19 para USA a ver a su hija, más que nada a la nieta que adoran y a conocer un país que les estuvo vedado por décadas (las famosas prohibiciones de visado que en USA han estado dictadas por una abusiva lectura de los capítulos iniciales del Génesis y una igualmente desmedida equiparación a las creaciones de la divinidad).

Sé bien lo que van a disfrutar. Las cartas de Corita adelantan lo que ellos encontrarán en el medio académico e intelectual: otros muchos integrantes de la tribu.

Noviembre

Jaime¹⁶⁵ me avisa, después de haber conversado telefónicamente con su mujer que está en Brasil con Marta, que Marta se decidió a venir cuatro días a Caracas. Sensación súbita de felicidad: una ola que se expande cálidamente desde el diafragma a todo el cuerpo. Se deponen las barreras, suavemente, ante su poder expansivo: el cuerpo se distiende, es del orden de la sonrisa y del placer.

Esas reacciones me atestiguan cuánto la necesito y cuán mal vivo cuando no está conmigo.

Noviembre

Nuevamente clases de inglés, ahora en la Berlitz. El oído duro que se niega a desentrañar, en la masa sonora, las palabras y su significado. Todo resulta más fácil ante las palabras escritas, puedo seguir el texto con comodidad (salvo la escasez del vocabulario que me exige el manejo del diccionario) pero son los significantes los que se oscurecen para mí. Y es cuestión de una lentitud del ritmo, que dé tiempo a trasponer los sonidos en grafías: cuando el profesor repite y los *visualizó*, ya no hay problema.

Noviembre

En *El Universal*, Alicia Freilich de Segal¹⁶⁶ contesta, sin nombrarlo, a Orlando Araujo, con una de esas notas independientes y lúcidas que hacen su virtud de columnista. Es realmente un respiro esta actitud de enfrentamiento que no pasa en silencio un exabrupto como el de Orlando Araujo e intenta conformar una posición equilibrada y moderna. Corresponde a los hijos de inmigrantes (ella lo es) que se sienten venezolanos pero con una nueva actitud abierta, tal como lo hemos vivido en el sur, reclamando el derecho a constituir la nacionalidad con todos los aportes que a ella concurren. Ella apuesta a la Venezuela futura con más certeza que los retrógrados de la izquierda. Divinsky¹⁶⁷, con quien converso de noche sobre el tema, se lamenta de que sea siempre el liberalismo avanzado quien siente esa posición y no la misma izquierda. Es cierto y eso da la pauta de lo que ocurre en el ghetto de la izquierda en estos años: incluso quienes discrepan con afirmaciones disparatadas como las de Orlando Araujo, se inhiben de discrepar públicamente. Los viejos resortes de la solidaridad grupal funcionan. Y también, lo que es más grave, una cierta complicidad tácita, con las posiciones xenóforas.

Noviembre

Dentistas, dentistas, dentistas. Son mi padecimiento. Tres veces por semana, otra vez, para curar un diente (tratamiento de conducto y emplomadura de una caries) pero esta vez en los inenarrables consultorios de la APUC¹⁶⁸. Las dos odontólogas, que atienden en cuartitos tabicados con la puerta abierta, asistidas por ayudantes notoriamente procedentes del servicio doméstico, mientras trabajan en mi boca conversan con visitantes, atienden el teléfono, entran en jocosas discusiones, oyen radio y cantan al mismo tiempo. La Dra. García, que sostenía un conocido debate sobre los andinos y los maracuchos con un colega ocioso, no bien este salió se puso a cantar sobre mi oreja, tratando de despachar lo más pronto el trabajo. Tuve que armarme de paciencia para decirle que siguiera puliendo la emplomadura. Como ya me había sacado el succionador y no quería seguir perdiendo tiempo, lo hizo sin volver a ponérmelo, obligándome a tragar el agua, atorándome, hasta que yo mismo, vencido, le dije que estaba bien, pensando en ir a un dentista particular para que me terminara el trabajo.

Efectivamente deberé hacerlo: al irme me dijo que tenía un foco infeccioso en la base de un diente. Desde el año 69 en que tuve la endocarditis y me sacaron cinco piezas por una piórrea generalizada, esta es mi espada de

Damocles. No sufro tanto como vivo en la aprensión y en la depresión por la irrisante consulta de dentistas. La prótesis superior que tengo se ha aflojado en las últimas intervenciones (sustitución de un colmillo por una prótesis fija) y de pronto oigo rodar dificultosamente mis "erres", sin contar que percibo el movimiento del aparato en mi boca. Las miserias de la vejez, algo adelantadas quizás, pero suficientes para provocar la depresión y la inseguridad para el futuro. A Marta le molesta mucho que diga que los médicos y los hospitales están inscriptos en mi futuro.

Noviembre

Horror de los trámites. Tengo tantos por delante como para aplastar al más valeroso. Cada día trato de desmenuzar uno. He conseguido trasladar el poco dinero de Marta y mío al exterior, al enterarme (los rumores de siempre) que se pondrán dificultades a las remesas al exterior: ¿de qué vivir entonces? Eso fueron diversos bancos y diversas gestiones que nunca parecen tener sitio en un día que comienza a las 6 y media con la campanilla del despertador anunciándome la primera obligación (inglés), luego la biblioteca, luego almuerzo (a las 4 PM), luego clases en la Universidad o preparación de artículos, hasta que a las 10, después de hacerme una somera cena y arreglar cosas de la casa, caigo en la cama hasta el otro día. Los respiros se dan porque falto al trabajo o a la Universidad.

He resuelto también pasar el dinero que tengo en la APUC a Claudio: debo hacerle un fondo por si debe comprar su apartamento o si necesita algo en los meses siguientes, cuando no esté.

Debo empezar la gestión de visa americana, que siempre me provoca un vacío en el estómago y ganas de vomitar. Armarse de paciencia, levantarse a las 5 AM, ir a hacer dos horas de cola en la calle y llegar a la ventanilla para oír el dictamen impasible.

¡Maldita sea!

1980¹⁶⁹

1 de febrero 1980 - Washington

Ignoro por qué esta anotación, que había previsto para hace seis meses, aparece repentinamente hoy. Me levanté temprano, después de uno de esos sueños compartidos con Marta, donde nos queremos y conversamos, recogí el *Washington Post*, preparé el mate y necesité poner urgentemente la fecha en este cuaderno comprado hace un año. No son golpes vallejanos, son remociones que se producen y hay entonces cambios imprevistos, hay, sobre todo, reavivaciones. Todo el problema de estos años radica en mantener una vida interior exaltante. Detectar las emociones. Estuve diez días en Brasil, para el coloquio que Antonio Cândido¹⁷⁰ había organizado en la Universidad de Campinas con el proyecto de crear un centro latinoamericano. Estuve con Lilia (Wilson y Laurita)¹⁷¹ y con Beto¹⁷² (que apareció con María Pía)¹⁷³, en una mezcla de emoción y de rutina bien desconcertante. No había visto a mi hermana por seis años, pero no bien pasados los saludos y afectos, fue como reinstalarse en una vida corriente, de plática menuda algo rutinaria pero sabrosa: un remedo de vidas instaladas en lugares fijos para las cuales los días se vuelven rosarios parejos. También con Beto, con quien creo que hubo aún menos comunicación: la conversación rotando sobre la editorial Arca se hizo tan fantasmal como el tema. Sentí que era mejor que yo no volviera más, que ya no tenía un lugar posible ni era necesitado. La visión de los jóvenes que Beto exponía señalaba un corte para él y para mí también: ya no había comunicación posible, me decía, tú ya has sido olvidado, nadie te conoce, nadie te reclama.

Pero en los tres días que después pasé en Caracas, en el apartamentito de Amparo, la profunda ternura que ella me inspira, la emoción con que la veo, también el sobrecogimiento interior que me produce verla tan expuesta y como desamparada.

Claudio me hace feliz, me divierte y me hago compañero de él con toda presteza, aun en sus locuras; Amparo me duele con un oscuro sentimiento

de culpa y con un amor que nunca he sabido expresarle bien. Revisamos juntos la caja de fotografías que traje del sur, gracias a que Lilia me la transportó: reviví mis años con ellos cuando eran niños, como un tiempo lejanísimo que quedó tras el espejo, con la desazón de no haberlo disfrutado conscientemente, de no haber gozado bastante de ellos. Solo algunas imágenes transidas me quedan de esos años en la calle Baldomir y en Timbó, en Montevideo. Pero es todo Montevideo, toda mi vida de hecho, lo que no puedo recuperar, lo que se ha ido de mis manos. Esa conciencia, bien dolorosa, es lo que explica mi necesidad de fijar cada día lo que veo y siento, es el origen de esa reacción interior que me susurra, en la calle, en la oficina, "ve esto", "registra esa luz", "conserva ese árbol", "apropiate de ese rostro", "consérvalo".

Con la recuperación del ciclo de las estaciones, en USA, también he recuperado la extremada fugacidad del tiempo, mi propio desintegrarme dentro de él, la oscura premonición que dice "ya es tarde".

Washington

Conozco bien, con una mueca burlona, lo que dicé el espejo. En los reencuentros con amigos del pasado, he hecho la lectura de los cambios sucedidos en la cauta sorpresa atribuida al bigote nuevo, al peso, a la calvicie (que sin embargo no puede nombrarse). Todo eso lo sé. Pero nada ha cambiado, sustancialmente, en lo interior, para sorpresa y congoja mía.

Como un alma adolescente en un atuendo de "senior". Y lo mismo descubro en Marta aunque ella mantiene esa gracia juvenil permanente que resulta asombro de todos. Esa permanencia parece ocultar una problemática emocional, que tanto en ella como en mí, no ha tenido cambio, estrictamente que no ha podido resolverse como podía haberse esperado del tiempo transcurrido.

Washington

¡Esta luz! Nos hemos fotografiado, en el verano, en el otoño deslumbrante, en este invierno cuando las ocasionales nevadas. ¡Estos árboles! Los hemos seguido con un amor secreto, como a familiares, acechando sus cambios y la sobrevivencia a través de ellos: la alameda en la Q entre nuestra calle 32 y la 31, es todas las mañanas una sorpresa. Casi no veo a la gente, para ver a los árboles, al recorte de las copas, a la línea de los edificios del Mall (la maravilla.

del East Wing) trazados sobre el cielo. Es el pozo de paz donde estamos, como dentro de un fanal, y nuestra inquietud interior que no cesa ni siquiera allí dentro.

Washington

Vendrán otras explicaciones. Pero esta mirada panorámica de Braudel en *Le temps du monde* que estoy leyendo, me es estrictamente afín: los grandes espacios y tiempos manejados amorosamente y dentro de ellos los datos concretos que iluminan, hacen vivo, el movimiento de los hombres, a pesar de que a éstos los impulsen fuerzas superiores e incontrolables. He aceptado ser la hoja en la tormenta a pesar de rechazar el desorden que la mueve, en la medida en que pueda comprender las fuerzas que actúan y que pueda enamorar me del color, los movimientos, la gracia particular de esas hojas.

Los dioses terribles y vengativos de antaño es lo que hoy llamamos el capitalismo; tanto en Braudel, como en Wallerstein, es su acción a escala internacional, su magnificencia y la suma de dolor de que se ha alimentado, lo que le confiere ese aire de imperturbable divinidad vengativa.

Washington 23

Día entregado a la literatura latinoamericana.

De tarde Mario Vargas Llosa se presentó en el Wilson Center, donde residirá por el año escribiendo su novela¹⁷⁴ sobre el episodio de Canudos que dio origen a la novela de Da Cunha *Os Sertões*. Molesto por tener que hablar en inglés, usando un inglés correcto pero visiblemente traduciendo del español, contó el episodio y luego explicó las razones que percibía en su atracción por el tema, reconociendo previamente lo oscuro de estas fuerzas.

Lo más evidente es su fascinación por las actitudes fanáticas que le atraen en la misma medida que le rechazan orgánicamente, y que no dejó de vincular a un comportamiento aún vigente entre los latinoamericanos, con explícita referencia a los intelectuales de hoy donde puede percibirse la acción que sobre él ha tenido un acoso de grupos izquierdistas desde su alejamiento de las posiciones castristas. Más allá de sus respuestas y de su independencia, es evidente que ese acoso lo ha "satanizado", es decir, fijado sobre esa situación.

Pero también le atraía, en la historia de Canudos, la total incompreensión de las partes que hablaban dos lenguajes incommunicados: unos luchando contra una conspiración política anti-republicana y otros buscando el reino de Dios en la tierra.

Sin embargo la más visible atracción, según su cuento, son los personajes singulares: cuando habla de ellos se alza la temperatura de su informe, la curiosidad y la seducción que le arrancan los seres originales domina todo su interés. Es el conocimiento de seres distintos y originales, donde se combinan diversos particulares llamativos, lo que mueve su pasión de escritor.

Está dejando de ser el "joven galán" que fue y en su cara, en su sofrenada intensidad, se ha hecho más visible la energía salvaje que lo mueve, una violencia brutal, como de personaje balzaciano, apenas disimulada por los buenos modales.

De noche, en casa de los Pico¹⁷⁵, cenamos con Beatriz Guido¹⁷⁶, que había dado una conferencia en la Universidad de Maryland durante la tarde. Hacía años que no la veía; se ha hecho señora y ha adoptado un modo social, nervioso e inseguro que la impulsa a hablar torrencialmente sobre las naderías de la convivencia, con una visible inquietud interior. Nos comunicábamos datos sobre amigos tratando ella de ser animada, atractiva, chismosa ("parezco Radiolandia", de pronto dijo) y muy informada; a pesar de que varias veces noté que improvisaba o que simplemente inventaba (creía que Divinsky vivía aún en Buenos Aires y seguía dirigiendo La Flor). Notorio afán de estar bien con todo el mundo, como le es propio, que la impulsa a excederse compartiendo las que cree competencias o enemistades, se puso repentinamente a hablarme mal de Rodríguez Monegal¹⁷⁷, a inventar que había sido abandonado otra vez por su mujer, a recordar críticas de Torre Nilsson sobre él. Sentí con claridad que lo mismo le diría a él de mí cuando se encontraran. Por un momento me pareció una Juana de Ibarbourou con menos estilo y me dio pena porque pensé que era una mujer sola y que se sentía muy inerme.

Está en Colorado, bajo las nieves, dictando un curso en una de esas Universidades vacías e inhóspitas: "lo peor son los sábados y domingos", dice, y es posible imaginarla frente al televisor o mirando por la ventana sin saber qué hacer, harta de lectura, de escribir cartas, de estar sola.

Reviví un tipo de intelectual uruguayo de otra época, lo que llamábamos "pastelero", poco riguroso, sociable, amigable en demasía, sobreviviendo en el medio mediante concesiones, chismoso y escasamente culto.

Washington 24

Marta salió temprano para San Francisco, donde será jurado del World Print Competition, pero a la noche había entrado en una de sus crisis de

angustia (frecuentemente coinciden con vísperas de viaje) y fue una noche blanca para los dos. Al fin me vine a leer a la sala hasta alta la madrugada y cuando me acosté de nuevo, silenciosamente, percibí que seguía despierta, ganada por todos los demonios. Concluí durmiéndome y fué ella quien me despertó a las 9 llamándome desde el aeropuerto para despedirse. Estoy esperando que me llame desde San Francisco adonde llegará deshecha. Mi desconcertada reflexión es que en esos vértigos está lo peor y lo mejor de ella, que es sobre ellos que se reconstruye casi milagrosamente después de haberse destrozado en los pánicos más desgarradores. Y que es poco lo que puedo hacer para ayudarla.

Estudí toda la tarde (historia colonial brasileña) y a las cinco salí a caminar un poco por el apacible Georgetown, vacío, silencioso, soleado, casi sin frío ya. Encontré abiertos los jardines de Damberton Oaks y los recorrí con la emoción del reencuentro: están preparándose para su nuevo esplendor anual. Parecía muy pronto hasta que vi que los árboles están llenos de pimpollos. La primavera viene sigilosamente y ya está entre nosotros. Alegría, de esa interior como agua que crece, que me producen los árboles. Congoja de sentir el paso del tiempo: ya queda atrás mi segundo invierno en USA.

Solo unas pocas parejas en Damberton Oaks; recorrí los senderos, repasé los momentos que vivimos allí con Marta, aquel concierto al aire libre un día frío con el césped húmedo colándose por mis pantalones de jean, los lugares donde nos fotografiamos. "La vie est là, triste et profonde"¹⁷⁸.

Ayer estuvieron en casa Mario [Vargas Llosa] y Patricia: no hay modo de que se abandone, laxo, a la plática informal.

Está siempre armado, compuesto, atento y al acecho. Todavía no ha descubierto cómo ser feliz, ni cómo aceptar el mundo, aceptándose. Todas esas cosas tan inciertas que escribe sobre el escritor y el mundo en él son realidad concreta, vivencia de ruptura, visión del animal en acecho.

Fastidioso llamado telefónico de Roggiano¹⁷⁹, para ver si puedo acortar un artículo. Es de los que complican las relaciones humanas para conseguir cabida y existencia en esa complicación que fastidia al prójimo. Lleva como un halo esa mezquindad o poquedad profesoral que ahora que recorrí California volví a sentir con el pasmo de siempre: ¿por qué se dedican a la literatura y al arte, si nada tienen que ver orgánicamente, con ellos? Solo en Stanford, con la loca apasionada de Jean [Franco]¹⁸⁰, el divertido zorro que es Fernando [Alegría] y el desordenado entusiasmo de Joaquín [Coelho]¹⁸¹, sentí que

recuperaba el fervor imaginativo del arte. Lo que a su vez se traduce en las chicas americanas, alumnas, que están vivas, como Christian o Kathleen. Pero en Arizona o Los Ángeles, el orden profesoral en toda su sequedad y reduccionismo (sí, jibarizadores de lo bello, de lo fuerte, de lo verdadero).

No sentí eso en Campinas: quizás porque el equipo es joven, porque tiene la gracia brasileña, porque cuando se reúnen lo primero que hacen es arrollar la alfombra para bailar, porque ponen pasión y juegan su vida en lo que dicen. El hecho de que me reconocieran como uno de su raza corresponde a este reconocimiento que yo hice de ellos. Las euménides Ligia Fagundes Telles¹⁸² e Hilda¹⁸³ vinieron a decirme después de mi intervención en el panel: *Você é diferente! Você não é professor!* Y era injusto, porque en ese sentido ellos tampoco, los de Campinas (Carlos Vogt, Ligia Leite, David Arrigucci, Walnice Nogueira, etc.), son profesores. Están vivos en el curso arrollador del arte y el conocimiento: eso es central para ellos, es el sentido de la vida. Y las cosas no están separadas, el arte, el deseo, la política, el júbilo y el miedo, son todas cosas que van juntas, con el agregado de que exigen como pago la gracia. Ver a Antonio Cândido en ese jardín de sus bellos hijos e hijas, es comprender cabalmente lo que ha hecho su vocación, ese abandono de las ciencias sociales por la belleza y esa pasión política que en él sostiene el edificio entero del entendimiento con la suprema cautela y donosura de un "mineiro".

Washington 25

Esa persistente sensación de ser el malquerido a la cual respondo súbitamente revistiéndome de orgullo y desdén, ¿de dónde viene?, ¿qué verdad contiene?, ¿qué auto-trampa del psiquismo esconde?

A veces pienso que me inclino a querer a seres que, con múltiples razones, no podrán quererme, forjando así un auto-flagelo, o que destruyo yo mismo afectos para luego sufrir de malquerencia. Si así fuera, ¿en qué rincón de mi infancia ha quedado este comportamiento amonedado?, ¿en qué pliegue narcisista quebrantado, en esos años que todos se han borrado, se fijó este juego condenatorio?

Los amigos perdidos del Uruguay, desde los más viejos, como José Pedro [Díaz] (ahora reencontrado en USA en un modo elusivo, opaco, sin tensión emotiva), como Maggi¹⁸⁴ y Maneco¹⁸⁵, como Jorge y Graciela¹⁸⁶, que jamás han contestado mis cartas ni acusan recibo de los pequeños regalos con que llamo a su puerta año tras año. Las cartas me han permitido expresar más frecuentemente el afecto de lo que puedo hacerlo cara a cara, enredado en la

timidez, la torpeza, el pánico de exponerme indefenso, sin embargo no han sido más eficaces. Sirvieron para hacerme sufrir, por eso pienso en que también aquí, como en otros aspectos de mi vida, se muéve una acre censura de mí mismo. Yo también soy la llaga y el verdugo.

Fumo mucho, me canso mucho también, aún más que antes. El médico reclamó —y hace años— las dos cosas: que no fumara, que caminara todos los días por lo menos un quilómetro, también desde luego que me examinara cada tres meses. Nada de eso hago. Sólo yo soy el perjudicado ¿qué mala sombra me mueve?

Repugnante espectáculo el de la política y los políticos de este país, farsantes si los hay, verdaderos gesticuladores vacíos que actúan sin cesar en el teatro del mundo revistiendo todas las máscaras. El presidente, capaz de un incendio internacional con tal de ganar una elección, es de los casos más patéticos, porque se abrió camino al poder gracias a una reacción moral de la nacionalidad y a pesar de su escaso dominio intelectual, intentó ser el representante de esa moralidad, para concluir haciendo la política de los intereses empresarios, del guerrerismo, y del fraude ante la sociedad. Después de visto y oído su oponente no parece mucho mejor; creo que él cierra el ciclo mítico de su apellido (Kennedy). Una desconsoladora sensación sobre la desintegración de la clase política de la burguesía, que ha quedado tipificada en Watergate ayer y en la operación Abscam hoy, con agentes del FBI disfrazados de sheiks árabes comprando a congresistas con pequeños cheques.

Recuerdo una frase cáustica del negociante judío español que vendió el Sierra Nevada a Venezuela (y originó la virulenta campaña contra Carlos Andrés). Lo conocí por azar y almorzamos por un absurdo compromiso creado por Jaime: cuando hice una observación sobre la corrupción bien conocida de los políticos mexicanos, se sintió aludido y contestó secamente: "Todos tienen un precio, aquí también. Y la única diferencia entre un senador norteamericano y un político latinoamericano, es el precio: al senador se le puede comprar con sólo mil dólares".

Washington 28

Una alumna, cubana, que ha estado una semana en su patria visitando a sus familiares, dentro del plan cubano iniciado el año pasado de permitir viajes de cubanos exiliados a su antiguo país (los gusanos se han convertido en "mariposas" dicen allí) y a quien yo había entregado una cartita para Norberto Fuentes, me trae su respuesta y un grabado que le manda de regalo a Marta.

Una carta impulsiva, viviente, guasona y cimbreante, la de quien está lleno de impulso y es feliz, diciéndome que ha terminado su largo libro¹⁸⁷ sobre Hemingway que aparecerá en Estados Unidos al mismo tiempo que en Cuba y que proyecta cuentos y novelas, volviendo a la literatura. También me da datos de Reinaldo Arenas, que ha salido de la cárcel y que también ha vuelto a escribir y ya ha terminado una novelita.

Como el caso de Edmundo Desnoes¹⁸⁸, a quien vi en el Wilson Center (donde hizo una ponencia sobrecogedora) diciéndome que no escribió nada en estos diez años, que con enorme dificultad quiere volver a la escritura (he tenido mi paraíso, mi infierno y mi purgatorio, en ese orden, escribió), veo en todos ellos un renacimiento después de esta década de ahogo cultural en que estuvieron congelados, aislados, comprimidos y que desde la ascensión de [Armando] Hart al Ministerio de Cultura parecen revivir. Difícil tiempo que coincidió con la militarización de la cultura, con efectos desdichados para la producción artística y literaria, por lo que se impidió hacer a los más promisoros y por lo que se favoreció, como la pedestre narrativa de Manuel Cofiño, Dora Alonso, Soler Ruiz y demás ejercitantes de un vacío realismo socialista.

Me duele que los escritores que siguieron diciéndose públicamente amigos de Cuba, hayan callado sobre todo esto. Me duele que desde mi alejamiento en el 71 con el desastrado caso Padilla (y más aún cuando mi larga discusión en el 69 enero, en la última reunión del consejo de colaboración de la revista *Casa* que maró mi resolución de no condonar la etapa que se abría) no haya hablado públicamente de esto y haya preferido el silencio. No lo he guardado nunca en el caso de la Unión Soviética e incluso he escrito desde siempre a favor de los disidentes (desde el juicio a Siniavski allá por los sesenta) pero en el caso de Cuba era más complicado todo. La revolución en las puertas del Imperio tenía un heroísmo y una verdad, había luchado a favor de tantas cosas por las que creo en nuestra América Latina, que parecía injusto hablar del error en que se había entrado. No fui más allá de mis cuatro artículos en *Marcha*¹⁸⁹ sobre el caso Padilla y, a pesar del equilibrio con que los formulé, sentí la desazón y la inquina de muchos jóvenes.

Y sí, fui más allá: escribí entonces un largo ensayo¹⁹⁰ sobre Norberto Fuentes y su actitud en el caso Padilla, porque lo conocía y apreciaba, sabía de su posición auténtica y además tuvo cojones para pararse en aquella grotesca comedia y decir "no, yo no tengo que hacer ninguna autocrítica, soy revolucionario y tengo derecho a mis opiniones críticas". (Es lo que intenta ahora Desnoes estableciendo una línea de apoyo general pero libremente

crítica). Y aun envié ese artículo a una revista argentina de la izquierda que dirigía Schmucler¹⁹¹ y me pedía colaboración, quien lo rechazó. Entonces lo encajoné: cuando un día en París, con su agitación revolucionaria, me dijo Ugné Karvelis¹⁹², que había que escribir sobre [Norberto] Fuentes, creo que también callé. No tenía sentido decir esa verdad, que sólo valía para la izquierda pero que ésta no quería escuchar (casi nunca quiere escuchar y entablar el debate en el presente de los hechos. Sólo está dispuesta a admitir retrospectivamente, en el pasado, cuanto más lejano mejor, el error, el cual sin embargo sigue operando a través del tiempo y enturbia aún ese tiempo en que se reconoce la equivocación de antaño. Lo sentí claro viendo la película húngara Angi Vera¹⁹³ que reconoce los horrendos actos partidistas de 1948). Ese artículo sigue sin publicarse: no sé si llegará el tiempo en que pueda aparecer, y en ese caso, si los protagonistas del error (los Mario Benedetti, José A. Portuondo, Fernández Retamar) estarán dispuestos a reconocerlo. Me temo que no, la autocrítica, en el universo comunista, es la tarea de los vencidos, es parte de la revancha y la humillación, no del mejor conocimiento.

Estas noticias de Norberto y Reinaldo, me han alegrado: eran los jóvenes mejores hace una década. ¡Ojalá todavía tengan tiempo para demostrar creativamente su talento! Y si eso pasa, fuerza es reconocer que la revolución cubana ha actuado con más sabiduría que la soviética, que ha sorteado el infierno con menos pérdida.

Fuentes vive, no fue a un campo de concentración, no fue ejecutado como Babel, está escribiendo, me habla de que vendrá a Estados Unidos. Desnoes ha podido defender el concepto de nación por encima del de partido, ha podido elogiar a Lezama y desdeñar a Carpentier, ha salido por un tiempo sin por eso ser condenado. Reinaldo, cuyo caso es más expuesto por su homosexualidad, ha sufrido cárcel, pero ha salido, está en libertad, escribe para publicar en el extranjero. Si parece evidente que el retorno del Ministerio de Cultura a un civil, y a un civil llamado Hart, ha sido causa notoria de alguno de estos sucesos, también debe pensarse que el juego de fuerzas internas lo ha propiciado en una batalla ganada por la mejor orientación. Pienso que en todo también ha pesado desde lejos Carlos Franqui y su organización de los escritores exiliados cubanos (Cabrera Infante).

Dicho de otro modo, que las autoridades cubanas no quieren arriesgarse a la constitución de una desidencia que contagiaría a los escritores internos puestos en una situación de compresión aguda, sobre todo en un momento de dificultades económicas notorias en el país y de una cierta manifestación de insatisfacción de la población que ya tiene veinte años de dificultades sin solucionarse.

Pues los escritores, aun los citados que manifiestan el mayor grado de libertad, lo que han hecho es recuperar el derecho a hablar de las cosas de su oficio, en vez de verse obligados a repetir las monsergas de los oficialitos imbuidos de presuntas normas culturales revolucionarias como pasó en los setenta. Pero no por eso han adquirido el derecho a la libre opinión sobre los asuntos políticos, económicos y sociales, carencia que con ellos comparte la población. Ninguno de ellos discutirá públicamente el significado de la separación de Raúl Castro del Ministerio de Defensa y del mando de la tropa. En cambio podrán decir lo malas que son las novelas de Cofiño aunque no sé si llegarán a ver impresas sus opiniones.

En definitiva sigue sin resolverse el problema de la democracia socialista y en la zona cultural, sus guardianes, los que impedirán que pueda ejercerse, son los funcionarios. Recuerdo que en el 69, exasperado por la minúscula chismografía y la falta de un diálogo serio, fui a ver a Fernández Retamar: "En mi calidad de miembro del Consejo de Colaboración de la revista, puedo escribir en ella dando mi opinión sobre la campaña del anónimo Leopoldo Ávila"¹⁹⁴. Mirándome consternado, más que nervioso, contestó: "Sí, pero yo tendría que 'editar' ese texto". Con lo cual quedó demostrada cuál era la situación: nadie podía contestar, así fuera sosegada y criteriosamente, a una mítica instancia, que era el poder.

Washington – viernes 29

Hablé por teléfono con Amparo, largo, de nada en particular, de cómo está, de cómo se siente, con esa comunicación que Malinowski llamaba "fática" porque no se trata de intercambiar informaciones racionales y lógicas sino simplemente estar en contacto, tocarse con la voz. Siempre la siento des-amparada, con estrujamiento del corazón, pero cuando resurge, cuando ve el futuro algo más claro, hay un tono jocundo de la voz, una expansión que me enamoran. Y al saberla bien, contenta, me siento tan íntimamente feliz que me pondría a cantar.

Hice esta semana que concluye dos llamadas a San Francisco, para hablar con Marta, y la encontré animada, cargada de trabajo, pero entretenida, en plena agitación del concurso al que sirve de jurado. Vuelve el domingo con Graziana.

La casa se me ha puesto triste sin ella, desarreglada, con trastos y libros por todos lados, la cama siempre sin hacer, la comida sin interés...

En este mismo momento recordé que no le había regado las plantas y fui a hacerlo. Cierzo, la casa se me desintegra a pesar del esfuerzo que hago para

mantenerla: la disfruto pero es ella su ángel tutelar, es su obra y sé que la disfruta amorosamente.

Marzo 2

Nevó ayer todo el día y ello, sumado a que hoy es domingo, hizo de Georgetown un barrio muerto. A mediodía salí a limpiar el frente, con lo único que tenía, una palita de mano, y quedé rendido a los veinte minutos. He caminado por el barrio, vacío y congelado, hasta que me dolieron los pies dentro de los zapatones. Hoy regresa Marta, gracias a Dios. Leí todo el día alternando los trabajos más urgentes: por un lado García Márquez para las dos conferencias de esta semana en la Universidad de Maryland, y por el otro diversos estudios sobre las Colonias (Humboldt sobre todo) para la conferencia que debo ir a dar a Harvard en la semana siguiente. Estas últimas lecturas me hacen feliz: todo nuevo dato me entusiasma (acabo de terminar el librito de Arróniz sobre el Teatro de evangelización en la Nueva España) y podría seguir coleccionándolos (y de inmediato colacionándolos con otros de después) durante días y días.

Marzo 5

No sé trabajar si no es en la angustia de la entrega.

Una imposición exterior determina el tiempo y la intensidad del trabajo intelectual. Si es demasiado conminante surte un efecto contraproducente: concluyo por faltar a mis obligaciones. Si es demasiado laxa tampoco tiene efecto. Hay un punto equilibrado en que esa coordenada externa se transforma en un componente efectivo del trabajo, combate con eficiencia mi tendencia dispersiva, atraída por múltiples curiosidades.

Ahora estoy en la excesiva acumulación de trabajos: jueves 6, conferencia en Maryland (tema: *Cien años de soledad*); lunes 10, conferencia en Harvard (tema: Formación del sistema literario en América Latina); viernes 14, conferencia en Montclair (tema: El post boom); jueves 20, conferencia en Austin (tema: Arguedas, mito e historia), y en el mes de abril el coloquio sobre Cortázar y el coloquio sobre el barroco. Todo sería llevadero, si por debajo de todo eso no corriera la necesidad de llevar adelante mi investigación en el Wilson Center sobre el siglo XVIII. Creo que la estoy rehuyendo con la aceptación de tantos trabajos diversos y avizoro el momento en que deberé enfrentarlos cuando deba hacer mi informe del mes de mayo próximo, antes de partir.

Está con nosotros por una semana Graziana, una chica ítalovenezolana protegida de Marta, esas discípulas entusiastas que ella adopta y guía, con extraordinaria paciencia para su formación intelectual, cosa que siempre me sorprende. Es como ejercerse en transformar el carbón en diamante, tarea que yo al menos no soy capaz de encarar con la asiduidad de ella. La lleva a los museos, la educa, la corrige, le dedica un tiempo que roba a sus trabajos propios y a nuestra vida en común y no puedo sino reconocer que esa conducción –que exige tiempo y paciencia– le gusta. Así se ha formado ese equipo de “fans” que en todos lados concita, junto a rencores de muchos importantes artistas a quienes no vacila en combatir. Hay un ingrediente de miedo en todo esto junto a un espíritu de oposición indesarraigable y un placer en la comunicación con seres desamparados que retribuyen su atención con un clima de afecto y admiración. Necesita ese clima para su seguridad y lo retribuye largamente; dentro de él da una medida plena y generosa de sus virtudes.

Marzo 6

En esta semana dos conferencias en Maryland sobre *Cien años de soledad*, me obligaron a releer la novela, después de no menos de ocho años sin verla. La recordaba bien (en aquel entonces dicté un curso sobre ella) y la relectura fue feliz, certificadora de las virtudes que creo contiene, a manera de un juego gozosamente enrevesado. Lo que muere, en cambio, es la escritura poética de muchos momentos, que delata un uso de los modelos lorquianos y nerudianos, manejando un léxico imantado por el surrealismo que se ha hecho convencional, de efectismo dulzón. Es ahí donde se percibe un *kitsch* de la gran poesía de los años veinte y treinta empleado por un escritor de enorme talento narrativo pero de escasa originalidad para la palabra poética.

Conversaciones con las autoridades de Maryland relativas a la oferta de una posición de *senior professor* en el Department of Spanish, algunas sostenidas en macarrónico inglés. Como siempre, la sensación de angustia cuando las cosas se hacen inminentes y aparentemente definitivas.

Todo el problema del alejamiento definitivo de Venezuela que hasta ahora he ido sorteando (¡cuán largo me lo fiáis!) y que ahora se presenta con realidad contundente. Dos cosas, sobre todo, crean mi zozobra: no tener a los chicos cerca, al alcance del encuentro inmediato y el destino que aguardará a la que fue mi obra de más empeño allí, la Biblioteca Ayacucho. Cuando pasé por Caracas en febrero y mantuve el almuerzo que mis compañeros de la

Biblioteca Ayacucho habían organizado con [Arturo] Usler Pietri y con [Luis Beltrán] Prieto¹⁹⁵, percibí qué fuerzas y con qué argumentos, pueden destruir esa obra. La larga carta que le escribí a [José Ramón] Medina¹⁹⁶ discutía y contradecía los argumentos expresados, pero no hacía caudal de lo que sentí como más grave: un celo destructor que guía una pasmosa ignorancia. Nunca tuve mucha estima por las condiciones intelectuales de Usler Pietri (un segundón educado y reaccionario “por asco de la greña jacobina”) pero oírle decir, con mucho empaque doctoral “Deberían publicar esas obras que no son bien conocidas: hay una muy interesante que se llama ‘El Lazarillo de ciegos caminantes’...” me permitió medir cómo se forjan las falsas famas en un medio escasamente desarrollado y cuán poco se necesita para alcanzar renombre de sabio. Me limité a hacer dos referencias críticas a los recientes trabajos de [Emilio] Cañilla sobre el tema, que desde luego desconocía, para que comprendiera que era otro el nivel que cabía, pero me temo que ya a sus años ha asumido el papel de Goethe provinciano y de él no puede apeararse. Pero desdichadamente él puede ser más destructor que los pequeños envidiosos que aspiran a una posición.

Me admira el entusiasmo de Saúl Sosnowski para hacer del Department of Spanish un gran centro intelectual. Ha puesto todas sus energías en el proyecto, sin pararse en que debe rehacer todo como si partiera de cero aunque desgraciadamente no tiene la comodidad de partir de cero. Las carencias bibliográficas, docentes, de recursos de todo tipo, son enormes. Cuenta conmigo para el avance y me es difícil decirle que no son sólo profesores dedicados, sino toda la estructura de sostén lo que es indispensable para que puedan rendir los profesores. Es una tarea de Sísifo la que encara en una Universidad provinciana que está lejos de acompañarlo en el esfuerzo de transformarse en un gran centro intelectual sofisticado.

Marzo 8

Marta y yo hemos aceptado venir como profesores invitados a Princeton, el próximo semestre, mientras no se resuelve definitivamente la posición en Maryland. Y hemos venido a Princeton a concluir la negociación, recuperando la visión que ya tuvimos el año pasado del pueblecito insignificante en torno al campus universitario y del círculo de profesores encerrados y como perdidos del mundo en un ghetto intelectual. Buena gente, intelectualmente dotados, bien formados y con una visión crítica despejada, sin duda superiores a los profesores que conocí en Maryland y en

otras universidades del país, disponiendo además de una buena biblioteca y de conexiones académicas de toda solvencia. Pero todo ello no obsta al reconocimiento de ese encierro dentro del pueblo, de la universidad, de la disciplina, que registro en casi todos estos organismos. Como si estuvieran fuera de la corriente principal de la cultura del país, contemplándola y examinándola a veces, ignorándola frecuentemente, ligados entre sí con otros ghettos similares en diversos puntos del mundo.

Es, en el fondo, la diferencia con los intelectuales latinoamericanos que no han alcanzado ese grado de especialización, quizás, y que en definitiva son profesores porque son escritores y a veces por añadidura políticos y cumplen simultáneamente todas las funciones en el centro de la vida social, estatuyendo el principio de reverencia al intelectual como guía, maestro, estudioso, profeta y, en ocasiones, hombre de acción. La diferencia no responde sólo a la que mide país desarrollado y país subdesarrollado, visto que la concepción del profesor-intelectual-escritor que encuentro en América Latina responde con mucho a la influencia de los modelos franceses, y marca por lo tanto una diferencia de culturas, no solo de niveles de especialización más complejos y desarrollados.

Y es significativo que los lazos de comunicación siempre resulten más prestos y vivaces con los latinoamericanos que con los profesores americanos. Así ahora, con Silvia Molloy¹⁹⁷ a la que conocí en Princeton y con quien de inmediato tendimos la red de los conocidos comunes y las pasiones regionales ya sabidas, con una presteza y una comodidad que no es comparable a la que exige el trato con colegas americanos, por excelentes que estos sean del punto de vista intelectual o académico.

En todo caso nos prometemos, Marta y yo, cuatro meses absolutamente apacibles en Princeton, estudiando y disfrutando de nuestro vivir en común, con las escapadas a Nueva York que hacen brillar los ojos de Marta, algo así como lo que fue el trimestre que pasamos en Palo Alto cuando dicté un curso en Stanford, en 1976, con nuestras felices excursiones a San Francisco.

Relectura tensa y jocunda de la novela de Arguedas, *Los ríos profundos*, sobre la que quiero escribir para la reunión de Texas el 20 de marzo¹⁹⁸. Admiración por su escritura precisa y rápida, por el movimiento empinado de la acción, por los niveles de la construcción que la transforman en una "ópera" más que en una novela. La fabulosa ópera de los pobres¹⁹⁹.

Quisiera obviar todo lo consabido sobre los indios y ver el libro exclusivamente como la esmerada obra de arte que es, que me recuerda

justamente los orígenes de la ópera en el Renacimiento italiano, tratando de captar la estructura de la tragedia griega. Mejor escrita que los *Cien años*, con un don poético esencial, ríspido, original, que maneja pasmosas visiones. Mucho Dostoiewski secreto y narradores nórdicos como en Rulfo (Hamsun, Lagerloff, Laxness) y sobre todo una violencia delicada que pone en ascua a toda la historia, le da un fuego que ilumina y no quema.

Marzo 11

En Harvard, viviendo en el Faculty Club por unos días para dar conferencias en el programa de Latin American Studies. Hablé ayer sobre la formación del sistema literario latinoamericano, de hecho un fragmento de mi informe al Wilson Center sobre mi proyecto de investigación. Me presentó Alazraki²⁰⁰, quien además de los datos personales procedió a leer un fragmento del ensayo que publiqué en *Escritura 1* sobre "Literatura y clase social". En la objetivación que eso produce, en la inquietud que siempre me produce un texto ya publicado hace años, dos pensamientos complementarios asomaron: por un lado, la visión que tienen de mí los colegas, considerándome el abanderado de una crítica socioeconómica de la literatura que en principio rechazan pero que en mi caso están dispuestos a mirar con respeto porque no se les ofrece como reduccionista ni empobrecedora del texto artístico; por la otra, mi auto-reconocimiento de que esa línea de trabajo que se esfuerza por percibir el arte literario dentro de la cultura y enmarcada en las coordenadas sociales y económicas, me es afín todavía, me permite entender mejor el universo y no empaña mi encuentro con la plena invención del imaginario, probablemente porque a ésta me rindo de inmediato, tengo con ella un contacto siempre fresco y excitante y a partir de él procuro entender por qué se ha logrado, qué expresa, a qué conduce. Cada vez más trato de reconocer esa creación dentro de su proposición raigal, lo que implica aceptar la multiplicidad de vías (clases, culturas, filosofías) como igualmente válidas para la consecución del arte. Con todo la conferencia fue histórica y panorámica más que textual y atendida a la obra. Y fue además un fragmento de una proposición que solo puede comprenderse mediante la totalidad de sus elementos integrantes. Quien estaba feliz fue Claudio Velis²⁰¹ quien me contó que en el libro que acaba de publicar hace observaciones similares sobre el funcionamiento de las ciudades en América Latina. Son también las de J. L. Romero, en su bello libro²⁰² pero que a mí me sirven solo de punto de partida para establecer el concepto de la "ciudad letrada"²⁰³, que también podría llamarse la "ciudad escrituraria" porque se construye en

torno a la escritura, como principio de la suprema hidalguización, aunque no hace sino registrar por escrito una lengua hablada que se organiza gracias a estructuras literarias, de modo que guarda de ella su apertura sonora incesante y al tiempo la constriñe en formas tradicionales precisas y fijas.

Reencuentro, otra vez, con la pequeña comunidad académica, esta vez principalmente española (el núcleo de los Guillén y Salinas con sus ampliaciones) que vuelve a darme la impresión de encierro, diseñado aquí con más gracia y soltura pero no con mayor libertad ni mayor relación con la corriente creadora de la cultura. Un oasis cordial, atento a los valores, capacitado, aunque más opaco que el originario (pienso en Lida sobre todo, en Américo Castro), al cual prolonga sin pretender modificarlo ni ponerlo al día. Las incorporaciones nuevas (Alazraki, por ejemplo) lo refuerzan más que lo transforman. La estilística deriva a un estructuralismo débil, en la misma línea. Ni el psicoanálisis ni la sociología y mucho menos el marxismo vienen a alterar los presupuestos. Alazraki en su presentación me emparentó con Jameson²⁰⁴, lo que es correcto, pero al hacerlo estaba diciendo que ambos éramos "outsiders", respetables pero ajenos al movimiento central de los académicos que trabajan sobre literatura, quienes serían los que están realmente "en la cosa", mientras nosotros la veríamos, cerca sí, pero desde afuera.

El día está gris. Marta ha dormido mal y se ha quedado en el cuarto. Escribo en uno de los salones del Faculty Club, con sus típicas chimeneas revestidas de madera oscura, sus cuadros clásicos severamente enmarcados con dorados, sus espesas alfombras y sus muebles convencionales. Una falsa imagen de tradicionalismo, un "old fashion" estereotipado, sin vida, que presta el ambiente propicio a la dignidad académica. Nada que tenga que ver con la vida ni con el día de la historia.

Ha comenzado a nevar y el viento arrastra la nevisca y la dispersa.

Marzo 13

La repentina angustia del extrañamiento. ¿Qué hago aquí? ¿Qué hago en la vida? ¿Qué sentido tiene todo esto? Se viene como un desmoronamiento súbito, sin anuncio previo, y no hay ninguna respuesta válida.

Uno procura indagar su secreto origen. Quizás la noticia que ayer me dio Louise Popkins²⁰⁵, de que acaba de morir en Caracas Oscar Maggiolo²⁰⁶, Prácticamente no nos habíamos tratado en Uruguay cuando él era rector y yo estaba al frente del Departamento de Literatura Hispanoamericana de la

Facultad de Humanidades, aunque en más de una ocasión me ayudó muy eficazmente.

Pero en Caracas nos hicimos amigos y aprendí a estimar su equilibrio, su ponderación, sus firmes creencias democráticas, su valoración del prójimo y su admirable tarea en pro del país desde el ingrato sitio del exilio. Aprendí a sentirme junto a él como un miembro de la familia y con él y Rosaura (y los Sadowski) pasé en su casa el último fin de año caraqueño (en 1978). Debía tener mi edad, más o menos, y habíamos conquistado una confianza cálida. Es el vacío y la impotencia, en la soledad, es la imagen de Rosaura sola, es no contar ya con esas calidades humanas, es todo eso y más lo que sentí y siento.

Para el exilio uruguayo una irreparable pérdida: él lo sostuvo, lo organizó, impidió que se fragmentara, coordinó los esfuerzos y obtuvo la confianza de las autoridades venezolanas para llevar adelante fuertes proyectos. En Venezuela ocupaba el puesto que Quijano tiene en México entre los exiliados. Y estaba totalmente seguro de que volvería al Uruguay muy pronto, y que la dictadura sería vencida; estaba deseando volver al Uruguay porque en ningún lado se sintió a gusto y siempre añoró su ciudad, el país del que era un entrañable miembro.

Almuerzo con Elizabeth Garrels. Es inteligente, con una inteligencia algo fría, es educada y capaz, y me sorprende el candor de su actitud de oposición, mejor dicho, que todo excite esa oposición de manera tan rápida y convencida. No sé si representa una actitud generalizada, pero en todo caso es algo bien diferente del conformismo de la sociedad norteamericana habitual.

Jueves 13

Dejo Harvard a la tarde para tomar un avión rumbo a Newark, con el fin de pasar allí la noche y seguir mañana a Mont Clair College para hablar en su seminario, como siempre, sobre la novela latinoamericana, asunto que se va agotando en los centros de mayor nivel pero sobrevive en Universidades regionales o en Colleges provincianos. Dejo a Marta que esta noche tiene su conferencia en Harvard para recién mañana volar a Washington, inquieta porque le queda solo la tarde del viernes para dejar pronto su viaje del lunes a Bogotá. Tristeza y desazón de estar moviéndonos demasiado: cada vez disfrutamos menos de esta agitación y más veces nos miramos y exclamamos que deseamos "volver a casita". Recibimos menos de lo que

gastamos espiritualmente con estos movimientos. Es mejor nuestra precaria paz de Washington.

En el aeropuerto, viendo caer la tarde mientras descienden impertérritos los aviones y los helicópteros zumban a baja altura, una fábrica a lo lejos cuyas chimeneas dejan escapar un humo claro y plácido, un cielo anubarrado y frío de invierno, unos empleados que manejan filas de carritos con equipajes o transportan los camiones Marriot de alimentos, las torres altas con luces que aún no se han encendido pero se recortan negras sobre el cielo, todo dice soledad. Pero soy yo que se lo dice al atardecer, con voz interior. Y confusión, perplejidad. ¿A qué he venido a Boston? ¿A qué voy a Mont Clair?

He almorzado hoy en casa de Claudio Velis, junto con Ramón y hemos conversado sabrosamente, intercambiando juicios sobre el pasado y el presente de América. Pero ¿por qué siento que esto es excepcional, que lo normal es que los profesores no intercambien nada, a pesar de la complicadísima estructura de seminarios, coloquios y diálogos? Cada uno está en lo suyo y a veces pienso que tienen miedo, que eso es lo dominante, porque preservan lo que hacen de todo debate que pueda ponerlo en peligro. O quizás de ilegítimas apropiaciones: el mismo Claudio me repetía hoy "eso de la ciudad letrada publícalo ya en algún artículo" para registrar el *copy right*.

El avión despegó rumbo a Newark: creo que se trata de una hora de viaje. Veré allí qué hago, si encuentro hotel en el aeropuerto o me aproximo a Mont Clair.

Querría volverme mañana mismo a casa.

Los hombres muy voluntaristas y empecinados, como yo, son también quienes se entregan en manos de fuerzas mayores en las que confían. Nunca he tenido temor ante ningún viaje, nunca he vacilado ante una operación por riesgosa que fuera: en las salas de espera de los médicos, en las clínicas de los hospitales, en el sillón de los dentistas he sentido siempre una inmensa paz y me he adormecido con una secreta felicidad, confiado, entregado. Pienso que aunque sí, la rechazo interiormente, haré lo mismo cuando venga la muerte, cerraré con calma el libro, sin duda lamentando no haber tenido tiempo para un trabajo más, otro ensayo para otro libro inconcluso.

¿Por qué este cuidado con el Diario? ¿Por qué este gusto por el soliloquio que con él estoy ejerciendo, hasta el punto de traerlo en un viaje corto de apenas cinco días y aprovechar un tiempo libre ocasional para escribir en él?

Viernes 14

De nuevo en un aeropuerto, ahora esperando el vuelo para Washington después de la penosa experiencia del Mont Clair College.

Ayer llegué a Newark con tormenta de nieve. Fui al hotel más cercano, un indiferenciado Hollyday Inn, donde cenar una comida indiferenciada y dormir en un cuarto idem, todo dentro del vacío y la tristeza de esos "paraderos" alfombrados y cómodos donde nunca se está más de una noche pues están hechos para eso; puestos en el desierto, en este caso helado, al que solo se llega en carro como a un oasis donde dormir para seguir adelante al día siguiente.

Así lo hice y después del desayuno seguí, en un taxi manejado por un pintoresco hijo de italianos con semblante garibaldino que no desmentía la procedencia, a Mont Clair College.

Tristeza de colegios entre la nieve y doble tristeza de sesiones de estudio sin real necesidad y sin real significado. Penosa intervención de [Rodríguez] Monegal, que me precedió con un discurso laxo e incoherente, repitiendo en inglés lugares comunes y comentarios irrelevantes: asombrosa decadencia de un hombre que fue allá en nuestro país un scholar que trabajaba con muy escaso horizonte intelectual pero con alguna seriedad académica. Registré entre los jóvenes asistentes y los no tan jóvenes, esa incomodidad que produce un hombre con conocida fama ante el espectáculo de su deshilvanado discurso sobre naderías.

Oí dos o tres intervenciones en la tarde, algunas bien interesantes de jóvenes profesores (una sesión sobre [Vicente] Leñero). Desconcertado encuentro con Guillermo Cabrera Infante (y con Miriam) después de tantos años. Los dos hemos cambiado: él tiene un aire de chino envarado y hace chistes verbales un poco mecánicos pero todavía efectivos, aunque su ponencia revela su desconocimiento (cándido a la vez) de la cultura latinoamericana con esa perspectiva egotista y paranoica que caracterizó todo lo que escribí desde su rompimiento con los cubanos.

Recuerda obsesivamente cuándo y dónde nos conocimos y de qué hablamos, y eso era en 1962. Recuerda obsesivamente todos sus conflictos con los cubanos, en especial los de su generación. Hablamos de Desnoes y de inmediato me contó lo ocurrido con un frustrado contrato que le extendió un colegio londinense, imposibilitado por el aparato diplomático y hasta postal cubano. Miriam en cambio más viva y seductora, más cómoda en la relación humana. Discutimos sueltamente de barbas, bigotes y peinados, haciendo el chequeo de nuestras nuevas imágenes pilosas. Guillermo de

pronto se anima, saliendo del retraimiento sonambúlico en el que se resguarda.

Los chicos con quienes almorcé (Will, Norma y Rubén) me trajeron al aeropuerto. Huimos todos del resecamiento académico que ahora que pretende modernizarse (afrancesarse, pasando de Barthes a Derrida y a Lacan) resulta aún más, si cabe, de cartón piedra.

Sábado 15

En casa, apaciblemente los dos. En nuestra linda casa llena de plantas, cuadros, libros y la repetida música de los "cassettes" con Mozart y Vivaldi, bajo el sol que entra por sus ventanitas y los árboles que a través de ellas se ven, reverdecidos. No había nevado en Washington, donde ya nos encaminamos seguros hacia la primavera. Después de la agitación de estos días, laxo y despacioso, arreglando papeles, respondiendo cartas, preparando in-mente mi ponencia sobre Arguedás. Marta en cambio agitada porque mañana sale para Bogotá: deseosa de ver hijo, nietos, amigos y también quejosa porque entra de nuevo en movimiento. Nos pasamos prometiéndonos paz e inmovilidad y estamos siempre en la agitación y la angustia.

Sábado 22

Pasó una semana. Marta en Bogotá; yo de regreso de Austin (Texas) donde participé del seminario sobre Arguedas organizado por Julio Ortega²⁰⁷. Buen trabajo de conjunto, serio, informado y moderno. Dos europeos nuevos, William Rowe²⁰⁸, con un agudo y muy empírico examen de ideología, y Lienhard²⁰⁹, un chico suizo en formación a quien ya había conocido en Cérisy (Francia) hace dos años; Noé Jitrik²¹⁰, a quien no veía desde hace mucho tiempo, y el antropólogo John Murra²¹¹, que es un tipo bien vital y criterioso. Fue sobre todo un grato clima humano, dentro de un lugar que parece deshabitado y ajeno a la cultura. El personal del convencional y despedidor motel donde vivimos, hablaba en español; los estudiantes no existían; la reunión nunca concitó más de 50 personas y visiblemente todo ocurría en el ghetto del Department of Spanish.

Seguí con interés casi todas las ponencias y simpatiqué con el trabajo intelectual. Salido de ese momento se retorna a todo el forcejeo de las situaciones, los puestos, la carrera (en fin! Hubo sin embargo una dosis de pasión de conocimiento que iluminó la reunión.

Dentro de ella, perdido, un chico venezolano que ya ha hecho dos mas-

ters (uno en el Pedagógico y otro en la Universidad) y a quien sus inconscientes profesores han convencido que puede hacer su tesis aplicando una hipótesis de Genette (el campo literario) a toda la literatura peruana! Traté de ayudarlo para ver si se reorientaba a un tema más concreto y reducido y volví a tropezar -me había olvidado- con las reacciones indirectas y compensatorias del chico acomplejado pero decidido a ejercer las máscaras. Suavemente lo abandoné a su proyecto, que será otra tesis opinante y grandilocuente como tantas que vi en la Escuela de Letras.

No entablé buena comunicación con Noé. Afectuosa sí, claro está, pero no enriquecedora. Nos intercambiamos datos del curriculum vitae y nos divertimos bromeando libremente. Fue bueno, pero en otros encuentros también analizábamos asuntos literarios o políticos que nos interesaban a los dos, ifueron apenas dos días con maratónicas sesiones de ponencia! ¡No sé qué podría esperar!

Jorge Ruffinelli²¹² estuvo un solo día (tiene que medir muy exactamente sus salidas de México para no superar la cuota de 90 días que le conceden) pero le alcanzó para poner una marca propia; es ya un personaje al cual la salida del país natal le ha hecho mucho bien. Imposible ver en él aquel chico tímido, aunque ambicioso, que apareció por los sesenta en la Universidad de Montevideo, que entonces no se atrevió a competir para el cargo de asistente mío por temor a Alvarito [Barros Lémex], a pesar de que yo se lo sugerí, aunque fue capaz de tomar *Marcha* -la gran ilusión- cuando yo se la dejé para dedicarme enteramente a la *Enciclopedia*²¹³, llevándola adelante con eficiencia. Trabajó entonces en mis huellas, en Arca, en *Marcha*, en la Universidad, pero encontró su camino propio, independiente. Todavía le falta una decisión intelectual mayor, una audacia que pase por encima de su contención siempre correcta. Quizás necesite otro país y otra pasión devorante para alcanzarla.

Vi bien lo que tiene Luis Harss²¹⁴ de muchacho argentino, algo confundido siempre y timorato, pero gozoso, bien dispuesto a manifestarse dentro de la barra. Hablamos de los Díaz²¹⁵ que estuvieron con él en ese horrible College de West Virginia donde trabaja y al cual odia y me confesó sorprendentemente que detesta a Minye por su afectación y su pose, dice, por su empaque de poetisa remilgada, en definitiva porque es ambiciosa como cualquier ser humano pero finge no serlo. Curiosa reacción que me permitió entenderlo a él, más que a Minye: sospecho que él desea ser "figura" intelectual y no se atreve, se avergüenza de los recursos que para eso tendría que poner en práctica, sobre todo la composición de un personaje con su

correspondiente máscara. Pero tampoco se desprende de la fascinación que todo eso le produce.

Lunes 24

Marta me llamó por teléfono desde Bogotá para decirme que el miércoles la operan: le encontraron un bulto en un seno y el médico quiere extraerlo y hacerle una biopsia. No tuve miedo; creo que porque siempre he estado hecho a la convicción de que ella vivirá mucho más que yo. Hicimos bromas. Pero me gustaría estar con ella, por ella: sé del pánico en que debe encontrarse a pesar de su voz tranquila y su disimulo. Nada más aterrante para ella, ¡nada!

A lo largo del día me ennegrecí. Por un momento cedí a las malas aprensiones y pensé con horror en mi vida sin ella. Pensé que debía ir a tomar un avión para que me viera al salir de la operación. Y pensé que estando sola saca fuerzas de flaqueza y que conmigo se derrumbaría porque confesaría su miedo y se aferraría a mí.

No pasará nada malo. No pasará.

Una llamada telefónica de Rafael [Di Prisco] desde Caracas. No había recibido mis cartas, inquería por una colaboración para la revista que al parecer perdieron y no sabía dónde encontrar al autor (Julio Miranda). Tuve, por lo tanto, que contarle de viva voz mi carta en la que le anunciaba que no volvería en setiembre porque habíamos aceptado el compromiso con Princeton para el semestre de otoño. Dijo que le afectaba y lo creo porque necesitaba de mí —sospecho— para instalar su proyectado Master antes de pasar a dirigirlo al abandonar su cargo de decano. Lo solucionará: sólo soy una pieza de transmisión en su proyecto. Pero yo sentí una suerte de alivio y de liberación con este anuncio que le hice: estoy saliendo.

Hablé con Saúl Sosnowski para comunicarle que Marta no llegará para las fechas programadas de sus conferencias. Él me comunicó que el presidente de la Universidad de Maryland había firmado mi nombramiento y me pidió que almorzáramos el viernes para estudiar el asunto. ¿Y ahora qué hacer? ¿Cómo salir de esto? Lo llevé adelante porque todo parecía altamente improbable. Ahora es no solo una realidad, sino un destino.

Martes 25

Trabajo concentradamente en el ensayo sobre Arguedas que calculo tendrá una dimensión suficiente como para proporcionarle un fragmento a Ortega para las Actas de su Coloquio y otro a Cornejo para el número de su revista dedicado al homenaje a Arguedas. Con ese motivo he revisado lo que he escrito sobre él a lo largo de esta década desde su muerte y es prácticamente un libro. Podría reunir todo haciendo un volumen de unas 200 páginas que podría titularse, siguiendo el proyecto con que lo inicié para un más ambicioso libro: "Los transculturadores narrativos — José María Arguedas", pues alguna vez me propuse considerar esas operaciones narrativas con el examen de Arguedas, Guimarães Rosa, Rulfo y García Márquez. No lo haré ya. De todos, trabajé insistentemente sobre Arguedas y el análisis que estoy haciendo de *Los ríos profundos* concluye esa parte que puede funcionar como el modelo para los otros casos que ya no tendré tiempo de hacer²¹⁶. Pero no puedo imaginar que nadie se interese en el libro. No puedo imaginar que nadie se interese por un libro mío. No sé si esto es parte de mi enconada autocrítica, o una comprobación objetiva.

Debajo de todo el día no he hecho sino pensar en Marta. Conservo mi confianza, no sé en qué sostenida, pero el desasosiego reaparece. Es la distancia la que me desconcierta, que mi vida siga igual y rutinaria, mientras ella está en un trance tan duro. Sé que está su hijo y sus amigas con ella, pero no basta. Recuerdo cuando yo me operé en Montevideo, no estando ella, creo que de hemorroides o de un quiste en la garganta, no sé cual ocasión fue, y yo estaba tranquilo. Pero ella no soy yo y es otro su modo de sentir: nunca la han operado y tiene pavor de todo lo que roza enfermedades, hospitales, muertes desde luego. Tampoco me tranquiliza escribir esto, más bien me molesta hacerlo.

Jueves 27

Otra vez en el tiempo vacío de los aeropuertos. Son las dos de la mañana; espero el avión de Avianca que a las cuatro sale para Bogotá. Llegaré cuando Marta ya esté en el quirófano, no podré verla y hablarle antes. ¿Qué decir? El horror todo, imprevisto, que ayer noche me comunicó Gustavito [Zalamea Traba]: es un cáncer y el médico aconsejó operar y extraer glándulas lo que Marta habría también aceptado. El puro horror. Anoche solo en la casa, sentado en la escalera, en la media luz que viene de la calle, en la casa solo, llegué a no poder más; me tomé todo el whisky que quedaba y traté de

dormir, de no sentir nada. Pero cuando hoy Golo [Pico] me dijo por teléfono que la abrazara en su nombre no pude contenerme y lloré con sollozos secos y desesperados mientras procuraba afeitarme. Nada sé de la gravedad, creo que ni siquiera el médico; no me impresiona que la puedan operar de un seno; es lo que ella siente lo que me destruye y no estar al lado suyo.

Hoy conseguí visado y este viaje absurdo. No entiendo la premura en operar, que me tiene postrado, la carnicería sobre una criatura que amó y fue tan feliz con su cuerpo. ¿Por qué a ella? me digo estúpidamente, pensando que yo estoy más hecho espiritualmente a las mutilaciones. ¿Cómo vivirá así? Pienso, como agarrado a la esperanza, que tendrá curación o muy largos años con cuidados. Es un hundimiento: todo estaba hecho para otra cosa, para que yo fuera primero, y siempre la pensé viejecita, como su madre, con sus hijos y nietos aleteando alrededor de ella. Ganas de llevármela, de estar los dos solos, muy juntos, como si esto no hubiera pasado, no fuera a pasar dentro de unas horas.

Escribir no me sirve de nada, y estar al borde de la borrachera tampoco. Sólo dormir, que se borre por un momento este horror, con ese despertar ambiguo la noche pasada en que por un momento no había pasado y cuando volvía la verdad pedía dormirme de nuevo.

Estoy en el aeropuerto de Miami con gente durmiendo sobre las alfombras y los negocios vendiendo como si fuera pleno día. Faltan dos horas. Ella debe estar durmiendo, dopada, y debe haber pensado tanto en mí, debe haberme reclamado tanto. No pude hablar con Gustavo hoy, quería pedirle que postergaran la operación, que se pensara mejor todo. Pero nada sé de estas cosas. Corita²¹⁷ me llamó de Nueva York, que por favor supiera que ya no es una enfermedad sin esperanza, que hay muchos modos de combatirla. Golo y Leonor se empeñaron en venir a llevarme al aeropuerto, desconsolados como dos hijitos nuestros. Pienso en Gustavo, en Fernandito dios mío, en Amparo y en Claudio también, todos los que la conocen cerca y la quieren tanto. No me atreví a avisarles hasta no saber en Bogotá cómo es todo. Pienso en Gustavito que ha llevado esto, en el tono seco y contenido con que me habló y en el desamparo y la desesperación en que también debe estar. Deben estar esperándome; soy el grande de la familia. ¡El grande! El más perdido: sólo sirvo para las circunstancias en que hay soluciones posibles, porque sé tomarlas y llevarlas adelante. Pero qué hacer aquí; lo de siempre, lo de la doctrina en la parroquia de la infancia: confiar en la Divina Providencia, pero ya esa confianza está definitivamente perdida. Y entonces no hay nada, nada.

Es ella, ella, ni siquiera todos nosotros, es ella, tan maravillosa criatura, pero tan corroída por los pánicos, tan derrumbada en precipicios, tan cargada de la más dulce ternura que nunca yo haya conocido, es ella el asunto, es ella lo que me duele. Vivirá, sí, conseguiremos restaurar nuestra vida, con amor, con paciencia; algo puedo ayudarla en todo eso. Pero tiene que vivir, tiene que querer vivir, sin ser destruida por las sevicias y disminuciones de la enfermedad. ¡A quién invocar, con verdad y creencia! No sé, me siento tan humilde, tan sin respuestas, tan puesto en punto cero, tan al margen de lo que ocurre donde sólo puedo poner ternura, este amor que ella cultivó y desarrolló en mí, porque fue su obra, y la hizo pacientemente, hasta este momento en que no puedo imaginar un minuto de mi vida sin ella, para ella, por ella. ¡Dios!

Son las dos y media; todavía queda una hora larga. ¿Qué hacer, que no sea fumar o escribir? No puedo leer; compré en el kiosco el número último del *Times*; traía una "cover story" sobre la nueva droga contra el cáncer, interferon, que leí con real padecimiento. Los que duermen siguen en su sueño; dos monjas conversan cerca; un chico juega con su calculadora; se oyen voces en español por todas partes, pero ya estamos en el ambiente mortecino de la madrugada: pasan gentes, la música difusa es tan insípida como las luces abrumadoras. Si dejo de escribir, debo fumar y me da miedo ahora.

He vuelto a fumar y tengo la boca hecha pasto y los pulmones resecos. ¿Por qué pasó esto? ¿Por qué pasó también que nos conocimos, en 1966? Tan fascinante que era, tan leve, tan brillante, tan arrojada y tan aparentemente segura de su poder de seducción. Solo yo pude llegar a saber sobre qué pánicos estaba todo eso construido, qué criatura infantil y aterrada, necesitada de amor, perdida en el mundo, encubría esa imagen fiera, combativa, centelleante, siempre con el traje de fiestas y a punto de inmolarse en la faena. Tantas cosas tremendas vividas y tanto que hicimos, que hizo ella sobre todo, para que llegáramos a amarnos con entrega, con necesidad, con honestidad, con paciencia, en una relación que era, que es, para siempre. Así de sencillo, sin que yo pueda pensar en otra y ella tampoco, lo sé.

Aquella Marta del 69, en Chile, con su mini-mini falda, sus medias violetas, su pelito corto, delgadita, pintada como una colegiala que hubiera descubierto el maquillaje, impulsiva y desconcertante, pasional. Yo no podía creer lo que me decía, me era absolutamente increíble que me quisiera, como decía, y en nuestro cuarto del Crillon sentía que representábamos una comedia de equívocos. Me sentía halagado, claro está, era tan deslum-

brante!, pero desempeñando un papel equivocado; no pensaba que jugaba conmigo, no, simplemente que se posesionaba de un papel y lo representaba con la mayor convicción. Sigo creyendo que algo de eso había, incluso llego a pensar que construimos el amor común, paso a paso, por debajo de nuestras respectivas máscaras, con lo que teníamos de mejor y no mostrábamos públicamente, que el amor lo hicieron los "otros" secretos que estaban en nosotros, seres mucho más simples, auténticos y tímidos, que las máscaras brillantes y provocativas que calzábamos.

De ese tiempo tengo la imagen de diálogos de teatro complicados y gratuitos. ¿Eran sólo míos o también de ella? Nada de eso ha quedado y sin embargo todo se ha reforzado, no se ha debilitado. Por debajo de las máscaras estábamos nosotros, y era mejor.

Primer llamado al vuelo. Sensación de desconuelo, las cosas se ponen en movimiento, pronto llevarán a Marta a la mesa de operaciones. Hoy he estado repitiendo el poemita de Alberti cuando la muerte de Federico: Por el mar Negro un barco/ va a Rumanía/ por caminos sin agua / va tu agonía/ Verte y no verte/ yo lejos navegando/ tú por la muerte.²¹⁸

Tan siniestro en la soleada tarde de Washington, mientras esperaba a Saúl en la boca del metro de Foggy Bottom y muerto de hambre y harto de cigarrillos compré tangerinas y bananas de la gorda vendedora frente al Hospital e hice mi almuerzo en uno de los bancos de cemento del pequeño paseo frente a la Universidad G. Washington. Radiante día, gente ya sin abrigos, frutas y flores que compraban, ¡y yo musitando esos versos!

Lunes 31 de marzo

Ya pasó lo peor: el viernes la operaron, extrayéndole el seno izquierdo y los ganglios del mismo brazo izquierdo. Es una operación brutal, de la que está reponiéndose bien, y al parecer la única para drásticamente combatir la irradiación del cáncer. Marta lo ha enfrentado con una entereza admirable, propia de su energía y lleva adelante sus dolores y sus primeros ejercicios con decisión. Pero no quiere ver a nadie, salvo al grupo familiar (Gustavo, Elba,²¹⁹ yo y Lía)²²⁰ y prefiere prolongar la atención de las enfermeras y hasta quedarse más tiempo en la clínica, como retraída. Ayer llegaron a verla Feliza Bursztyń²²¹ y su marido y me pidió les dijera que no se encontraba bien, lo mismo que hizo con todas las amigas. Tiene dolores todavía, le es doloroso moverse aun en la cama pero además está todo su mirarse a sí misma en el nuevo estado, su decisión interior de no ser "la-mujer-que-

perdió-uh-seno" y su energía para continuar su vida no bien cerrado este episodio.

Yo vivo en un estado de cólera que explota con cualquier insignificancia, tratando de adaptarme a los hábitos suaves mundanos bogotanos y también a la falta de oxígeno y la fatiga que me produce la altura. Me cuesta mucho la comedia mundana, aun en su aspecto de preocupación afectiva por Marta y quisiera estar lejos de todo eso, estar con ella, solos, los dos, nada más.

Miércoles 2 de abril

Estamos en casa de los Ganitsky, quienes han salido por la semana santa y nos han dejado aquí instalados. Ha sido un gran suerte porque la casa es muy cómoda y muy apropiada dada la ausencia de la familia.

Marta se siente mal, física y espiritualmente. Dice tener dolores en el brazo y el pecho, toma constantemente calmantes y duerme mucho. No quiere ver a nadie: sólo pasó al teléfono cuando desde Miami la llamaron Lía y Susy.

El dolor la vence, y espero que al cesar se sienta mejor espiritualmente. Pero la veo triste, deprimida, al borde del llanto y no quiere tampoco comunicarse conmigo. Está encerrada en su meditación y su dolor. Pero no puedo saber si es la mutilación o el temor de la reaparición del mal, lo que en ella más pesa. Se siente disminuida. Sin fuerzas además.

En la biblioteca de los Ganitsky (arte, literatura, judaísmo) encontré una edición de Obras Completas de Filón de Alejandría, traducidas al español hace cinco años y publicadas en Buenos Aires que he comenzado a leer entre divertido e interesado. Es el problema de la interpretación alegórica lo que me atrae. Lo leo tratando de descubrir los mecanismos intelectuales que lo conducen a la interpretación por símbolos y encuentro que es frecuentemente una dificultad para el examen literario de los textos, nacido de una racionalidad verista. Al no poder ajustar el texto al patrón fijado por el discurso lógico-racional y verista, se pasa a una lectura simbólica, o, mejor, ésta se pretexta en aquella dificultad. Sus interpretaciones son ricas, pero es la literatura la que está negada en estas operaciones que se mueven entre la rígida lógica realista y la rígida lógica del razonamiento filosófico platonizante.

Jairo Aníbal Niño (1941) autor de los breves cuentos de *Puro Pueblo*, (Bogotá, 1977); cuentecitos, apólogos o fábulas, que trabajan sobre situaciones

absurdas o escenas costumbristas con remates de humor negro y sarcástico. Es el camino practicado por Luis Britto García²²² en *Rajatabla*, y es probable que haya sido ese libro el mentor de éste. Una vía eficaz aunque muy transitada para traducir la cólera protestataria y la impotencia.

Bella exposición de Gustavo, quien ronda en torno a su madre con visible angustia. Son las plazas otra vez pero manejadas con libertad, sometidas a la condición de serviciales asuntos para trasuntar una conmoción desenvuelta. El uso del espacio, el simultaneísmo de situaciones ahora conjugadas libremente, la introducción del color variado, todo indica una madurez y una eficiencia de artista mayor.

Corroboro esa impresión viendo los dibujos del libro que prepara sobre los dictadores militares, para un concurso mexicano. Es un trabajo en blanco y negro de asombrosa pericia. Siempre intenso, vigoroso y siempre elegante, refinado, a pesar de que su discurso intelectual implícito es muy simplista, heredero del librito exitoso de Galeano *Las venas abiertas*. Es la vitalidad, la interior energía, la que triunfa, a través de formas cada vez más precisas, más misteriosas, más cargadas de un plurisemantismo urgido. La sensación de que todo el ser, todo el psiquismo está jugado en estas imágenes.

Transformado en acompañante de Marta (mal enfermero, apenas si pagador de gastos y figura cercana para que se sienta acompañada) dispongo de un tiempo vacío, como hace mucho no me ocurría. He traído el trabajo que estaba haciendo sobre Arguédas, pero no lo he abierto. Oigo música, reviso libros; converso con gente que viene, como mucho (porque me obligué a no fumar, cuando tomé conciencia, horrorizado, de la operación de Marta) y pierdo tiempo, sobre todo esto, que es una actividad que practico bien poco: Forjo sueños de la vigilia, sobre un futuro muy feliz, de Marta y mío (y de todos nuestros chicos) haciendo al fin lo que siempre quisimos y nunca pudimos, juntos, poderosos, creativos, instalados todos en Barcelona en un bello edificio de Gaudí restaurado por todos nosotros. Es un modo de salir de la angustia de la enfermedad.

Miércoles 9

Marta mejora visiblemente. Sigue con dolores pero la curación de hoy en la clínica del cirujano (Hernán Rodríguez Cortés) indica una recuperación franca. El médico que la conoce de hace tiempo y la estima, le advierte sobre los problemas psicológicos que deberá enfrentar y sobre las depresiones que

le esperan. Marta responde, tal como yo mismo venía rumiándolo, que se siente con fuerzas para enfrentar esa situación (aunque todos han venido previniéndola en una forma tan insistente que realmente provoca inquietud) pero que le parece mucho más grave, psicológicamente, la sensación de que se enfrenta a una enfermedad que puede repetirse. Es eso lo grave y aun creyendo que dado el tipo de cáncer (de seno) y la forma en que se ha operado drásticamente, tenemos las mayores garantías posibles respecto a una curación definitiva, a pesar de todo esto creo que debemos disponernos a convivir con el cáncer por mucho tiempo; revisiones periódicas, aplicaciones de radio, inquietudes inevitables ante cualquier síntoma. Esto último sobre todo dada la propensión alarmista de Marta que hace de ella el típico enfermo imaginario. Me siento con fuerzas para ese futuro: desearía mucho que se hiciera grata su vida y se aplacara la repentina angustia que la asalta. En estos días basta mirarle la cara, sobre todo cuando acaba de representar su comedia en el teléfono con las amigas que llaman de todos lados tranquilizándola con bromas sobre su pérdida de un pecho. No bien cuelga, su cara se endurece y parece estar tan lejana, como clausurada en su enfermedad, sin comunicación.

Sábado 19 de abril

El 12 volvimos a Washington y Marta encontró su pequeño grupo amigo (Lilli Alurralde²²³, Golo y Leonor Pico) pero también la dureza de los médicos norteamericanos, quienes resolvieron proceder a exámenes generales para averiguar si no hay metástasis en otras zonas del cuerpo. En eso está y hasta fines de la semana próxima deberá hacerse exámenes de hígado, huesos y radiografías. Fue una catástrofe psicológica: Marta se había estado haciendo fuerte para enfrentar la pérdida del seno (aún no me ha permitido verlo) pero no había previsto esta otra situación que la puso junto a la muerte como cosa inminente. Cayó en absoluta postración, aterrada como nunca la vi, concentrada sobre su pánico, viéndose muerta. Trató de dormir con drogas todo el tiempo posible, trató de leer libros que la apartaran de ese pensamiento, pero el gesto rígido, los ojos asustados, casi la incapacidad de hablar (y no se diga sonreír) mostraron su estado de miedo. Un animal golpeado, eso pareció los primeros días y aun temí que se afectara nuestra relación porque se puso brusca (ella que nunca lo es) y pareció molestarla o no complacerla al menos mi presencia (recordé las escenas iniciales de la novela de Onetti)²²⁴.

Todo esto ha cedido algo en este fin de semana: sus amigos la divertieron, incluso fue de compras (lo que como ella reconoce es un signo evidente de salud) y nuestra relación es tierna. Yo mismo, incitado por ella, fui unas horas a Nueva York (fui y vine en el día) para hablar como tenía previsto en la apertura del coloquio²²⁵ dedicado a Cortázar, un fastidioso acto que sirvió para verlo a Julio y a [James] Petras²²⁶, para saludar a algunos amigos, entre ellos los Díaz que habían ido a Nueva York desde Wooster donde están y para mantener una nueva conversación exploratoria con el Center, sobre el proyecto de edición de clásicos.

Mientras tanto acepté al fin la propuesta de Maryland University para integrar el staff del Department of Spanish (con una retribución de 43.500 dólares que ellos aseguran es la más alta de toda la sección Humanidades de la Universidad) lo que era un proyecto anterior a la enfermedad de Marta e incluso incitado por ella, pero que cobró su necesidad y urgencia ahora, pues necesito poder contar con los mejores médicos, hospitales y centros de investigación de cáncer, para cualquier eventualidad de futuro y sé que a mi alcance sólo están los recursos de este país. El acuerdo es para enero 81, después del curso en Princeton University este otoño (setiembre-diciembre 80) y eso marca el fin del dilema venezolano: iré en setiembre para alejarme definitivamente de la Universidad y de la editorial, y es esta última la que me duele. Los llamé por teléfono en estos días y los encontré somnolientos y sin intensidad: en solo dos meses un solo libro, el de Halperin, que ni siquiera me habían mandado. ¡Tanto que soñé aproximarme este año a los cien títulos!

Ordeno nuestro calendario próximo. En junio iríamos a España: como ahora tengo el congresito para Onetti del 5 al 8, iría a México y retornaría, para partir aproximadamente por el 15 de junio. Nos quedaríamos en Barcelona durante todo el verano, quizás con visita de los hijos, salvo una salida en julio a México, al congreso de Zea, y otra en agosto al de los Hispanistas en Venecia, que desearía hiciéramos con Marta para una pequeña excursión italiana.

En setiembre volveríamos: querría pasar por Caracas para ajustar la situación y de allí ir a Washington para recoger equipaje y seguir a Princeton, donde nos instalaríamos hasta enero. Aprovecharíamos para el examen periódico de Marta en Washington, con sus médicos.

Jueves 24

"Your tests are all right" le dijo la doctora Sherwin al entrar al consultorio y Marta se le echó al cuello abrazándola.

Concluyó así el espanto de esta semana. Marta llegó a estar totalmente enajenada, convencida de que muy poca vida le quedaba, que tenía un cáncer generalizado que todos le ocultábamos y pasó los mayores extremos de la desesperación.

Dos operaciones psíquicas que le conozco bien me llevaron a un estado de angustia en que me daba contra las paredes: la imaginación desencadenada, ingobernable, que domina todo y la arrastra en un vórtice contra el cual todo razonamiento es vano y la imposibilidad de sostener por mucho tiempo ese estado de frenesí psíquico, buscando desesperadamente el modo de cortarlo sin reflexionar mucho sobre a qué medios apelar para eso: darse muerte sería un modo de poner fin al frenesí de estar viendo la muerte inminente.

La noche de vísperas la pasamos prácticamente en blanco, deambulando por la casa, durmiéndome de cansado y despertando con sus gemidos.

Todo pasó ya, y en contraste, el horror real de la operación y los sufrimientos del brazo que continúan, parecen ahora cosa menor.

Domingo 27

Desagrado, cólera y más tarde una larga, larga depresión, cuando oí a Cortázar en el acto de presentación de la revista *Sin Censura* que él patrocina en París:

Me consta su falta de información política y no digamos económica o social, y su escaso discernimiento para la problemática internacional. Como él confiesa, hasta mediados los sesenta era un literato puro que además nada sabía de América Latina. Lo desgraciado es que no ha hecho reales esfuerzos para informarse mejor, estudiar los problemas y verlos con una perspectiva objetiva. Pero a pesar de que sigue siendo un "literato puro" opina sobre política con tal simpleza, ignorancia de los asuntos y elementalidad del razonamiento, que produce o descorazonamiento o cólera. A mí las dos cosas y concluyo abominando de los escritores metidos a políticos: concluyen haciendo mal las dos cosas.

En Julio, dentro de ese constitutivo y original funcionamiento enrevesado del tiempo, se oye a un adolescente quinceañero decir simplezas, sobre el exilio, sobre Nicaragua ("en dos años habrán sido resueltos los problemas

del país”), sobre los regímenes militares, sobre el socialismo (una simple panacea), sobre los escritores-comprometidos.

He defendido siempre su candor (como lo he hecho respecto a Benedetti) y su honestidad; quienes estaban cerca de mí en el acto no compartían mi creencia. Todos sin embargo coincidimos en la penosa impresión dada por su disertación y sus respuestas a las preguntas (infausta fue su explicación de lo ocurrido en la embajada peruana de La Habana, llegando a negar que hubiera 10.000 personas a pesar del testimonio peruano y del reconocimiento cubano) y a mí me volvió a plantear esta espina sobre los perjuicios que estos intelectuales ignorantes de la realidad social, económica y política de nuestros pueblos provocan en las jóvenes generaciones que creen en ellos (porque son buenos escritores no porque sean políticos buenos) y están dispuestos a aceptar sus juicios.

La extrapolación es evidente: aprovechando la autoridad ganada en el campo de la “literatura pura” se la usa para impartir una doctrina sobre asuntos que le son enteramente ajenos y donde no ha habido prueba de ningún tipo de competencia o de conocimiento serio. Desgraciado equívoco. He conocido sus desgraciadas consecuencias en el pasado y nada parece que ellas hayan contribuido a hacer más serias y responsables las palabras políticas que hoy siguen pronunciando los intelectuales.

Mayo 2

Muy despacio, todavía tímidamente, Marta y yo estamos saliendo. Y literalmente, saliendo de un encierro en la casa donde nos reclusimos estas semanas, salvo cuando había que ir al médico o cuando los amigos nos forzaban a salir. Hoy también ha concluido la serie de días fríos y lluviosos, los cielos comenzaron a despejarse, la temperatura a subir, y las azaleas y las glicinas han florecido repentinamente. Ayer fui a la Biblioteca del Congreso y hoy también, preparando la bibliografía de mis cursos en Princeton, y estuve haciendo copias de diversos materiales en la xerox, artículos y libros que necesitaré. Marta salió hoy, fue al Banco a buscar dinero, compró una librería para su cuarto y se acercó al Potomac: se sintió bien, le dolió menos el brazo. Acabamos de ir los dos al mercado, que queda a unas ocho cuadras a comprar alimentos. Averigüé los precios del viaje a Madrid, mandé carta –¡al fin!– para comprar el xerox del libro que Amparo me pidió, mandé pedido a Saúl para que avisara a la Biblioteca de la Universidad que los libros que me reclamaba los había devuelto. Me queda el “income tax” que he venido demorando, algunas cartas y asuntos con la

Ayacucho, una cita con un médico (tuve una rara postración en la calle hace unos días y Marta se asustó) y luego trabajar en los artículos que debo: con Mont Clair College, con el coloquio Cortázar y los dos sobre Arguedas. Al mismo tiempo avanzar los trabajos respecto a los cursos de Princeton. Es mucho. Quisiera descansar. Pero en estos días, ayer y hoy, dejé de tener miedo, cosa que sé porque dejé de fantasear despierto con historias compensatorias, felices por lo tanto, que habrían de sucederme.

Insólita (aunque previsible) carta de Carlos [Rama]. Le había puesto unas líneas al volver de Bogotá, en respuesta a una carta suya que encontré atrasada, explicándole lo ocurrido a Marta. Su carta dedica las cuatro primeras líneas a decir que lo lamenta y las restantes treinta a hablar de sí y a exigirme que le busque materiales bibliográficos, escriba sobre sus asuntos y trate de colaborar en sus proyectos.

Me temo que va a ser difícil nuestra cercanía en Barcelona y puedo prever alguna necesaria explosión para pararlo. Creo que está en plena pendiente paranoica. Todo lo que he hecho en los últimos diez meses para que mantuviéramos una relación distante y educada, no parece haberle hecho mella. ¡Ojalá pudiera apaciblemente hacerle comprender que lo mejor es el mutuo respeto!

Mayo 25

Con ayuda de Leonor, hice la mudanza de mis libros del Wilson Center, concluyendo así el año de mi beca. Fui verdaderamente feliz allí: leí, estudié, escribí, aprendí muchas cosas y estuve, sobre todo, en paz.

Van a remodelar todo el ala del castillo de la Smithsonian donde estábamos los del Latin American Program, de modo que desaparecerá también mi espaciosa oficina con ventanas sobre los jardines del museo, en los cuales vi sucederse las cuatro estaciones.

Extrañaré sobre todo el Mall, la hora del crepúsculo en que salía para casa, sintiendo el espacio, los árboles, el cielo de color, la silueta de los museos. Esa calma honda de la hora.

Mayo 30

Ya en la preparación del viaje, tecleando sobre la máquina para concluir los ensayos sobre Arguedas que prometí a Julio Ortega y a Cornejo Polar. Siempre trabajando apresurado, sin concluir el estudio del tema y sin sedimentarlo, trabajando sobre la invención que parece encenderse en los estados de tensión, cuando las ideas irrumpen como fogonazos.

Almuerzo con Heberto Padilla. Está aún tenso, explosivo, pero con la misma inteligencia alucinada que le conozco. Sus historias de Cuba son fantásticas hasta un grado impensable y no ceso de preguntarme si describe un mundo paranoico o lo ve paranoicamente. Todo es intriga, maquiavelismo, pervertido ejercicio del poder, impiedad y crueldad. Todos son cínicos, calculadores y dementes. Todos, sobre todo, son policías.

Me hace la historia de sus intentos de salida, en los dos últimos años, sus diversas operaciones y pedidos para que los amigos y extranjeros intercedan con el régimen, y la constante burla de los jefes a esas gestiones. Intentó incluso fugarse en un bote, pero el intento fracasó y los tranquilos policías que lo custodian, interceptan sus llamadas, controlan sus visitantes y lo aconsejan, lo llaman al orden. Sobre todo eso, omnipresente, Fidel, a quien ha estado escribiendo para obtener salida, denunciando hostigamientos o emboscadas, dedicándole libros con falsos encomios. Según su visión es él quien resuelve todo, incluso un asunto tan nimio como éste, quien hace vigilar, está informado, averigua lo que hacen, combina y decide. Imposible no recordar el 1984 de Orwell ante esta visión del régimen cubano. Imposible no pensar que es demasiado literaria y alucinada.

Pero lo más duro es la repetida indicación de que los escritores son informantes policiales, que rinden cuentas a la Seguridad del Estado de sus conversaciones con otros escritores o de lo que llega a su conocimiento.

Según Heberto lo hacen todos: da datos sobre la forma pública en que Roberto Fernández Retamar traslada toda su correspondencia a Seguridad del Estado. Asegura que Norberto Fuentes es informante policial, desde siempre, y explica su comportamiento en la autocrítica de Padilla, por no haberla ensayado como los otros bajo la conducción de Portuondo y no estar, por lo tanto adiestrado. Pero asegura rotundamente que está disciplinadamente plegado a las órdenes de Seguridad del Estado²²⁷.

A esta altura le pregunto por su mejor amigo: “¿Y Pablo Armando Fernández?” “No, él no, —contesta bruscamente y cuando sigo mirándole en silencio, agrega— sí, también él, pero nunca ha querido firmar sus informes y ellos tampoco se lo exigen. Lo hace por la familia, para tener una seguridad y porque ya no tiene fuerzas para encarar la salida con su mujer y sus hijos. Informa de las conversaciones que mantiene en el Hotel Nacional con extranjeros y ahora que estuvo en USA, me dijo cuando lo despedí que se le habían acercado algunos a hablarle, lo que le daba material para unos informes que probablemente fortalecerían su posición, de modo de poder otra vez salir de Cuba”.

Me cuenta el problema de su hija mayor, que es confesadamente lesbiana, y cómo gracias a sus relaciones con Seguridad, Pablo Armando consiguió que no la expulsaran de la Universidad como habían resuelto y sólo la trasladaran a otra sección: Me cuenta que tanto Maruja, la mujer de Pablo, como las hijas, quieren salir de Cuba, pero él no se atreve, se siente ya viejo e incapaz de la lucha para empezar de nuevo.

Junio 10

Una semana en Xalapa, México, para el homenaje a Juan Carlos Onetti que, a iniciativa de Ruffinelli, organizó la Universidad de Veracruz. Poco interesante en sí, pretexto para encontrarme con amigos, empezando con el propio Onetti, a quien no veía desde 1972.

Físicamente mal, no sólo por sus setenta, sino por la hinchazón, la dificultad para moverse, los malestares varios que no creo puedan atribuirse todos al alcohol. Sigue tomando, preferentemente vino, quizás en dosis mayores de las que puede soportar, pero su decaimiento físico parece responder a más causas que Dolly²²⁸, no llega a enumerar ni conocer. Ella lucha día a día contra la dosis de vino, pero también para llevarlo a los médicos y curarlo. Ve mal, se le inyectan los ojos repentinamente y le lloran; se fatiga muy pronto, incluso la mera conversación. Pero espiritualmente está muy bien, feliz en el encuentro con amigos en la intimidad, aterrado con el público como siempre, parloteador y bromista incluso, menos áspero y defensivo que antes. Lee sin cesar novelas, preferentemente policiales, tendido en la cama, bebiendo y fumando, pero agradece que lo visiten y acompañen. Carlos Martínez [Moreno] y yo hicimos de acompañantes e improvisados enfermeros, ayudando a Dolly, y él dejaba hacer con placidez. Ruffinelli nos puso a todos en un hotel separado, junto con Fernando Alegría, de modo que pasamos la mayor parte del tiempo libre con él.

Sólo fue a la inauguración del coloquio, sentado como un maniquí rosado entre el rector y el gobernador, sólo dijo tres palabras (“no, hablar no!”) cuando creyó que el gobernador se dirigía a él para instarlo a decir un discurso y no volvió más por el encuentro para general consternación y fastidio de los estudiantes y de los otros invitados, escritores y profesores, reunidos para homenajearle.

Inútiles fueron nuestros intentos para llevarlo a la Universidad o tratar de que se viera con los escritores mexicanos. [Carlos] Monsiváis, que hizo un excelente análisis de su obra, le remitió unos libros para que se los

autografiara, dado que no pudo verlo. Y creo que Onetti, atendiendo nuestras referencias sobre él, hubiera querido verlo, pero concluía "no pudiendo".

Encuentro con Ida y con Enrique Fierro²²⁹ y conversación fluida con ellos, apaciblemente. La relación distendida y cordial. Desde luego, los chicos como tema primero, pero también la vida profesional de ellos en México y su situación. Ella leyó un texto preciso interpretando la última novela de Onetti y él un poema conjugando Santa María-Montevideo, en la distancia.

Noé Jitrik, cordial, divertido y quejoso, del mundo y sus monarquías, pero visiblemente más encajado en el medio mexicano, feliz en su vida familiar y amistosa.

Gustavo Sainz, preciso, cauteloso, humorístico, hizo una intervención-denuncia sobre las revistas mexicanas con una gracia y agudeza que no le conocía. Y Monsiváis, que escribió todas sus intervenciones, fue la mejor contribución intelectual al coloquio: inteligente, independiente y original en sus perspectivas, siempre enriquecidas por un cauto subjetivismo.

Largas conversaciones con Gabo, que vino al homenaje con Meche y Rodrigo²³⁰ (hecho un hombrón) que obligadamente rotaron sobre la situación cubana. En la conversación revela una percepción realista de la vida cubana, reconoce que su política exterior es desmesurada ("paranoica" dice) y que existen problemas muy concretos de mal funcionamiento. Pero todo ello dentro de una relación que se me hace afectiva más que analítica como es la mía.

El manifiesto que quería hacer circular y que traté de persuadirlo de que no era "ni fructuoso ni oportuno" como decía Darío en las *Prosas Profanas*, es una declaración vaga de apoyo a Cuba ante las agresiones norteamericanas, sin color político, como destinado a recibir la adhesión de los independientes. Le pedí que las precisara, esas agresiones, y no pasaron de conjeturas, las que todos hacemos acerca del posible futuro de Reagan en las elecciones norteamericanas del próximo noviembre, pero que en el momento actual no tienen fundamento. Curiosa sensación de que trabaja a partir de la irrealidad en que se está moviendo el equipo dirigente cubano quien, obviamente, le ha pedido que haga este manifiesto y mueva una solidaridad en un momento aciago.

Estaba en Cuba cuando el episodio Reinaldo Arenas y me confirma cómo

se produjo. Según él los funcionarios de Interior trabajaron con una lista que individualizaba al escritor como Reinaldo A. Fuentes y me agrega que la información de la periodista del *Post* a propósito de la preocupación del Ministro de Cultura tratando de que Arenas pudiera salir normalmente de Cuba (como Heberto Padilla) "se la proporcionamos nosotros" (?).

Muchas preguntas sobre Heberto, a quien me dice que no conocía y que le impresionó en el diálogo que sostuvo. Le preocupa lo que diga sobre él y me trasmite una frase de Carmen Balcells a quien Heberto habría dicho cosas contra él. Trato de ser muy preciso acerca de lo que me dijo Heberto y es que no creía que fuera por él que lo dejaron salir, sino por la intervención de Ted Kennedy. La explicación que me da Gabo es muy pintoresca: el mismo Fidel le habría avisado que lo iban a dejar salir, comunicándoselo para que supiera que era gracias a su pedido, como una demostración de amistad para con Gabo quien, me agrega, ha intervenido a favor de varias gentes en malas situaciones. Me dice que luego Fidel quedó asombrado cuando se enteró de que en Nueva York lo estaba esperando Kennedy en el aeropuerto. La explicación de ambos es que el representante diplomático americano en La Habana no es "carterista" sino "kennedyano" y que aprovechó la salida de Heberto avisándole a Ted Kennedy para contribuir a su campaña electoral ante el electorado cubano.

En las largas conversaciones con Gabo, siempre la curiosa impresión de que se maneja con "historias" que son casi materiales literarios, sucesos de la vida que resultan llamativos e ilustrativos, pero sin trasladarlos al servicio de normas generales o leyes del funcionamiento político o económico, como tiendo a hacer yo. La sensación de que manejamos dos diferentes instrumentales cognoscitivos.

Cuando le digo que no firmo el manifiesto ni me parece conveniente propiciarlo en este momento, me pregunta si, en cambio, estaría dispuesto a ir a Cuba. Con cierto escepticismo le digo que sí, que estoy siempre dispuesto a discutir lo que sea honradamente, pero que no expido cheques en blanco. Y no agregó que me parece un diálogo con pocas posibilidades de resultar fructuoso. A pesar de que veo con evidente simpatía el retorno de Hart al Ministerio de Cultura, con lo cual ha resultado desmilitarizado. La interpretación que da de la salida de los cien mil para USA me produce la mayor de las sorpresas, pues en ella creo detectar la concepción de la dirigencia cubana: que ha sido el modo de forzar a los Estados Unidos a sentarse en la mesa de conferencias para arreglar el diferendo entre ambos países y

que ya está en curso esa discusión de la que cree habrá resultados "antes de las elecciones de noviembre". La misma sorpresa respecto al caso afgano, del que me dice que la invasión no cuenta con el apoyo de Cuba. Y cuando le recuerdo la votación en las Naciones Unidas y el distinto comportamiento de un país miembro del pacto de Varsovia como Rumania (que faltó ese día) y el del país presidente de los no alineados (Cuba) que votó con la Unión Soviética, se limita a decir "que Cuba no podía hacer otra cosa"; que es lo que yo también pienso pero que no permite una interpretación idealista de los comportamientos políticos de los estados sino la realista de las fuerzas en acción.

En México, Gabo me pasa el original de su próxima novela "Crónica de una muerte anunciada" que leo en la noche, sin soltarla. Tiene solo 180 páginas de máquina y es una suerte de *Cien años* concentrada, a la manera de *El Coronel*. Un "fait divers" admirablemente contado, con una precisión más austera que en los *Cien Años*, utilizando los mismos recursos pero con más energía y concentración, con menos deslices de esa mala poesía que hay en los *Cien Años*.

Es una historia italiana como en Boccaccio o en Mateo Bandello, aunque ambientada en un pueblecito costero, creo que Sucre, de Colombia, nacida de un episodio real ocurrido cuando Gabo era un muchacho. Se le podría definir como el juego del azar, del amor y de la muerte, pues los tres triunfos se suceden en el libro.

Setiembre 10

Escribo en Princeton, en el apartamento que arrendamos y al que llegamos ayer desde Washington. En él viviremos hasta fin de año mientras dictemos nuestros cursos en la Universidad. Marta hará uno sobre arte latinoamericano contemporáneo y yo dos: uno sobre la poesía de la Nueva España en el XVII (de Balbuena a Sor Juana) y otro sobre el pensamiento latinoamericano en el XIX, de Bolívar a Rodó.

Muchas cosas desde mi última anotación. Reencuentro esta libreta al abrir el equipaje y compruebo que nada he anotado en los últimos meses. Nunca sé por qué la abandono ni por qué vuelvo a ella. El 14 de junio viajamos a Europa, instalándonos en el apartamentito de Barcelona. Vinieron nuestros hijos: primero Fernandito, desde París, y luego Gustavo con Emiliano (desde Bogotá) y Claudio y Amparo (desde Caracas). A fines de julio fui por una semana a México, para un Seminario de Integración

Latinoamericana que organizó Leopoldo Zea en la UNAM. Y a fines de agosto, una vez que nos despedimos de los chicos, fuimos Marta y yo a Venecia, por una semana, aprovechando que yo tenía allí un Congreso de Hispánistas -sin ningún interés pero que me financiaba la Ayacucho para presentar su colección.

El 4 de setiembre volamos a Washington, luego de la agonía de esperados visados que no llegaban (los reclamé durante dos meses y sólo aparecieron el 2 de setiembre, dos días antes del viaje).

En Washington vimos a nuestros médicos (a Marta la encontraron bien en todo) y en esos cuatro días (en que volvimos a vivir en nuestra casa de Georgetown junto con Daniel [Goldstein] y Cora [Sadowski Ratto] que la están ocupando) compramos un apartamento con la intención de radicarnos en Washington por unos años.

En todo este tiempo que transcurrió sin anotaciones, firmé el contrato con Maryland University, donde ingresaré como profesor titular (senior) en enero, renuncié a la Universidad Central de Venezuela, más exactamente, al bonito proyecto de los posgrados en Latinoamericana que yo mismo había diseñado a pedido de Di Prisco, y estoy preparando mi alejamiento de la Ayacucho, cosa que sí me duele y a la que no me conformo. Seguiré de cualquier manera asesorándola.

Fueron 3 meses, compruebo. Al reunirlos, siento que fueron muchas más cosas que las que imaginaba, aunque todas componiendo un paisaje dislocado, insatisfactorio en su totalidad pero con bellos momentos.

Escribí en Barcelona algunos textos que debía: uno para *L'Arc* que se propone un número dedicado a Cortázar; dos artículos para *Sábado* de México; la ponencia para el Seminario de México y la ponencia para el de Venecia (sobre Balbuena). Estudié bastante entrecortadamente. Y compré muchos libros, que leí parcialmente y a borbotones. Encontré bien a los chicos, tanto a Amparo (feliz con su amigo en Caracas, más segura por lo tanto y más confiada) como a Claudio (mejor guiada su imaginación, más orientada su vida); Gustavo maduro, más claro y resuelto en su vida, trabajando artísticamente con rigor y certeza, y además con pasión; Fernando en un período incierto, dividido por sus intereses (matemáticas por un lado, letras y artes por otro) y además con una mala salud que nos ha inquietado mucho a Marta y a mí. Sigue siendo la intensidad de vida, el goce descubridor de la belleza y la gracia del mundo. Y muy necesitado de amiga afín.

Quien ha estado menos bien ha sido Marta. Sobre todo conmigo; ha sentido que no la he acompañado en su proyecto de vacaciones perfectas

(me sumo en los libros, en mis apuntes, en mi estudio) y hemos tenido dos desacuerdos feos. Atribuyo a su estado (anímico aun más que físico) que se le hayan hecho más intolerables mis viejos y conocidos defectos de carácter. Está necesitada de cambio, de novedades y de pasiones nuevas, sueltas, graciosas, ajenas al orbe de la necesidad donde se ha producido su enfermedad, su mutilación, el trabajo rutinario de todos los días, las permanentes dificultades con el dinero. No pasamos por ahogos mayores, pero los límites del dinero se han hecho más notorios: porque los gastos con los chicos son altos, porque encontramos carísima España y más Italia, porque hemos estado ahorrando para la compra de nuevo apartamento de Washington.

Más que esas limitaciones, es un ansia de salir de la sombra de la enfermedad y todos los días el dolor del brazo, la fatiga del trabajo de la casa, se la recuerdan. Y en su modos drásticos de pasar a posiciones extremas, siente su vida derrumbada y todo gris, penoso, sin futuro. Además le cuesta aceptar el paso del tiempo: tanto interior como exteriormente sigue bella, graciosa, imaginativa, pero ha cruzado los 50; comienza a sentirse cansada, las cosas no son del mismo ritmo liviano ni obedecen sumisas a los impulsos.

Creo que la quiero aún más que antes, como mejor parte de mí, tanto como para desear que alcance su felicidad; aun sin mí. Percibo que siente que la mutilación del seno le ha imposibilitado nuevas conquistas (aun las imaginarias del deseo libre, sin realización) y está obligada a esta relación conmigo, ya no por propia voluntad y amor, como ha sido siempre, sino por imposición externa. Eso puede dañar nuestra relación: ella necesita de su libertad constante, de su disponibilidad, para poder rendirla o desecharla, pues en este caso es un acto de generosidad y de puro amor, es una aventura de la imaginación creadora.

El reino de la necesidad es de los más ahogantes, y siempre ha vivido (temerosamente) en el de la libertad y la gracia.

Setiembre 10

Recupero cosas: imágenes, estados de ánimo, conversaciones, simples miradas. Y las pierdo. Me he puesto a sacar fotografías, para que no mueran esos momentos. Pero no vuelvo a verlas, ahí quedan.

Este amor por la naturaleza (por los árboles sobre todo) que he conquistado despaciosamente en USA, me ha llevado a la ecología. Estoy haciendo más las demandas de tanta gente común que quiere un ámbito afín, que procura preservar nuestra "naturaleza" en un universo cada vez más

contrario y cruel a las apetencias de la vida. En el seminario de integración, alguien se burló de esta búsqueda de "jardincitos amenos" para ricos. Es cierto que fueron los relativamente ricos de los países desarrollados quienes hicieron la protesta, pero ello no disminuye nada de su legitimidad. Vivir en el jardín donde nacimos, retornar a nuestro paraíso terrenal. ¿Por qué no?

Washington enero 14 de 1981

Ya pasó Princeton, con su otoñal calidez y su falta de gracia (como parece privativo de las universidades del "Ivy League") pero también con nuestras escapadas a Nueva York al apartamento que nos prestaron los Iglicki, y con mi entusiasmo por su acogedora biblioteca. Allí estuve absorto en el México del siglo XVI y allí escribí unas cien páginas para que introdujeran al tema que realmente quería tratar (Balbuena) y que quedó sin hacer. Estamos ahora en Washington viviendo en un pequeño duplex (1615 Q St N.W. apt. T.5) de un remodelado hotel del siglo pasado (The Cairo), Marta hizo de él un espacio grato e imaginativo, a pesar de su pequeñez y de que el piso bajo es prácticamente un *basement* sin luz. Compró algunos muebles antiguos, trajo nuevas obras de arte, le hizo un piso en damero blanco y negro y consiguió un clima "vermeeriano" (como en su literatura).

En el estudio pusimos una biblioteca ocupando toda la pared, la cual prácticamente quedó llena con las cajas de libros existentes. Ni pensar en traer la biblioteca, ni la de Montevideo, ni mucho menos la de Caracas. ¿Qué hacer con ellas? ¿Y la de Barcelona, que con los libros de Fernandito se llenó con buena literatura del XX?

Empecé clases hace ya un mes, en la Universidad de Maryland: ambiente cordial, simpático, irremisiblemente rústico, sin refinación intelectual y mucho menos sofisticación. Doy dos cursos: uno sobre textos de Felisberto Hernández, destinado a examinar los análisis psicoanalíticos de la crítica literaria (ya dieron curiosos resultados aplicados a "El acomodador" —el difícil pasaje de las prácticas onanistas al ejercicio sexual adulto, el cual sigue marcado por las tendencias hedónicas y cosificantes de aquéllas) y repito el curso dado en Princeton sobre "La Nueva España del XVII, del manierismo al barroco".

Estoy lejos de un diario. No siento necesidad de él, ni deseo. Lo encontré

en el progresivo ordenamiento de los papeles, que voy haciendo desde que dispongo de estanterías y archivadores.

Tampoco tengo tiempo. Como siempre las clases me ocupan muchas horas (siempre hay nuevas lecturas) y los compromisos contraídos son tantos que no sé cómo llevarlos adelante. Prometidos: ensayo para la Cambridge History of Latin America; antología para la Suhrkamp Verlag; antología de narradores para *Marcha*; artículo para *Review*, artículo para número de *Sábado* en México, etc., etc.

Peró necesitaba un cuaderno de anotaciones (correspondencia, pagos, etc.) y éste se adapta. Lo seguiré como anotador²³¹.

20 de abril de 1983

Primer día en la casa nueva 9me Notre Dame du Victoires, aún con pintores y sin todos los muebles. La inestabilidad, que ha hecho el fondo de mi vida en estos últimos seis meses, persiste, pero el espacio más fijo de la nueva casa, la atempero. Una ficción de hogar, aunque ¿por cuánto tiempo?

Los meses finales de Washington fueron mucho más duros de lo que yo mismo estaba dispuesto a reconocer: sensación lancinante de soledad y acabamiento, renuncia a una vida por mí regida, reconocimiento de una cercana vejez.

Duro golpe al orgullo de sentirse "radiante y duradero", reconocimiento desagradable de los límites que empiezan a ser infranqueables, rebeldía espontánea.

Todo tuvo poco qué ver con el conflicto con los bárbaros de la administración reaganista, aunque ellos desencadenaron la situación. Lo importante fue la destrucción de un destino trazado y organizado, de una familia afectuosa, de un lugar amoroso.

El aire desvaído que proporcionan en las fotos los cabellos blancos, atestiguando que se está del otro lado de las pasiones encendidas. Una imagen externa que nada tiene que ver con la fuerza interior y, desde luego, aún menos con el incendio de la imaginación, del deseo. Rechazo, casi físico, del lugar que gracias a esa imagen, se me asigna en el comercio social. Ganas de salir disfrazado a la calle, como otro, contradiciendo la imagen que no puedo aceptar.

El conflicto se acrecienta porque creo que es el mismo que vive Marta, agudizado por la sensación de frustración y de dificultad para dominar las situaciones nuevas.

El cambio de escenario traerá muchos sinsabores, pero es la única eventualidad (habida cuenta del fluir desintegrador) de recuperar una nueva estabilidad, encontrar un proyecto de vida satisfactorio.

Revestir un nuevo disfraz: nuevos amigos, intereses, planes, nuevos libros y asuntos, nuevos gozos. No nuevo destino, para el cual no parece quedar tiempo; cumpliré 57 años el próximo 30 de abril. Para él solo queda reservado el sueño de la vigilia, que en mí se ha transformado en una doble vida que me aísla del mundo y a veces en un somnífero para entrar dulcemente al sueño reparador.

Mayo 2

La instalación del apartamento ha devorado todo el tiempo. O, mejor, le hemos entregado todo nuestro tiempo para olvidar lo pasado, las nuevas dificultades surgidas (posible cancelación del contrato de Marta, por la OEA, a causa de un artículo crítico de ella sobre la tarea cultural de la OEA) y también para evitar o postergar la entrada al trabajo intelectual sistemático.

No es sólo mi caso. Marta también siente la resistencia: leemos diarios, semanarios, hojeamos libros, escribimos cartas e incluso informes, pero es todo marginal. Con todo, vamos acercándonos, en un modo elusivo, al clima de trabajo, buscándolo y rehusándolo.

El pasado empieza a pesar menos.

Descubro que ha pasado un día entero y no me he acordado de Washington ni de Maryland, sobre todo no he sufrido.

La convalecencia avanza.

Quando me escriben que llame al abogado (Mike Maggio) necesito cobrar fuerzas, pero una vez establecida la comunicación, compruebo que tratar otra vez! del viejo asunto no me angustia como antes.

Creo que una vez que esté metido en mi trabajo de lleno y comience a generar nuevos proyectos, se irá cicatrizando mi sensación de malestar. Como haber sido ensuciado por gente torpe y malévol, y no haber podido contestarles como correspondía.

Haber estado bajo un poder despótico y despreciativo, ejercido por gentes inferiores. Lo que me faltaba en el conocimiento de las "entrañas del monstruo"²³³.

Índice de nombres propios

- Acosta Saignes, M., 119
Aguirre, Mariano, 70, 71
Alazraki, Jaime, 70, 77, 137, 138
Alberti, Rafael, 148
Alegría, Fernando, 71, 127, 157
Aleixandre, Vicente, 72
Allende, Salvador, 72, 99
Alonso, Amado, 72
Alonso, Dora, 130
Alsina Thevenet, Homero, 100, 102, 104, 105, 107, 108
Alsiná, Andrés, 104
Alurralde, Lilli, 151
Anderson Imbert, Enrique, 49, 92
Antillano, Sergio, 53
Araujo, Orlando, 81, 84, 88, 119, 121
Ardao, Arturo, 37, 107
Arenas, Braulio, 99
Arenas, Reinaldo, 74, 111, 130, 131, 158, 159
Arévalo, Julia, 73
Arguedas, José María, 51, 133, 136, 142, 145, 150, 155,
Arregui, Mario, 107
Arrigucci, David, 128
Avila, Leopoldo, 132
Azcárate, Manuel, 109
Aztudillo, Eyér, 90
Babel, Isaak, 131
Balbuena, Bernardo de, 160, 161
Balcells, Carmen, 64, 103, 159
Bandello, Mateo, 160
Barcha, Mercedes, 158
Barreto, Oswaldo, 87, 88, 89, 91
Barros Léméz, Álvaro, 143
Barthes, Roland, 142
Batista, Fulgencio, 74
Batlle y Ordóñez, José, 39
Bayón, Damián, 76, 77
Bécquer, Gustavo Adolfo, 39, 105
Bellini, Giuseppe, 92
Benedetti, Mario, 90, 102, 107, 131, 154
Benítez Rojo, Antonio, 45
Berenguer, Amanda, 143
Bergman, Ingmar, 101
Betancourt, Virginia, 85
Blanco Aguinaga, Carlos, 70
Blanco Fombona, Rufino, 33, 51, 52, 61
Bocaccio, Giovanni, 160
Bola de Nieve, 110
Bolívar, Simón, 160
Bolognini, Mario, 100
Bordaberry, Juan Ma., 36
Borges, Jacobo, 41, 71, 97
Borges, Jorge Luis, 71
Braem, María Pía, 123
Braudel, Fernand, 125
Brenan, Gerald, 95
Britto García, Luis, 150
Buarque de Holanda, Sergio, 36, 40,
Bursztyn, Feliza, 148
Butler, Samuel, 38
Cabrera Infante, Guillermo, 131, 141
Camacho, Eduardo, 118
Cândido, Antônio, 123, 128
Cánfora, Elba, 148
Cardenal, Ernesto, 63
Carilla, Emilio, 135
Carpentier, Alejo, 74, 131
Carrillo, Santiago, 109
Carrington, Leonora, 96
Carter, Boyd, 49
Castellanos, José Ramón, 67
Castellet, José Ma., 98
Castelvecchi, Gladis, 107
Castro, Américo, 138
Castro, Fidel, 74, 156, 159
Castro, Julio, 101, 102
Castro, Raúl, 132
Catalán, Diego, 70
Chiesa, Graciela, 128
Chirinos, 94

Claudio, Fernando, 95, 109
Codovila, Victorio, 72
Coelho, Joaquim, 127
Cofino, Manuel, 130, 132
Coll, Pedro Emilio, 86
Consalvi, Simón Alberto, 64
Cornejo Polar, Antonio, 116, 145, 155
Cortázar, Julio, 54-57, 59, 60, 77, 97, 133, 152, 153-154, 155, 161
Gouffon, Claude, 49
Crespo, Luis Alberto, 44, 84, 87, 90
Cuevas, José Luis, 41, 57
Da Cunha, Euclides, 125
Dantés, Edmundo, 103
Darío, Rubén, 47, 77, 158
de Ibarbourou, Juana, 126
de la Cruz, Juana Inés, 160
de Urdinola, Maritza, 48
Delgado, Gloria, 48
Dellepiane de Rama, Judith, 34, 95, 97, 104
Demida, Jacques, 142
Desnoes, Edmundo, 130, 131, 141
DeTiniecki, Mieczek, 84
Di Prisco, Rafael, 48, 94, 113, 114, 144, 161
Diamant, Glara, 41
Díaz Solís, Gustavo, 50
Díaz, José Pedro, 46, 128, 143, 152
Divinsky, Daniel, 121, 126
Donoso, José, 99
Dostoiéwski, Fiódor, 106, 137
Duarte, Eva, 72
Duclos, Jacques, 73
Durán, Armando, 113
Durán, encargado de negocios de la embajada, 35
Edwards, Jorge, 99
El Galpón, 63
Englekirk, John E., 49
Enríquez, Carlos, 74
Escobar, Alberto, 56
Escobar, Marisol, 55,
Escovar Salom, Raúl, 42
Esteban, Lilia, 74
Etcheverry, José E. 102
Fagundes Telles, Ligia, 128
Fernández Retamar, Roberto, 37, 39, 44, 46, 74, 131, 132, 156
Fernández, Pablo Armando, 156, 157
Fierro, Enrique, 158
Filón de Alejandría, 149
Fitzgerald, Francis Scott, 99
Flaubert, Gustave, 106
Flores Mora, Manuel, 128

Francastel, Pierre, 76
Franco, Jean, 127
Franqui, Carlos, 131
Freilich, Alicia, 121
Fresán, Juan, 70
Freud, Sigmund, 44
Fuentes, Carlos, 64, 68
Fuentes, Norberto, 74, 129, 130, 131, 156
Galeano, Eduardo, 150
Gamel, 96
Ganitsky, Lía, 148, 149
García Barcha, Rodrigo, 158
García Lorca, Federico, 72
García Márquez, Gabriel, 36, 38, 63, 64, 68, 103, 133, 134, 145, 158-160
García Morales, Luis, 67
García Robles, Hugo, 87, 88
Garmendia, Salvador, 36,
Garrels, Elizabeth, 49, 139
Gaudí, Antoni, 150
Genette, Gerard, 143
Gide, André, 33,
Gilbert, Isabel, 90
Goethe, 135
Goldstein, Daniel, 161
Gómez Grilo, Elio, 53
Gómez, Juan Vicente, 82
Gómez, Miriam, 141
Goncourt (hermanos), 86
González Bermejo, Ernesto, 107
González Bogen, Carlos, 53, 54
González León, Adriano, 64
Goytisolo, Juan, 64, 106
Goytisolo, Luis, 64, 106
Graça Aranha, 81
Graibers, Nelly, 77
Gravina, Alfredo Dante, 45
Guaicaipuro, 119
Guevara, Ernesto, 40, 45
Guido, Beatriz, 126
Guillén, Claudio, 70
Guillén, Jorge, 138
Guillén, Nicolás, 74, 75
Guimarães Rosa, João, 145
Gutiérrez Girardot, Rafael, 115
Gutiérrez, Carlos Ma., 107
Guzmán, Cristina, 113
Halperin Donghi, Tulio, 92, 152
Hamsun, Knut, 137
Harss, Luis, 143
Hart, Armando, 130, 131, 159
Hemingway, Ernest, 130,

Henríquez Ureña, Pedro, 49, 83
Hernández Catá, Sara, 73, 74, 75
Hernández, Felisberto, 46, 51, 164
Hernández, José Gregorio, 55, 71
Hirschman, 117
Ibárruri, Dolores (Pasionaria), 73
Igllicki, Jaime, 129, 164
Igllicki, Susy, 118, 149, 161, 164
Ilt, Hilda, 128
Imbert, Sofia, 42, 46, 93, 94
Izaguirre, Enrique, 80, 88
Jameson, Fredric, 138
Jitrik, Noé, 142, 143, 158
Joyce, James, 83
Kafka, Franz, 83
Karvelis, Ugné, 131
Kennedy, Edward, 159
Kennedy, John y Robert, 87
King, Martin Luther, 87
Koestler, Arthur, 107
La Roca, Graziana, 118, 132, 134
Labrador Ruiz, Enrique, 73, 74, 75
Lacan, Jaques, 142
Lagerloff, Selma, 137
Lastra, Pedro, 71
Laxness, Halldor, 137
Le Riverend, Julio, 74
Leite, Ligia, 128
Leñero, Vicente, 141
Levin, Hugo, 40
Lezama Lima, José, 75, 131
Lida, Raimundo, 91, 138
Lienhard, Martín, 142
Liscano, Juan, 82
Lizardo, Pedro Francisco, 85
Llebot Cazalis, Amaya, 116
Llosa, Patricia, 127
Lunar, Darío, 53
Macchi, Jessie, 35
Machado, Antonio, 64
Maggi, Carlos, 128
Maggio, Mike, 167
Maggiolo, Oscar, 138-139
Maggiolo, Rosaura, 139
Malinowski, Bronislaw, 132
Mariátegui, José Carlos, 39, 49
Marichal, Juan, 49
Marín, Germán, 99
Márquez, Alexis, 88
Martí, José, 44, 76, 120
Martínez Moreno, Carlos, 56, 100, 101-103, 106-107, 157

Martínez, Tomás Eloy, 84, 85, 87, 88
Martini, Simone, 90
Marx, Carlos, 119
Maurois, André, 49
Medina, José Ramón, 135
Mendoza, Soledad, 63
Menéndez Pelayo, Ramón, 38
Meneses, Guillermo, 82
Mígdal, Alicia, 79
Milián, Raúl, 74
Milián, Marcos, 80
Milla, Benito, 93
Miranda, Julio, 144
Molloy, Silvia, 136
Monsiváis, Carlos, 157, 158
Muhr, Dolly, 157
Muniz, Vicente, 102
Muñoz, Oscar, 90
Murra, John, 142
Nader, Ralph, 47,
Navarrete, Luis, 90, 113,
Neruda, Pablo, 34,
Nerval, Gérard, 119
Niño, Jairo Anibal, 149
Nogueira, Walnice, 128
Nuevo Grupo, 66
Oliver, Samy, 76
Onetti, Juan Carlos, 51, 151, 152, 157-158
Oreggioni, Alberto, 123
Ortega, Julio, 142, 145, 155
Ortiz, Fernando, 74
Orwell, George, 156
Otero Silva, familia, 87, 92, 93
Otero Silva, Miguel, 94
Otero, Mariana, 89
Pacheco, José Emilio, 60, 116
Padilla, Heberto, 45, 130, 156-155, 159
Palacios, Alirio, 68
Palacios, Dr., 67
Palacios, María Fernanda, 48, 87
Peña, Edilio, 66
Pérez Jiménez, Marcos, 82, 84
Pérez, Carlos Andrés, 43, 46, 129
Perón, Juan Domingo, 72
Petkoff, Teodoro, 71
Petras, James, 152
Pico, José Pedro, 126, 146, 151
Picón Salas, Mariano, 82
Pineda, Rafael, 80
Pinochet, Augusto, 63, 71
Piñerúa Ordaz, 70

Popkins, Louise, 138
 Portocarrero, René, 74
 Portuondo, José Antonio, 37, 45, 131, 156
 Prestes, Luis Carlos, 73
 Prieto Figueroa, Luis Beltrán, 135
 Proust, Marcel, 83, 101
 Quijano, Carlos, 102, 107, 139
 Quijano, José Manuel, 107
 Ramá, Amparo, 61, 64, 65, 68, 70, 90, 92, 111,
 117, 123, 132, 146, 154, 160, 161
 Rama, Carlos, 34, 36, 95, 97, 104, 106, 108,
 115, 155
 Rama, Claudio, 61, 64, 65, 70, 78, 89, 90, 92,
 111, 117, 122, 123, 146, 160, 161
 Rama, Germán, 50
 Rama, Lilia, 36, 123, 124
 Rama, Ruth, 34
 Rangel, Carlos, 42, 93, 94
 Rangel, José Vicente, 71
 Reagan, Ronald, 158
 Real de Azúa, Carlos, 77, 92, 100
 Renan, Ernest, 86
 Requero, Pilar, 69
 Reyes, Alfonso, 83
 Reyles, Carlos, 78
 Ribeiro, Darcy, 36, 39, 43, 46
 Rictus, Jean, 90
 Rilke, Rainer María, 83
 Riu, Federico, 80, 81
 Roa Bastos, Augusto, 116
 Rodó, José Enrique, 160
 Rodrigo, Ricardo, 105
 Rodríguez Cortés, Hernán, 150
 Rodríguez Monegal, Emir, 126, 141,
 Rodríguez, Simón, 112
 Roggiano, Alberto, 127
 Roig, Arturo A., 39
 Rojas, Gonzalo, 71, 72
 Romero Brest, Jorge, 76
 Romero, José Luis, 137
 Rosenblat, Angel, 119
 Rosencof, Mauricio, 36
 Rowe, William, 142
 Ruffinelli, Jorge, 143, 157
 Ruiz, Roberto, 48
 Rulfo, Juan, 42, 46, 56, 82, 137, 145
 Sadowski, Cora Ratto de, 72, 73, 85, 120, 139,
 Sadowski Ratto, Corita, 120, 146, 161
 Sadowski, Manuel, 72, 73, 85, 120, 139
 Sainz, Gustavo, 158
 Salinas, Jaime, 98
 Salinas, Pedro, 138
 Salvo, Eva, 104
 Salvo, Lily, 104
 Sánchez, Florencio, 81
 Sanoja, 93
 Sarmiento, Domingo Faustino, 39
 Sarthou, Helios, 50
 Sartre, Jean Paul, 106
 Scalabrini Ortiz, Raúl, 39
 Schmucler, Héctor, 131
 Schulman, Iván, 92
 Schultz, Fryda, 60
 Scremini, Alma y Pablo, 111
 Semprún, Jorge, 95, 109
 Senghor, Leopold Sédar, 78, 89
 Sherwin, Dra., 153
 Sigala, José Alirio, 52, 55
 Silva, Ludovico, 80, 81, 84, 88
 Singer, Isaac Bashevis, 119
 Siniavski, Andrei, 130
 Soares Netto, Sra. de, 102
 Soca, Susana, 60
 Soler Ruiz, 130
 Sommers, Joe, 70, 77, 92
 Sonntag, Heinz, 40
 Soriano, Rafael, 100
 Sosnowski, Saúl, 118, 135, 144, 154
 Stone, 55
 Suassuna, Ariano, 70
 Szichman, Mario, 84, 111, 113
 Szyslo, Fernando, 99
 Tellado, Corín, 103
 Teresa de Mier, Fray Servando, 111
 Torre Nilsson, Leopoldo, 126
 Traba, Alberto, 36, 40, 43
 Traba, Marta, 36, 40, 41, 43, 44, 48, 49, 50, 53,
 55, 56, 57, 60, 63, 64, 65, 66, 68, 69, 75, 76,
 77, 78, 79, 80, 88, 89, 91, 93, 94, 95, 96, 98,
 104, 105, 107, 108, 109, 111, 112, 114, 117,
 118, 120, 122, 123, 124, 126, 127, 129, 132,
 133, 134, 135, 136, 139, 142, 144, 145, 146-151,
 152, 153, 154, 155, 160, 161-162, 164, 166, 167
 Trejo, Oswaldo, 40, 42,
 Trigo, Jorge, 128
 Tusquets, Esther, 98, 100
 Ulive, Ugo, 36, 70
 Unamuno, Manuel, 39, 88
 Uslar Pietri, Arturo, 55, 82, 113, 135
 Valerga, Leonor, 126, 146, 151, 155
 Valls Rama, Laura, 123
 Valls, Wilson, 123
 Vargas Llosa, Mario, 56, 99, 103, 125, 127
 Vargas, Vilma, 48, 94, 113

Velis, Claudio, 137, 140
 Visca, Arturo Sergio, 102
 Visconti, Luchino, 100
 Vitale, Ida, 158
 Vogt, Carlos, 128
 Yacovsky, Ruben, 45
 Zalamea, Emiliano, 160

Zalamea, Fernando, 62, 64, 65, 96, 101, 146,
 160, 161, 164
 Zalamea, Gustavo, 65, 145, 146, 148, 150,
 160, 161
 Zea, Leopoldo, 37, 39, 40, 152, 161
 Zola, Emile, 86
 Zorrilla, China, 66

Impreso en
los talleres gráficos de
Editorial Torino
Telfs.: (02) 239.76.54, 235.24.31
Fax: (02) 235.43.46
Caracas - Venezuela